TÉRCIO ROCHA

PARTÍCULAS DIVINAS

Una trayectoria médica y de vida que se entrelaza con las Células Madre.

Traducción: Jacob J. Pierce

Literare Books
INTERNATIONAL
BRASIL · EUROPA · USA · JAPÃO

Copyright© 2025 por Literare Books International
Todos los derechos de esta edición están reservados a Literare Books International.

Presidente:
Mauricio Sita

Vicepresidente:
Alessandra Ksenhuck

Director de Producción:
Julyana Rosa

Directora de proyectos:
Gleide Santos

Diagramación y proyecto gráfico:
Gabriel Uchima

Foto de portada:
Christopher Campbell (Unsplash)

Traducción: Jacob J. Pierce

Título Original en portugués:
Partículas Divinas – Uma trajetória médica e de vida entrelaçada às Células-Tronco.

Revisión:
Rodrigo Rainho

Director de ventas:
Claudia Pires

Impresión:
Gráfica Paym

Literare Books International.
Alameda dos Guatás, 102 – Saúde – São Paulo, SP.
CEP 04053-040
Fone: +55 (0**11) 2659-0968
site: www.literarebooks.com.br
e-mail: literare@literarebooks.com.br

AGRADECIMIENTOS

Quisiera agradecerles a todos los pacientes, compañeros de trabajo, profesores, amigos, pero especialmente al amor, al afecto y al cariño que recibo de mi hijo Mathias que, aunque físicamente no esté tan cerca de mí, está absolutamente presente en mi vida.

¡Estás siempre conmigo hijo mío!

También quiero agradecerle a Martha por todo el cuidado, cariño, amor incondicional, ternura, alegría, buena onda y por estar siempre a mi lado. Fue ella el amor que le dio sentido a mi vida después de un largo sendero lleno de batallas.

Mi hijo y Martha, son la fuerza motriz que me hizo escribir este libro y que me dio la valentía suficiente para hacer de él una película. Sin ellos, tal vez nada de eso existiese, pero con ellos todo encaja, todo cobra vida y sentido.

La agradezco a Nuestra Señora de las Gracias, mi Madrecita del amor, a la que desde niño le rezo todos los días. Nuestra Señora de las Gracias ha sido mi bastón y fortaleza en todos los momentos. Fue ella la que me trajo a Martha y ella es la que me da vida, discernimiento, fuerza, deseos de vivir y el compromiso de ser cada vez más un ser humano mejor, todos los días de mi vida.

¡Gracias a Dios y a Nuestra Señora de las Gracias! ¡Muchísimas gracias!

PRÓLOGO

Queridos lectores,

Lleno de emoción inicio este libro que está dedicado a un hombre extraordinario e inspirador: mi padre, Tercio Rocha. Permítanme compartir algunos recuerdos y reflexiones que resuenan en mi corazón.

A lo largo de la vida, he sido testigo de su valentía y fuerza frente a las situaciones más difíciles. Su presencia ha sido el sustentáculo que me mantuvo en pie en los momentos más desafiantes, y su sabiduría ha guiado mis pasos en dirección a la madurez.

Como médico, enfrentó el cáncer con valentía y, al mismo tiempo, me trajo la esperanza que necesitaba. Sus palabras de incentivo y sus sinceras sonrisas estuvieron presentes en cada experiencia compartida. Además de los recuerdos que subyacen en estas páginas, es importante remarcar que mi padre se involucró de lleno en el fascinante campo de las células madre. Desde sus días como estudiante de medicina, ya estaba presente en ese promisor universo científico. Creo firmemente que su dedicación e interés en el área, han sido fundamentales para comprender el potencial revolucionario que las células madre poseen y sus impactos en la medicina regenerativa. Su incansable búsqueda por el conocimiento y por la innovación, ha dejado una huella indeleble en mi vida enseñándome la importancia de explorar lo desconocido y de siempre buscar respuestas para los retos que encontramos en nuestro sendero. Ese lado visionario de mi padre resuena en cada

recuerdo y con orgullo me doy cuenta de su pasión por la ciencia siendo ella un legado a ser honrado y secundado.

Mi padre siempre fue un ejemplo de dedicación al trabajo, y me enseñó que la perseverancia es la clave para alcanzar nuestros objetivos, independientemente de los obstáculos que tengamos por delante.

Su empatía y dedicación me enseñaron el verdadero valor de la compasión y del respeto al prójimo. A través de las historias de nuestra familia, heredé un legado de fuerza y superación que se hace eco en mi propia jornada. Cada gesto de apoyo y estímulo que siempre me demostró cuando estaba con nosotros, plantó semillas de inspiración que llevaré conmigo por el resto de mi vida. Esa faceta inspiradora está en cada recuerdo y con gratitud honro el ejemplo que mi padre representa en mi vida.

Este libro es un homenaje a él, un verdadero héroe en mi vida y en él expreso el profundo lazo de amor y complicidad que tenemos. Cada palabra es un tributo al hombre que ha moldeado la persona que soy hoy por hoy y en la que quisiera convertirme.

Le agradezco a todos los que se han juntado a mí en esta jornada de reflexión e inspiración donde mi padre es el protagonista, y su sabiduría y bondad son la luz que nos guía en el camino.

Con todo mi amor y admiración,

Mathias Rocha

SUMARIO

Capítulo 1
¿QUIÉN SOY YO? 9

Capítulo 2
LAS CÉLULAS MADRE 35

Capítulo 3
EL CÁNCER QUE ME DEVOLVIÓ LA VIDA 59

Capítulo 4
LA REGENERACIÓN 83

Capítulo 5
CONCLUSIONES 109

PLUS 133

Capítulo 1

¿QUIÉN SOY YO?

“Tenemos el destino que merecemos.
Nuestro destino está a tono con
nuestros méritos.”

Albert Einstein

¡Soy el nieto de mis abuelos!

<< ¿De dónde venimos? ¿Cómo nos formamos? ¿Somos el resultado del medio en que nacemos y vivimos o ya llegamos a este mundo con un alma predestinada a convertirse en una persona específica?

Tuve el privilegio de nacer dónde nascí y de ser parte de una familia de hombres muy fuertes.

"La sangre de mis ancestros que instiga
el suelo, inspira mi carácter."
Lucas Rego

Mi abuelo paterno era un ídolo. Imagínese usted que él se escapó de casa a los siete años de edad porque un día, observando el cielo, le preguntó a la madrasta sobre la mancha que se veía en la luna.

— ¿Qué mancha es esa?

— Es San Jorge matando al

dragón.

— Indignado, respondió:

— ¡Pero eso es imposible! Es imposible matar el dragón todos los días y a la misma hora y en el mismo lugar.

Enfurecida, la madrasta le dio una surra con los zuecos.

¡El chico ya era un hombre! Entonces tomó para sí la fuerza del dragón y desapareció en los intrincados caminos del mundo.

Eran otros los tiempos.

Mi abuelo se refugió en un puerto en dónde empezó a trabajar en la cubierta de un buque. Usaba las pocas monedas que le daban para aprender a leer y escribir con los marineros.

Con el paso de los años, se convirtió en un marinero robusto y fuerte y a los diecisiete descubrió que existía un curso en el ejército para llegar a ser sargento, con casa y comida gratis, además de los estudios, por

supuesto. Era mucho más de lo que había soñado.

Y no solamente se graduó como sargento, sino que también se convirtió en un héroe de guerra condecorado por su participación tan valiente en la invasión de Monte Castelo. Sabía Geografía como pocos y daba clases de navegación guiándose por las estrellas. Pero todo le parecía una sensiblería.

Una sola vez le dije:

— Abuelo, ¡me duele mucho la cabeza!

Él me miró de reojo y tajante me contestó:

— ¡En la guerra es importante estar vivo! ¡Lo demás lo vemos después! Creo que nunca más tuve dolor de cabeza cuando estaba a su lado.

...

Mi abuelo materno era hijo de labradores. Su papá, que era mi bisabuelo, obtuvo mucho dinero con el comercio del café, el aguardiente y el ganado. A los siete años, enviaron a mi abuelo a un programa de internado. Salió de casa para comerse el mundo en un lugar rígido y autoritario y en donde y según él mismo nos cuenta, era una verdadera locura. Ese lugar lo convirtió en un hombre de modales rudos, pero que se expresaba en un inglés fluente, así como en francés y español.

Mis dos abuelos se graduaron en la escuela de la vida: uno enfrentando las guerrillas y el otro enfrentando la rigidez de un internado a la vieja usanza.

Todos los años yo me iba tres meses de vacaciones a la hacienda en donde tenía el privilegio de absorber la fuerza de mis ancestros y aprender con ellos. El padre de mi abuelo que era hacendado, fue uno de los responsables de la llegada del Espiritismo a Brasil.

Mi "bisa", como acostumbraba a llamarlo, se consideraba un espiritualista y sin saberlo, tuvo un rol fundamental en mi vida.

Hijo de Nuestra Señora de las Gracias

Tengo cinco años y estoy en la hacienda de Chamusca, del conocido Barón de Lavras, mi tatarabuelo.

Camino con mis piernas delgaditas por la enorme sala de la casa de mi bisabuela Mariana.

Manuel Bandeira[1], cuando estaba ingresado en la clínica de su papá, le compuso dos poemas en el tiempo en que todavía ella era soltera. Uno se llama "*Mariana*" y el otro, "*Cuando ella pasa*".

— Ay, ay...

Respiro con calma y le doy la vuelta a la gigantesca sala de trescientos metros cuadrados, observando su piano y el oratorio. Me postro con discreción frente a la imagen de Nuestra Señora de las Gracias.

Suspiro.

Mi abuelo cruza la sala y me observa de reojo.

Yo lo interpelo:

— ¿Abuelo?

Él se para:

— ¡Dime, Tércio!

Me acerco al oratorio y se lo señalo:

— Es sobre ese oratorio de la bisabuela.

— ¿Qué le pasa?

— Respiro hondo y le hago
una confesión:

— Me gusta mucho arrodillarme y rezar aquí.

Él mueve su cabeza hacia un lado, asiente y sonríe:

— ¡Entonces hazlo, hombre!

Mira detenidamente la imagen de Nuestra Señora de las Gracias y termina diciendo:

— Hazlo porque ella existe hijo mío, ella es real.

Mis ojos de llenaron de lágrimas, mi corazón latió más fuerte y me sentí profundamente emocionado.

Sus palabras se quedaron resonando con profundidad en mi cabeza.

[1] **Manuel Carneiro de Sousa Bandeira Filho**, nacido en Recife, capital de Pernambuco el 19 de abril de 1886, fue un poeta, crítico literario y traductor brasileño perteneciente a la llamada "Generación de 1922". Primera Generación Modernista. N.D.T.

“¡Ella existe! ¡Ella es real!”

Mi abuelo sale de la sala y yo me quedo solito con ella.

Escurro una lágrima de mi rostro, bien rápido. Pongo mis manos en el corazón y me quedo mirándola de frente. Bajo con suavidad la cabeza tocando el pecho con mi quijada, doblo la rodilla en el piso y cierro mis ojos.

"Nuestra Señora de las Gracias, ahora sé que existes de verdad, eres real. La aprecio a usted como si fuera una madre. ¡Siempre vendré aquí para hablarle!"

Me siento un hombre pleno a los cinco años de edad, sin ni siquiera comprender la completud que ya existía en mí.

Abro los ojos y me levanto.

Ese fue mi secreto con mi bisabuelo en una familia metodista tradicional que no adoraba a ningún santo o imagen, y mucho menos se santiguaba.

Durante algunos años, el oratorio de mi bisabuela Mariana fue mi refugio para encontrarme con Nuestra Señora de las Gracias. En mi inocencia de niño, creía que ella solamente existía allí.

Cuando crecí, descubrí que también la podía encontrar en otras iglesias y que yo podría conversar con ella el tiempo que quisiese.

Gracias a mi abuelo y a mi bisabuelo, Nuestra Señora de las Gracias entró en mi vida y allí se quedó para siempre.

Ustedes no se imaginan cómo la necesitaría…

¡Hijo de mi padre!

Papá era un militar tan tosco como lo era mi abuelo y realista al extremo.

Como no tuvo muchas opciones, siempre sin dinero, a los veintidós años se graduó como oficial del ejército y traía en él toda la crianza heredada de su padre, mi abuelo, aquel marinero que se indignó con la supuesta muerte diaria del Dragón de San Jorge, fantasma que hasta hoy en día asusta a la familia por su precisión geográfica y puntualidad.

Mi padre siempre decía que el dinero era poco y que lo que sobrase sería para mis tres hermanas, porque tenía que casarlas.

"Y yo que me las arreglase como pudiese."

Según los hombres de la familia, a los siete años, los niños no son más angelitos y se convierten en hombres.

¿Y no es que ellos se lo tomaron al pie de la letra?

Cuando yo tenía siete años, un día mi padre me llamó para almorzar con los oficiales diciendo que necesitaba hablar muy en serio conmigo.

— Fíjate bien Tércio, en esa escuelita en donde estás estudiando, solo se gradúan basureros, los que limpian las calles y taxistas. Todo eso es una porquería.

"Nuestra Señora de las Gracias, ¡yo no quiero ser un basurero!"

Mi padre señala a un colega con el hombro y continúa:

– Te voy a buscar unos libros de un sargento que son de la preparatoria del Ejército. Vas a tener que estudiar y hacer una prueba.

— Caramba.

Él me mira un poco más serio y dice:

— Si no apruebas y te llevas el primer lugar y si no te dan la beca integral, vas a tener que seguir en esa escuelita de basurero, ¿me has entendido?

"¿Dónde está el oratorio de mi bisabuela? ¡Este en un caso urgente!"

Me puse a quemar pestañas como un loco mañana, tarde y noche, empollando como un verdadero estudiante con los libros de ese tal sargento.

Y como si no bastasen las previsiones nada promisorias para mí, la conversación no se acabó ahí.

— Oye, Tércio.

— ¿Dime papá?

— Tienes tres grandes defectos con respecto a la sociedad hijo mío.

"¡Ay Cielo Santo!"

Papá respira hondo y me lo suelta así mismo, sin tapujos:

— En primer lugar, tú eres un mulato.

Miro mi brazo y le devuelvo la mirada a papá mirándolo de abajo hacia arriba, bien despacito, porque no soy bobo. Él continúa:

— En segundo lugar, ¡eres feo!

Abro los ojos estupefacto.

"¡Eso no lo sabía!"

— Y en tercer lugar, ¡eres

pobre!

— *"¡Ay Dios mío!"*

— Suspiro.

Pero no piensen que la cosa se quedó ahí. De eso nada. Escucho un eco dentro de mi cabeza.

"Mulato, feo y pobre..."

La diatriba no acaba:

— La única arma que tienes es tu inteligencia. Entonces, o lo apuestas todo en eso y en la cultura para conquistar tu lugar en este mundo, ¡o te vas a la calle a vender heladitos de Kibon!

— ¡Yo no quiero ser vendedor de helados, papá!

Y en ese momento, me viene a la mente el hombre que tocaba el claxon el día entero pasando por las calles vendiendo helado, soportando un sol horrible y molestando a todo el mundo con aquella bulla horrorosa. Aquello sinceramente era peor que la surra de los zuecos.

El miedo horrible a ese futuro tenebroso me convirtió en un estudiante profesional y logré aprobar Medicina justo en el primer año de la secundaria y después, en los dos últimos años, pasando rápidamente a la Universidad Federal como un buen becario. Pero todo eso fue después de aquel trauma sobre la hacienda que me vi obligado a superar.

En todo mi camino y con aquella historia del Dragón, de la surra de zuecos y del miedo a convertirme en un basurero o en un heladero, entendí que un hombre blandengue en mi familia no tendría futuro. Y yo no sería el primero.

Mis dos abuelos siempre decían:

— ¡La peor cosa en este mundo es un hombre blandengue! ¡Y yo sencillamente me hice eco de ello!

A mi abuelo le encantaba contar la historia de su padre que era más o menos así: “Un día, mi bisabuelo estaba trabajando cuando se accidentó y perdió un brazo en la maquinaria del molino de aguardiente. Dicen que, dos horas después, él ya había vuelto

al trabajo con el brazo que le quedaba. Por eso, hasta el sol de hoy, cuando un hombre se queja de dolor en la familia siempre se le pregunta:

— ¿El dolor que sientes es más o menos como si hubieras perdido un brazo?

— No, me duele menos.

— Entonces continúa. Hay muchos blandengues en este mundo y Dios te necesita para superar a esos blandengues.

"¡Que Dios me libre de ser un blandengue!"

¡El hombre que sería hacendado pero no lo fue!

Me quedo admirando el horizonte cuando un pájaro lo surca frente a mí. Pongo las manos en la cintura y respiro hondo:

— ¡Un día me voy a encargar de todo esto aquí y voy a triplicar su valor!

Camino un poco por el césped, orgulloso de mí mismo.

Suspiro y cierro los ojos por un instante. Siento el olor de la yerba a mi alrededor, el viento y el canto de los pájaros.

— Ahhhh…

"¡A esto se la llama vida!"

Me criaron con la presencia constante de mis abuelos y bisabuelos, toda la historia de vida de mis ancestros está contada millones de veces en esta hacienda. Existe un aura que rodea este lugar y una energía tan fuerte que me contagia desde la primera vez que fui capaz de acordarme que estuve aquí.

Yo, aquel niño mulato, pobre y feo, me siento ahora listo para matar a aquel dragón y demostrarle a Dios y al mundo que no soy un blandengue.

Y digo a voz en cuello:

— ¡Que Dios me libre de ser un blandengue!

"¡Mulato, feo y pobre lo soporto, pero blandengue jamás!"

Me persigno y sigo caminando.

Mis caminatas por la hacienda no eran simples caminatas, eran momentos en que yo y la naturaleza éramos uno solo. Un lugar sagrado de la extensión de mí mismo: el amanecer y la puesta del sol, el viento al caer la tarde, el cielo, el olor de los árboles, la casa, la inmensidad del trabajo en el campo y cada pedacito y detalle que podía absorber a todo instante.

Estaba yo listo para ser dueño de todo aquello, no porque fuese algo que recibiría por derecho de herencia, sino porque la vida me lo daba. La hacienda era mi casa, mi cuerpo, las historias de mis ancestros. Era reconocer ese *"yo"* en el presente y en el futuro que ya había vaticinado para mí.

...

Estoy en casa, estudiando en mi cuarto y planificando mis vacaciones a mis dieciséis años, cuando llega mi peor trauma.

Papá viene hacia mí. Parece serio y triste.

— ¿Qué pasó papá?

Me clava su fuerte mirada:

— Tu abuelo vendió la

hacienda.

— Salto de mi silla como un

resorte:

— ¿Qué? ¿Cómo que la vendió papá? No lo puede hacer.

— La vendió, Tércio.

Me doy cuenta que mi cuerpo se retuerce como si no aceptase aquella información.

"Esto es una pesadilla, no puede ser verdad."

— Papá, era yo el que iba a encargarme de la hacienda, yo quería triplicar su valor, ¡no puede ser!

Papá me pone la mano en el hombro:

— ¡Vuele a estudiar,

Tércio!

— Y se va de la

habitación.

“Pero, ¿cómo es posible que mi abuelo vendiera la hacienda? ¡Es mi hacienda!”

Anonadado, camino de un lado al otro sintiendo un dolor que se mezcla con mi propia alma. Todos mis sueños acababan de morir en ese instante.

Me acuerdo de mi abuelo diciendo que me iba a dejar la mejor de las herencias, que no sería la fortuna, sino la conquista.

"¿Qué quiso decir con eso?"

Lo descubriría más tarde.

El mulato, feo y pobre en la trayectoria del héroe.

La venta de la hacienda realmente fue un tremendo golpe, de esos que nos dejan completamente fuera de lugar y nos sacan de contexto, sencillamente no sabía lo que hacer, pero una fuerza mayor dentro de mí me mostraba un nuevo camino.

Yo podía ser un mulato, feo y pobre, pero blandengue y sin rumbo en la vida, eso jamás. Si mi abuelo se escapó de casa a los siete años a causa de aquella surra de zuecos y por refutar aquella gran verdad sobre el Dragón, no sería yo el que me quedaría llorando porque mis sueños no se concretasen.

Tenía algo que reconstruir a partir de aquel momento.

Y fue bien rápido, a mis dieciséis años. Yo había ahorrado un dinero con un ganado, unos bueyes y unos caballos, y en ese momento decidí venderlos para conocer el mundo: me fui a los Estados Unidos, Canadá y Europa.

No lo sabía, pero en ese instante, empezaba a trazar mi primera trayectoria de héroe.

...

Me encuentro en Long Island, Estados Unidos, pasando unos días en casa de mi tío.

— Ay, ay...

Siento el agua recorriéndome todo el cuerpo.

Respiro hondo y aprecio ese momento de placer.

Todos los días, visito la *Brown University* para nadar y estudiar en la

biblioteca.

Me encuentro en la orilla de la piscina olímpica, y después de nadar dos mil metros, me doy cuenta que un entrenador está orientando a sus atletas, todos de Canadá.

"¿Serán buenos nadadores? ¡De pronto podría yo estar nadando con un campeón en la misma piscina sin saberlo!"

Decido conversar un poco:

— Con permiso señor. ¿Cómo hace usted para entrenar a sus atletas?

— Ah, ellos tienen una dieta bien equilibrada que no les afecta el cuerpo. Además, duermen muy bien y entrenan todos los días.

— Hum. ¿Y cómo funciona ese sistema?

— Bueno, es que trabajamos con antioxidantes.

"¿Antioxidantes? ¿Qué diablos será eso?"

— ¿Y cómo funcionan esos antioxidantes?

El preparador me explica con paciencia la Teoría de los Antioxidantes y los temas sobre los radicales libres, y a pesar de no comprender muy bien, me siento muy atraído por el tema.

"¿Entonces existe algo que mis abuelos podrían haber usado para no ponerse viejos?"

Sí, pero en aquella época se sabía muy poco sobre todo eso.

Al final entendí el motivo de mi viaje al extranjero. El dolor de la venta de la hacienda despertó algo dentro de mí que todavía no sabía lo que era. Al salir de mi casa buscando un nuevo rumbo en mi vida me percaté en aquel exacto momento, dentro de aquella piscina, cuál sería mi futuro.

"¡Seré médico! ¡Y como no logré salvar a mis abuelos del envejecimiento, salvaré a otras personas!"

¡El aspirante a médico!

Después de volver a Brasil, decidí tomarme muy en serio mi función en la sexta generación de médicos en la familia.

"¡Si no voy a ser un hacendado o un político como tanto me decían, entonces quiero ser un doctor!"

Me matriculé en la Universidad Federal Fluminense en el municipio carioca de Niterói, y me convertí en un alumno tan *"*empollón*"* como en la época en que usaba los cuadernos del sargento para no convertirme en un heladero.

¡El miedo de convertirme en un blandengue me ayudaba! Y el dragón tenía su hora y lugar asignados para su muerte. Pero a diferencia del dragón, yo solamente disponía de veinticuatro horas para luchar y sobrevivir contra el hecho innegable de ser un mulato, feo y pobre.

"¡Que la Virgen me ayude!"

...

Mientras mis amigos insisten en irse de parranda, borrachera y en drogarse, yo estoy de nuevo en la biblioteca estudiando. Por algún motivo, nunca me gustó la confusión y ese tipo de cosas y me vino de perilla porque no abusé de mi cuerpo, al contrario, aproveché el tiempo que tenía para absorber al máximo el conocimiento que los libros de medicina me proporcionaban.

Estoy leyendo un libro sobre endocrinología que aborda el asunto de la obesidad como enfermedad.

Y de repente digo:

— No puede ser que una persona, solo porque le venga en gana, coma solo para saciarse.

Y señalo en el libro:

— Pero es lo que dice aquí.

"Tiene que haber algo de trasfondo en esa cosa de la comedera compulsiva, que hace que la persona coma como un viciado. ¡Es exactamente eso!"

Respiro hondo y suelto el aire con fuerza disgustado con la información. Y fue allí, en los comienzos de mis estudios en la universidad, en las visitas a la biblioteca, que sin saberlo empecé a moldear mi tesis sobre Compulsión por Hidrato de Carbono, y que por

fin defendí años más tarde y con honores, en la Sociedad Brasileña de Psiquiatría.

En aquellos tiempos en que las personas que estaban un poco por encima del peso ideal sufrían acoso prácticamente como un ritual social, yo ya me había dado cuenta de la relación de dependencia que existía con el acto de alimentarse. Por suerte, eso fue algo que se transformaría y mejoraría muchísimo en los años venideros gracias a la tesis que desarrollé y defendí.

Si la muerte se llevaba a los ancianos antes de que ellos pudiesen disfrutar de una buena tercera edad, las personas con sobrepeso tampoco deberían tener que pasar por la humillación de estar en ese círculo vicioso y desconocido.

Por suerte, los incontables días de lectura y estudio de aquel "mulato, pobre y feo", estigma en el cual mi padre me había encasillado, me llevaron a un nivel que jamás pensaría que podría alcanzar.

¡El *Golden Slave*!

Un poco antes de defender mi tesis, me fui a Europa a estudiar y perfeccionarme. En Londres, a los veinticuatro años, trabajé en lo que ellos llaman *Farm*, que son pequeñas haciendas en realidad más parecidas con casas de reposo de ancianos, dementes, depresivos, obesos y personas para las que la sociedad no encuentra una solución. Dicho de una forma más fuerte: supuestamente era un depósito de personas aparentemente enfermas, pero en realidad no lo era. Allí trabajé clandestinamente como enfermero, era un subempleo, porque todavía no podía ejercer la medicina en el país, no me reconocían el diploma, pero incluso así tuve una de las experiencias más significativas del comienzo de mi carrera.

Esa *Farm* tenía sofás de fieltro, muchas alfombras de tejido espeso, varios ancianos inertes con mantas de lanas, hinchados y enrojecidos.

— ¿Qué diablos es esto…?

Al instante me percaté de que el problema era el exceso de ácaros en ese ambiente, y eso era lo que probablemente estaba causando esa inflamación en los ancianos y, por ende, sus cuerpos explotaban de tantos corticoides.

Un anciano en particular me llamó la atención. Era de origen judío,

fue banquero recientemente y su hijo había sido el presidente del banco.

El señor Robert, de 79 años, estaba en una silla de ruedas con una manta sobre las piernas. Me concentré en él para entender el problema y descubrí que nada le aquejaba. Sucede que como su cuarto era lejos de la sala, por eso lo habían puesto en la silla para que se sintiera más cómodo y por eso él nunca más caminó. Estaba en la zona de confort.

Aquello fue como un gran aviso para mí e inició una revolución dentro de la *Farm*: retiré las alfombras y las mantas, apagué el calentador, saqué a los ancianos de la sala y los puse a practicar ejercicios al aire libre.

Y como en la parte externa de la *Farm* había una pequeña caballeriza de cerca de treinta mil metros cuadrados, a solamente ciento ochenta metros de allí, les propuse que caminasen hacia allá para cepillar a los caballos y les dije que el olor del lugar les haría bien como también estar con los animales.

Me convertí en una excentricidad:

— *Miren eso, ¡el Doctor brasileño loco!*

Pero no les hice caso y empecé a caminar con los ancianos hasta la caballeriza, les daba agua a los caballos junto con ellos y convencí al gerente de la *Farm* para que cambiase el relleno de los sofás, dejase las ventanas abiertas, cambiase el material de limpieza y que también permitiese más ventilación en los dormitorios.

Pues muy bien, el resultado fue la disminución del uso de corticoides y antiinflamatorios. Instituí dosis diarias de Vitamina C, D, E y tés naturales en sus rutinas, y el resultado fue la mejoría instantánea de los ancianos.

Robert o Bob, como le llamaba yo, tenía un tipo de piel tipo uno que es una piel extremadamente blanca, mientras que yo el mulatito pobre y feo, era de tipo tres. Y el acoso social no demoró en hacer su presencia en Europa, fue rapidito:

— *Oiga, usted, esclavo de oro, ¡vamos a dar un paseo!*

— *¡Hola, Bob! ¡Su esclavo de oro se convertirá en su sueño dorado!*

¡Yo me había convertido en un esclavo! Bueno, no en cualquier esclavo, sino en el sueño dorado, ¡que es más chic!

Un lindo día, cuando volvía de la caballeriza con Bob, vi dos coches

Roll-Royce y un hombre asustado que nos miraba.

Era el hijo de Bob:

— Papá, ¿qué estás haciendo?

— Hola hijo, estoy cepillando los caballos dos veces al día ahora. Es la cosa más graciosa que he hecho y todo se lo debo a mi esclavo de oro que está aquí conmigo.

Y entonces me señaló. Bob también pescaba en un laguito en frente a la *Farm*, que era lo que más le gustaba hacer cuando era joven y motivado por mí, retomó su rutina diaria incluso cuando todos pensaban que él no lograría caminar más.

El hijo se sorprendió muchísimo porque creía eso mismo, que el padre no podía caminar más en razón, justamente, de que no le veía moverse hacía muchísimo tiempo, ¡casi dos años! Pero en realidad, Bob solo estaba siendo olvidado en una silla de ruedas.

Era justamente contra todo aquello por lo que quería yo luchar y trabajar. No pude salvar a mis abuelos, pero sabía que podía mejorar la vida de muchas otras personas.

Otra cosa que me llamaba mucho la atención ya en aquella época, era la edad que tenían las ciudades de Londres y Paris. Eran ciudades con cerca de mil años más que Rio de Janeiro y, sin embargo, no parecían ciudades viejas sino antiguas en su esencia, mientras que el centro de Rio es más reciente en su arquitectura y, sin embargo, parece una ciudad vieja. O sea, si nos preocupamos en limpiar una puerta de hierro, ella nunca se oxidará. Eso podía aplicarse a los ancianos: ¡a ellos tenemos que cuidarlos con antioxidantes! ¡Bingo!

El estudiante de células madre

Las células madre llegaron a mi vida siendo todavía un estudiante de Medicina. Cuando estaba en el quinto año de la carrera, tuve el privilegio de participar en un proyecto de investigación de la renombrada doctora Neide Kalil Gaspar, dermatóloga, investigadora y una de las mejores científicas de Brasil.

Estoy ahora en mi sexto año de la universidad.

Me encuentro en la clínica de la doctora Neide, en el quirófano: un cirujano sostiene un foco de luz y el otro una cámara antigua, de aquellas

bien pesadas. Yo era el estudiante que quería participar en todo.

La doctora Neide está operando.

— Estamos casi terminando este lado señores.

Un silencio se apodera del quirófano.

Ella finaliza un lado de la cara del paciente y evidentemente necesita que uno de los médicos le ayude a terminar el otro.

Los miro.

"¿Cómo lo harán?"

Y de repente me atrevo a decir:

— Doctora Neide, ¿me permite usted por favor?

Ella me mira:

— ¿Tú, Tércio?

Le respondo con precisión:

— Voy a profundizar en la dermis entre dos a cuatro milímetros.

Ella me reta:

— Ok, hazlo, ¡eso no me lo quiero perder!

Tomo los instrumentos y siento una enorme emoción que no esperaba.

Realizo el procedimiento y hago todo lo que tengo que hacer.

— ¡Muy bien, doctor!

— ¡Gracias, doctora!

Y esa fue la primera vez que hice un rostro.

El mulato, feo y pobre estaba operando junto con una de las más renombradas y respetadas investigadoras en dermatología del país y ni siquiera me había graduado.

¿Se maginan cómo me enorgullecía de ello?

...

Mi trayectoria con las células madre fue la oportunidad que me propició futuramente transformarle la vida a muchas personas. Si antes siendo un niño sin ningún conocimiento, soñaba en cambiarle el destino

a mis abuelos, ahora sí sabía que podría cambiarles el porvenir a muchísimas personas. Definitivamente.

Y a partir de ese instante, todo cambiaría.

Yo llamo a las células madre de Partículas Divinas porque ellas realmente son como células mágicas. Son exactamente eso. Entre tantas células que tenemos en nuestro cuerpo, son ellas las únicas capaces de dividirse, multiplicarse y adaptarse a cualquier tejido.

¿Y qué significa eso?

Bien. Es como si fuese el Quinto Elemento, el Santo Grial o el mismísimo Elíxir de la Vida, pues su capacidad e importancia no tienen límites.

Cuando nacemos, ya venimos con esas células. Ellas surgen en el ser humano en la fase embrionaria y, posterior al nacimiento, todos los órganos del cuerpo humano poseen células madre que los regeneran diariamente hasta el último día de su vida.

O sea, que ellas actúan como un elemento renovador de cualquier parte del cuerpo en el transcurso de nuestra existencia, pero cuando son utilizadas en medicina, se convierten en herramientas fortísimas ya que pueden ser utilizadas para restaurar cualquier órgano que necesitemos restaurar como el corazón, además de otras patologías, a saber: el Mal de Parkinson, Alzheimer y las enfermedades degenerativas.

Cuando una persona se muere y decimos que sufrió fracaso multiorgánico, lo que quiere decir es que sus células madre se acabaron. Nacemos con un número específico de esas células que nos acompañarán a lo largo de nuestra existencia, haciéndonos crecer y regenerándonos todos los días, además de restaurar cada herida y enfermedad, pero a partir de aproximadamente los 28 años de edad, se produce una disminución natural que nos acompañará hasta el instante final, cuando las células terminan.

En mi trayectoria profesional y de vida, he tenido el privilegio desde muy temprano, de seguir de cerca la historia de las células madre en Brasil, desde importantes descubrimientos en un pequeño laboratorio en Rio de Janeiro, o de forma inusitada, en la ortopedia y en la cardiología, hasta la actualidad

en que utilizo esa dádiva para curar enfermedades, rejuvenecer mujeres o incluso devolverles nuevamente a los hombres su capacidad máxima en la vida afectiva, mejorando su desempeño sexual a través de la retonificación peneana.

¿Le parece magia? ¡Pues
créalo! ¡Es más o menos
eso!

Mi deseo de dejar otra vez jóvenes y funcionales a mis abuelos era tan fuerte y genuino que, sin tener el conocimiento cuando era un niño para poder hacerlo, ese deseo me creó una indignación tan grande que me impulsó a luchar contra ese impedimento. ¡Y lo logré!

Me imagino que, desde algún lugar, mis abuelos, bisabuelos y todos mis ancestros, me puedan ver y enorgullecerse de lo que he logrado y realizo ahora con dignidad.

Lo que hice por la señora Carmen, lo habría hecho por ellos si lo hubiera sabido en aquel tiempo: ¡yo la rejuvenecí!

Carmem Hoffman

"¿Quién es Dios?"

Miro al cielo y muevo la cabeza hacia los lados, después miro hacia el suelo de nuevo. De pronto, siento una punzada intensa en las espaldas:

— Ay...

Uno de esos tantos dolores diarios invade mi cuerpo y me siento en un banco a descansar. Respiro hondamente, dando pasos con dificultad.

"¿Pido ayuda?"

Miro hacia los lados y no veo a nadie.

— ¡Pero, claro! Ni siquiera son las ocho de la mañana.

Me siento frente al mar y admiro su inmensidad. El dolor es cada vez más intenso.

Pongo una de las manos en las espaldas y con la otra busco apoyo en el banco.

Respiro hondo nuevamente y exhalo bien despacio, como aprendí a hacerlo en las sesiones de meditación para relajarme.

"¡Calma, Carmem, no se desespere que pasará!"

Miro al cielo:

— ¿Pasará de verdad?

Respiro otra vez y cierro los ojos por algunos instantes.

"¿Dónde está Dios? ¿Él existe?"

Escucho el viento en los gajos de los árboles y las olas del mar que llegan a batir bien delante de mí. Respiro por tercera vez y abro los ojos para apreciar la inmensidad.

Yo no sé si Dios realmente existe, pero me pregunto todos los días hace ocho años sobre su existencia. Tal vez los dolores que siento sean para que me pregunte una y otra vez, ¿por qué? ¿por qué yo? ¿y por qué algo que nadie ve es motivo para que no lo entiendan?

Bajo mi mirada al suelo, compungida al tener que cargar con tantos dolores, quejas y angustias.

"¡Es que estoy cansada, hombre!"

Miro hacia el horizonte:

— ¿Ocho años no es tiempo suficiente? ¿Hasta cuándo?

Me acomodo mejor en el banco, después de sentir un pequeño alivio en el dolor. Siempre es así, ese dolor aparece de la nada, se pasea por mi cuerpo y se burla de mí y de los innumerables médicos que no saben decirme lo que tengo.

En el punto culminante de una tercera edad sana, lo he intentado todo, la medicina alternativa, un huertecito natural en casa con plantas medicinales, relajamiento, ejercicios, los mejores médicos, policlínicos, hospitales, pruebas, más médicos: ¡y sencillamente nada! Y de nuevo más médicos, más pruebas, y ningún resultado.

Pienso que todo eso podría acabar aquí, inclusive, varias veces ese pensamiento me invadió, si no fuese por mi pequeña *Frosh*, tal vez ya me hubiese despedido de esta vida. Pienso en sus pies y en sus manos congelados y se me ocurre que la puedo llamar "sapo", en alemán.

Sonrío.

"Y pensar que nunca le comenté a ella sobre mis dolores. Siempre corríamos jugando al escondite, pero nunca dejé que se diera cuenta de mi sufrimiento. En primer lugar, porque no lo entendería. Y, en segundo lugar, porque quiero que ella se acuerde de la abuela loca que tanto la hizo feliz. ¡Exactamente por eso!"

Mi teléfono vibra. Leo el mensaje en la pantalla:

[07:51] Yasmín: abuelita, ¿dónde estás?

Me sonrío con gusto y tecleo:

[07:52] Carmen: ¡voy a demorar un poco, Frosh!
[07:52] Yasmín: ¡me vas a ayudar a hacer bombones de chocolate hoy, ¿ok?

Sonrío y vuelvo a mirar el mar.

Mi nieta y mi hija han sido el soporte que me ha mantenido de pie.

Miro el reloj y me levanto. Espero recibir otro resultado del examen.

¡Suspiro!

— Otro más...

Camino reflexionando sobre el origen de mis dolores, como hago todos los días hasta que me encuentro con mi ginecólogo. Lo tengo delante de mí.

— Dígame doctor. ¿Algún vislumbre para mi caso?

Él sonríe:

— Sí, mi estimada Carmen. ¡Lo que usted tiene es fibromialgia!

— ¿Cómo?

Me quedo boquiabierta, los ojos se me salen de las órbitas y me siento super confundida, es una mezcla de alivio e indignación, mientras mi médico sigue hablando.

— Entonces usted descubrió lo que tengo, ¿no?

...

Él asiente y empieza a explicarme sobre mi condición, satisfecho por lo que acaba de descubrir. Se refiere al síndrome con fervor, explicando que se manifiesta con dolores por todo el cuerpo, principalmente en la musculatura, causando un cuadro tan doloroso que acostumbra a llevar a los pacientes a la depresión.

"Pero eso ya lo sabía doctor. Lo sabía

hace ocho años..."

Él continua con varias explicaciones.

Le pregunto un poco molesta:

— Pero parece que no se puede hacer mucho al respecto. ¿Es eso mismo doctor?

"¡Parece una sentencia de muerte!"

La vida sigue su camino y a pesar de la gratitud, los dolores continúan. Pero incluso así y por algún motivo, no acepto todo eso que escuché como algo definitivo. Investigo en Internet sobre un tema que ya había cautivado mi atención.

— ¡Las células madre!

Encuentro un vídeo de un médico especialista que conversa con una dermatóloga sobre los procesos de rejuvenecimiento con células madre. Él comenta las innumerables posibilidades de curación a través de las células madre con el tratamiento innovador. Inmediatamente, anoto sus datos y lo llamo para concertar una cita en otra ciudad.

"¿Dios existe?"

No pasa mucho tiempo y ya estoy con él:

— Hola Doctor Tércio. Dígame por favor, ¿existe alguna cura para la fibromialgia con células madre?

— Mi querida señora Carmen, ¡las células madre lo curan todo con excepción del cáncer!

Él sonríe de una forma contagiosa con un acento carioca y un tono de voz gentil que, por cierto, no estaba acostumbrada a recibir de los incontables médicos con los cuáles ya me había tratado. Me empieza a contar sus historias y me trae la tan anhelada esperanza:

— ¡Las células madre van a cambiar el mundo, señora Carmen!

Y habla, habla y habla sin parar y me explica una infinitud de cosas con una inteligencia asombrosa e informaciones que me parecen demasiadas para mi pequeño y humilde cerebro.

Suspiro y le presto mucha atención, aunque por dentro estoy medio embotada con tantas informaciones.

"¿Será que vislumbro una luz al final del túnel? ¿Mi luz?"

Confieso que necesito tiempo para absorber lo que escuché. Y confieso también que no solamente las informaciones me emocionaron muchísimo, sino principalmente el cariño que vi y sentí en aquel médico, como nunca antes había sentido en otro.

"Pero dígame Carmen, ¿por qué le es tan difícil creer?"

Suspiro y me digo a mí misma:

— Ocho años, ocho años...

En ese momento, empiezo a reflexionar en una frecuencia diferente, porque si antes pensaba sobre los motivos de presentar aquel cuadro clínico, ahora necesitaba enfrentar mis recelos, mis miedos, pensamientos y emociones a partir de ese momento. Ese proceso no se dio de la noche a la mañana, pero yo decidí creer en el camino de las células madre.

Una relación de confianza y admiración empieza a ser establecida en un intercambio de mensajes, que me hacen confiar cada vez más en ese médico. Me gusta tenerlo cerca, me trae confianza y serenidad.

"Pero cómo, ¿ya me respondió?"

Le mando mensajes en diferentes días y horarios y él siempre me responde con un cariño y una alegría increíbles. Y necesito tiempo incluso para comprender el por qué me cuesta entender que él sea así. Y eso está pasando, justo por el hecho de que nunca había conocido un médico como el Doctor Tércio. *"Tal vez alguien como él..."*

Es difícil creerlo, pero es una bendición que parece rescatar mi fe.

El 11 de junio del 2021, inicié mi primera infusión con 100 millones de células madre. Sabía perfectamente que incluso así, no obtendría los resultados inmediatos que necesitaba, pero sí sabía que las mejorías prometidas empezarían a verse venir unos tres meses después.

"Para quien esperó ocho años, qué pueden significar unos míseros tres meses, ¿verdad?"

Y la vida siguió su curso: las caminatas matutinas, mi cuestionamiento sobre la existencia de Dios, mi *Frosh* y su alegría única por la vida.

Y tres meses después, casi sin darme cuenta, veo que algunos dolores ya me van abandonando.

— ¡Está funcionando!

Mi recuperación física empieza de forma rápida: una mejoría en mi calidad del sueño, en el humor, los movimientos, apetito, piel, en los cabellos, todo parece que se transforma de la noche a la mañana en un proceso que, bajo la percepción de alguien que esperó ocho años por un diagnóstico, todavía le costaba creer que se estaba curando tan fácil y rápidamente.

Me doy cuenta entonces de mi propia transformación. De a poco, voy dejando atrás aquella mujer seria e introspectiva y me voy convirtiendo en una persona alegre, suave en el trato y nuevamente feliz. ¡Todo había cambiado! ¡Interna y externamente! Emocionalmente no me recuperé al mismo ritmo, pero sí que iba acompañando mi cuerpo, aunque más lentamente.

Y todavía me cuestiono, reflexiono y sigo sin entender:

— ¿Dios existe?

Doce meses después, me aplican mi segunda infusión de células madre y tengo el privilegio de estar frente a él una vez más.

Me doy cuenta en su sonrisa de su alegría por la vida, algo que parece formar parte indeleble de su personalidad.

"El Dr. Tércio luchó durante veinte y un años contra el cáncer y continúa feliz de esta forma? ¿Cómo es posible?"

Tércio se me acerca:

— Señora Carmen, ¡está usted curada!

Toca mi mano y me mira con ternura. Me emociono profundamente y bajo la cabeza.

— ¿Qué le pasa señora Carmem?

— Es que no tengo palabras para agradecerle Doctor Tércio.

Se sonríe y me dice:

— Agradézcale a Dios, señora Carmen. Yo soy apenas una herramienta.

— Pero yo no sé ni siquiera si creo en Dios.

Él me mira bien directo a los ojos y me dice:

– *Señor, ¡que eres el cielo y la tierra y que eres la vida y la muerte! ¡El sol eres tú y la luna eres tú y el viento eres tú! Vosotros sois nuestros cuerpos y nuestras almas y nuestro amor sois vosotros también. Donde nada hay, habitas tú, y dónde todo está (tu templo), está tu cuerpo.* Fernando Pessoa[2].

Suspiro y siento las lágrimas bajando por mis mejillas.

Él continúa:

— ¿Se acuerda usted de ese mar que ve todas las mañanas?

Asiento.

— ¿Y los árboles al ritmo del viento?

— Él está todos los días allí, señora Carmen. Él está a su lado. Lo que pasa es que usted no lo ve.

No logro pronunciar palabra. El Doctor concluye:

— Cuando usted vuelva a su casa y camine de nuevo en su jardín, fíjese mejor. ¡Porque Él está allí!

Mi vida se ha renovado completamente y ha seguido por un sendero de gratitud, paz y un montón de sensaciones. Es como un renacimiento.

Vuelvo al mar y me siento en el mismo banco. Hago lo que el Doctor me pidió... Respiro hondamente y cierro los ojos por algunos instantes.

"No siento más dolor, no siento más dolor, ¡se ha ido!"

Abro los ojos y miro al cielo, veo el mar y siento su olor. Me viro

[2] Fernando António Nogueira Pessoa, nació el 13 de junio de 1888 en Lisboa, fue un poeta, escritor, crítico literario, dramaturgo, ensayista, traductor, editor y filósofo portugués. Fue una de las figuras literarias más importantes del siglo XX y uno de los grandes poetas en lengua portuguesa. También tradujo y escribió en inglés y francés. N.D.T.

buscando los árboles que van al ritmo del viento, doblando tiernamente sus gajos y hojas.

— ¡Sí, sí, sí!

Me levanto y siento una sensación que invade mi cuerpo como una especie de alegría repentina:

— Sí, sí, ¡lo estoy sintiendo!

Lo miro todo nuevamente: el cielo, el mar, los árboles y siento el viento...

— ¡Sí!

Junto mis manos a la altura del corazón. Hago una reverencia por la inmensidad que me rodea.

— ¡Muchísimas gracias!

Camino entonces con una sonrisa estampada en mi cara y digo:

"¡Dios sí que existe!"

El Doctor Tércio no salvó solamente mi cuerpo de una enfermedad que me torturaba durante años, sino que, al mismo tiempo, salvó en mí la esperanza que me había abandonado cuando él se me apareció en aquella consulta. Y cuando me enseñó la existencia divina comprendí de dónde provenía esa fuerza y esa energía única que lo acompañan eternamente. Solo puedo decir: Que Dios le bendiga siempre para que continue salvando vidas. ¡Interna y externamente!

¡Muchísimas gracias, Doctor Tércio!

Capítulo 2
LAS CÉLULAS MADRE

“La mejor forma que el hombre posee para perfeccionarse es acercándose a Dios.”
Pitágoras

Las células madre y la medicina regenerativa

D<<Desde niño, siempre me impactó el envejecimiento. Por supuesto, eso no quiere decir que no sintiese el peso de los años porque todavía era un niño, pero al ver a mis abuelos envejeciendo eso sí que me causaba una gran inquietud e indignación, sentimientos que, en aquella tan temprana edad, no sabía comprender ni explicar.

Yo incluso le rezaba a Nuestra Señora de las Gracias, pero su luz solo me llegaba por medio de las perturbaciones que sentía dentro de mí. Hoy logro comprender cómo su milagro se materializó: Ella me permitió el constante sufrimiento para que en el dolor pudiese yo crear el camino que estaba destinado a seguir.

Las penurias y los obstáculos nunca dejaron de existir y fue justamente así que todo se convirtió en mi propósito de vida. El sentimiento ya estaba ahí, gritando, pulsando dentro de mí como una parte de mi cuerpo ardiendo constantemente y era siempre eso lo que me hacía reflexionar sobre el asunto.

— Nuestra Señora de las Gracias, ¿por qué no puedo salvar a mis abuelos? ¿puede usted salvarlos por mí?

Y mi vida se convirtió en el centro de toda esa cuestión. Nunca dejé de pensar en mis abuelos y de cuestionarme por qué no pude salvarlos. Ese era el peso que cargaba sobre mis hombros. Todavía no lo sabía, pero a causa de ese martirio, ¡yo transformaría la vida de otros seres humanos! ¡Incluso la mía!

Y durante ese periodo en que me indignaba el mal que esas molestias le causaban a las personas, además del envejecimiento claro está, me vino la percepción sobre la obesidad, llevándome a escoger la especialidad de endocrinología. Fui el defensor de la tesis de Compulsión por Hidrato de Carbono, demostrando que las personas no comen en exceso por pereza o por sinvergüenzura, sino simplemente por el vicio que tienen al carbohidrato.

Algún tiempo después, trabejé con estética en Francia y Brasil y pese al contacto con las células madre que ya tenía desde la

universidad, fue solo mucho tiempo después que pude realmente trabajar con ellas, las maravillosas células madre, que son la herramienta más eficiente para transformar las vidas de los pacientes, ya sea con relación al cuerpo, a la apariencia, al estado mental, emocional, neurológico o

a lo que sea. ¡Las células madre sencillamente hacen el servicio completo! ¡Ellas son la luz del futuro de la humanidad!

¿Y por qué entonces necesitamos hablar tanto aquí sobre las células madre y la medicina regenerativa?

...

Escribir sobre medicina regenerativa y la historia de las células madre en Brasil, es insertar la medicina regenerativa en el contexto del paciente en general, despertando en ellos su interés sobre cómo ese conocimiento puede influir en las vidas de las personas para mejorar su condición existencial como un todo.

"La medicina regenerativa no nos garantiza más días de vida, pero sí que garantiza más vida en los días que nos quedan."

Tércio Rocha

¡Es sencillamente un milagro que está a nuestra disposición!

Yo particularmente les puedo decir que recibí enormes e infinitas bendiciones de Dios y de Nuestra Señora de las Gracias. Siento que mi misión en este mundo es compartir mi conocimiento y esforzarme lo más que pueda como médico y ahora como especialista en medicina regenerativa.

Si de hecho tenemos ese milagro a nuestra disposición, ¿por qué hablamos tan poco sobre él? ¿Por qué las células madre solo están a disposición de algunos pocos seres humanos? Bien, ¡pues les aseguro que eso no es por casualidad!

En una sociedad en dónde una parte todavía se niega a aceptar el poder y la veracidad de los tratamientos con células madre y otra parte la

desconoce por motivos ajenos a ella o bastante tendenciosos, se hace necesario que alguien se arriesgue un poco y logre exponer ese tema tan controversial y polémico, que está literalmente entre bambalinas para la mayoría de las personas.

— Y sí, les aseguro que ese alguien soy yo: ¡el mulato, feo y pobre, que se negó a ser un blandengue!

Todavía escucho la voz de mi bisabuelo diciéndome:

"Hay muchos blandengues en este mundo y Dios te necesita para superar a esos blandengues."

Por eso, ese es uno de los motivos que ha suscitado este libro y también el documental Partículas Divinas: poder traer al conocimiento de la humanidad este bien mayor que está ahí y lo estará cada vez más, pero que, en este momento, se le impide ser conocido y utilizado por cuestiones relativas única y exclusivamente a intereses económicos que, por suerte, no pertenecen a una mayoría, al contrario.

La industria farmacéutica y la era de la información.

Estamos viviendo un momento increíble en la historia de este planeta cuando las informaciones son tantas que, aunque nos dedicásemos la vida entera a analizarlas sería imposible entenderlo todo, y ellas están a un simple toque de ratón en una consulta a través de la computadora.

La información se hizo pública, democrática, de fácil acceso, abundante y puede ser chequeada simplemente consultando la Internet. Por ejemplo: si descubro una medicina que no se produce o que no está autorizada en Brasil, pero sé que ese medicamento se distribuye legalmente en Alemania, puedo recabar información pertinente a él en las páginas webs de Alemania, si sé hablar alemán o inglés o incluso usando el Google Traductor.

En resumen: ¡todo se ha simplificado muchísimo!

A pesar de que al mismo tiempo vivimos en una época en que las personas lo quieren tener todo al alcance de la mano y no desean investigar ni chequear la validez de los hechos y de las informaciones, la posibilidad existe y está a disposición de todos. Entonces, ¡los que quieran buscarán esa información!

Para una persona consciente, madura, inteligente lo suficiente y con ganas de informarse, buscar conocimiento, chequear esas informaciones y sacar sus propias conclusiones, ese camino de la información en línea es el sendero más fácil sencillamente porque esa cantidad de información es enorme y nos saca de nuestra zona de confort. El conocimiento y el acceso a esa información nos trae un gran

poder: académico, profesional, personal, comercial, artístico, farmacéutico, de la sanidad, y tantos otros que ni podemos imaginar.

Todo medicamento, inmunobiológico, las investigaciones, estadísticas y los casos de pacientes, pueden ser investigados a través de la Internet porque la verdad es que lo que no faltan son informaciones.

Y en la cumbre del desarrollo de la ciencia humana, la industria farmacéutica ya no logra más esconder algunas verdades.

Títulos de la industria farmacéutica x inmunobiológicos.

La industria farmacéutica posee actualmente 15.860 títulos en medicamentos. ¿Qué significa eso? Significa que un determinado analgésico puede ser considerado un título, como también un antiinflamatorio, un antibiótico, un quimioterápico y así sucesivamente, reuniendo un total de 15.860.

En este momento, una rama de la industria farmacéutica se ha venido destacando en el mercado, es la que trabaja con los inmunobiológicos utilizados en el tratamiento contra el cáncer que son sencillamente los anticuerpos contra una determinada proteína X o un cáncer Y, etc. O sea, no son medicamentos comunes llenos de fármacos y de efectos secundarios, sino productos con base en elementos provenientes de nuestro propio cuerpo que naturalmente somos capaces de producir, como las células madre.

El número exacto de esos productos inmunobiológicos es 75. Fíjense bien: apenas 75 productos que se acercan a los 15.860 antes mencionados, sin embargo, esos 75 ya corresponden al 25% del monto recaudado por la industria farmacéutica. Entonces nos preguntamos, ¿cuál es la tendencia que podemos identificar en esa sorprendente proporción?

¡Es el salto de los inmunobiológicos! ¡Y ellos funcionan de la misma forma que las células madre! ¡Porque partimos de la cura a través del propio cuerpo, de los elementos biológicos!

Las células madre en la pandemia del Covid-19.

Hoy por hoy, la industria farmacéutica ya utiliza las células madre para fabricar medicamentos, pero no todos los países lo aprueban, lo

distribuyen o permiten ese tipo de producto y a veces ni siquiera anuncian su existencia. Existen

cuestiones de la industria, algunas políticas y otras con ciertos intereses involucradas en ese tema. Por eso es que los productos con células madre se destinan a unos pocos privilegiados que pueden pagar su precio, que poseen acceso a esa información muy restringida a algunos sectores y que prácticamente pertenece solo a las clases más altas de la sociedad.

Una prueba de ello lo tuvimos en lo que sucedió durante la pandemia del Covid-19, cuando al inicio del 2020, un laboratorio lanzó un producto y eran simplemente 18 millones de células madre que serían aplicadas para reducir las secuelas pulmonares de los pacientes con tratamiento posterior al Covid.

En ese producto había 8 millones de células madre con un coste de 20 mil dólares. Pero, ¿por qué usaron un número tan bajo si el laboratorio sabía que serían necesarias 100 millones de células madre? Muy sencillo, porque así ellos recaudarían como mínimo cien mil dólares por paciente hasta lograr un resultado.

Las personas estaban desesperadas, no sabían lo que hacer al enfrentar un episodio inédito como ese, totalmente desconocido e incierto en la historia de la humanidad y tenían que vivir el horror de una pandemia, con informaciones fuera de contexto, miedo, pánico descontrolado, hospitales atestados y gente que se moría sin parar en ese tenebroso caos. Nos queda la pregunta: ¿Cuánto esas personas estarían dispuestas a pagar para salvar sus vidas o las de sus seres queridos? En momentos así, las personas dan todo lo que tienen y un poco más. Y fue justo lo que pasó.

Todos los afectados se podían morir asfixiados antes, durante o después del Covid-19, dependiendo del nivel de gravedad que afectase al pulmón de cada uno. Y en los peores casos, sobrevivía el que tenía dinero. Existía una posibilidad para el que tenía el pulmón afectado y podía pagar y era justamente el tratamiento con las células madre. Parecía que el problema se resolvía con un restablecimiento avenido por arte de magia, si se le comparaba con los que no tenían acceso a esa medicina y que ni siquiera sabían que existía.

¿Hasta qué punto algo como eso le parece justo?

Fuentes:

https://www.r-crio.com/blog/celulas-tronco-no-tratamento-da-covid-19/
https://coronavirus.unifesp.br/noticias/celulas-tronco-sao-usadas-em-terapia-contra-covid-19

Juramento Médico

"Juro solemnemente que, al ejercer el arte de curar, seré fiel a los preceptos de la honestidad, de la caridad y de la ciencia. Penetrando en el interior de los hogares, mis ojos serán ciegos, mi lengua se callará los secretos que me fueren revelados y todo eso será mi precepto de honor."

Ese fue el juramento que hice cuando tuve el privilegio de graduarme como médico. Cuando recibí mi diploma y lo tuve entre mis manos, era como si lo estuviese recibiendo en honor a mi padre, madre, abuelos, bisabuelos y a todos mis ancestros.

Esa fue la fuerza que ellos me transmitieron y la que me puso en el sendero que tenía que seguir. No era solamente una cuestión de mantenerme, era principalmente, la de no convertirme en un blandengue, un tipo sin valor, sin rumbo fijo en la vida. Yo quería ser un hombre de talento, valiente como todos los de mi familia, aunque fuera un mulato, feo y pobre.

No quería perder un brazo en el molino como lo perdió mi bisabuelo, ni tener que escabullirme de una surra de zuecos y después irme a la guerra como lo hizo mi abuelo, ni tampoco ser un heladero o un basurero, como me decía mi papá.

Y fue por eso que cada palabra del juramento se me quedó en la memoria como una promesa que le hice a las generaciones que me antecedieron. Quería hacer las cosas bien para merecer el premio justo ¡y con mis propios méritos! ¡Y para eso decidí marcar la diferencia!

Represento la sexta generación de médicos en mi familia y les aseguro que no he venido solo para curar, sino para promover el cambio, para obtener el conocimiento de todo lo que pueda aprender y así

alcanzar la plenitud en la Medicina.

¡Yo no juré solamente por mi profesión!

¡Yo juré por el alma!

La industria farmacéutica en la formación de los médicos y sus conductas.

Las células madre siempre me causaron un gran entusiasmo y pasión. Desde que me matriculé en la universidad de medicina, me daba cuenta de cómo mi vida se entrelazaba con las células madre todos los días y con absoluta naturalidad, como si yo estuviese predestinado a realizar parte de los descubrimientos sobre ellas en Brasil.

Si por una parte durante mi formación, recibí instrucciones para desarrollar un pensamiento médico pensando en la enfermedad en sí, por otra parte, tuve el privilegio de ser partícipe de los milagros de las células madre, lo que me hizo pensar desde otro ángulo.

Como ya les dije, tuve la oportunidad durante mis estudios de ser alumno de una de las mejores y más consagradas científicas en medicina de este país, la doctora en Dermatología Neide Kalil, y la oportunidad y el privilegio de seguir de cerca sus investigaciones sobre una enfermedad de la piel llamada Epidermólisis Ampollar de factor 7, más conocida como Fuego Salvaje, y sus evoluciones a lo largo de los años. Como sucede con la mayoría de los científicos que realizan esos descubrimientos increíbles, la doctora Kalil también dio en el clavo con el suyo, y fue casi sin querer.

En la continuación de las investigaciones con las células madre, pude vivir el momento en que ellas coincidieron con el inicio de las liposucciones en Brasil. Un renombrado médico se dio cuenta de que existían fibroblastos en la grasa, elemento utilizado en las investigaciones de la doctora Kalil. Y por supuesto, ¡además también de las células madre!

Las investigaciones tomaban una dirección y parecían siempre alcanzar ¡las famosas células madre! Todo se encajaba a la perfección y los investigadores sencillamente seguían haciendo sus

descubrimientos. Y yo junto con ellos: el mulato, feo y pobre con el hacha en la mano, porque podía ser de todo en esta vida, ¡menos un blandengue!

— ¡Quítense del medio que soy el abanderado de esta causa!

Un tiempo después, seguí de cerca la creación del primer laboratorio de células madre en Brasil, el Laboratorio Excellium, en Rio de Janeiro, creado por médicos del Hospital Pró-Cardíaco y que ellos mismos financiaron solamente por amor a la Medicina, frente a la necesidad de ampliar las investigaciones que estaban cada vez más avanzadas y sorprendiéndonos a todos los que tuvimos la dicha de presenciar esos descubrimientos.

Y en esa misma dirección a través de los milagros de la vida, varios profesionales médicos y científicos realizaron innumerables descubrimientos importantes sobre las células madre, convirtiéndose en los pioneros en Brasil en ese campo. Como siempre, el mulato, feo y pobre, ¡estaba con ellos! ¿Se lo pueden imaginar?

El paraibano[3]

Les cuento ahora una historia muy interesante. Cuando esos médicos y científicos del Laboratorio Excellium iban a almorzar, todos los días se encontraban con el dueño de un estanquillo de periódicos y revistas, un paraibano alegre y simpático, que después de un tiempo, envejeció y empezó a implorarles que lo trataran:

— Doctor, doctor, por el amor de Dios ayúdeme, tengo una enfermedad del corazón y no tengo dinero para el tratamiento.

A veces hasta se arrodillaba frente a ellos. Los médicos dudaban si deberían tomárselo en serio. Todos los días el hombre les repetía lo mismo a la hora del almuerzo. Hasta que un día, el jefe del equipo médico les dijo:

— Hoy nadie va a almorzar, ¡vamos a honrar nuestro juramento y curar a ese pobre hombre!

Y de hecho aquel día nadie almorzó.

— Gracias doctor. Muchas gracias doctor - repetía sin parar el dueño del estanquillo como agradecimiento.

[3] *Paraibano* es el gentilicio de los habitantes de la provincia de Paraíba, que se encuentra en la región nordeste de Brasil. N.D.T.

Volvieron al laboratorio junto con el paraibano y sabiendo que existían las células madre en la grasa, la retiraron y la inyectaron en el área del corazón que parecía ser el lugar afectado. En aquella época, todo era una incertidumbre: la definición exacta del área que recibiría la inyección, la forma perfecta sobre cómo hacerlo e incluso los resultados mismos. Todo era muy incierto e inexacto.

¡Pero incluso así funcionó! Y como sucedía con varios pacientes, el dueño del estanquillo volvió a recuperar su calidad de vida. Volvió a divertir a las personas en la calle con su carácter alegre y bonachón, y volvió a sonreírle a los clientes que pasaban en frente a su pequeño estanquillo.

Pero como nada en esta vida parece ocurrir por casualidad, después de algún tiempo, el ayudante del paraibano entró un día gritando en el laboratorio:

— ¡El paraibano se murió, se murió!

Fue una locura. Blanco como un cadáver, uno de los médicos llegó a susurrarle al otro:

— Lo hemos matado, hemos

matado al paraibano…

— Todos se miraron y cundió el

pánico:

— ¡Caramba, PQLP*#&u! Y palabras malsonantes fueron pronunciadas.

Pero de pronto se aclaró la situación:

— ¡Es que alguien lo arrolló y lo mató!

Se oyen suspiros.

— Menos mal.

La respiración de alivio de todos se sintió a una milla de distancia.

El paraibano no había muerto por un error médico o por alguna secuela en razón de la aplicación de las células madre, sino probablemente por las bromas que hacía en el medio de la calle, siempre alegre para llamar la atención de nuevos clientes.

Una luz surge en la mente de uno de los médicos y clarifica cualquier posibilidad de duda que pudiese haber en lamentar el deceso trágico del

paraibano:

— ¡Vamos a buscar el cuerpo ahora mismo!

— ¿Cómo?

Todos se miraron y en seguida entendieron la intención del médico.

Los científicos corren como locos en busca del cuerpo del paraibano en una inusitada apropiación indebida. Ellos sabían que no podían más salvarlo, pero tenían la oportunidad de realizar una necropsia en el primer paciente tratado con células madre a partir de sus propias investigaciones.

Le abrieron el pecho para comprobar por primera vez, cómo las células madre que ellos le habían aplicado, se comportaban por dentro:

— ¡Miren el color que tiene ese corazón!

Cuando le abrieron el pecho, lo que vieron fue un área completamente renovada, regenerada, con el mejor tono rojo que podrían haber visto jamás. Fue entonces cuando, de hecho, los médicos se percataron de los milagros de las células madre y empezaron a divulgar sus trabajos. Y como las cosas en el medio médico se dan con mucha rapidez, nuestros descubrimientos se extendieron rápidamente en el contexto de la medicina mundial y entonces algo empezó a molestar sobremanera a los científicos brasileños.

Los norteamericanos y nuestros descubrimientos.

Los norteamericanos empezaron a salir de Cleveland, que hasta aquel momento siempre se le había considerado como el centro número uno en el mundo en cardiología, abandonando la maestría y el doctorado donde existían 34 edificios con 21 pisos gigantescos, viniendo directamente y sin escalas al Pro Cardíaco de Rio de Janeiro, un lugar pequeñito si se le comparaba con el de ellos, y que tenía apenas 2 mil metros cuadrados. La Sociedad de Cardiología Norteamericana llegó incluso a hacerle una visita al presidente en funciones de aquella época, George Bush Hijo, y pedirle autorización para comenzar las investigaciones con células madre, porque así no se quedarían atrás con relación a las otras instituciones de cardiología del mundo y, claro está, muchísimo menos con relación a Brasil. Pero sucede que el presidente George Bush Hijo era un fiel seguidor de la Iglesia Bautista y por eso se tomó un avión en

Washington hasta Texas, que era su tierra natal, simplemente para pedirle consejos a un antiguo pastor sobre el tema en cuestión.

— ¿Qué puedo hacer pastor?

— Esas cosas son cosas del demonio hijo mío. ¡Con Dios no se juega! – le respondió enfáticamente el líder religioso.

E incluso le reforzó al presidente que debería quitarse de la cabeza esa idea de una vez y por todas porque aquello era lo más loco que había escuchado jamás.

Y el resultado fue que la investigación en los Estados Unidos continuó prohibida y nosotros los científicos brasileños pioneros en varios descubrimientos, obtuvimos cuatro años más cuando Bush se reeligió. Las investigaciones por esta parte del hemisferio continuaban viento en popa. Es bueno destacar, que en aquella época, no solo los cardiólogos invirtieron en la expansión del Excellion, sino que también los ortopédicos de Rio de Janeiro empezaron a creer en nuestro proyecto y grandes investigaciones en ortopedia, regeneración articular, ligamentos con células madre, entre otras empezaron a todo vapor. Yo y mis colegas éramos del departamento pobre de la dermatología, por decirlo de alguna forma, pero sucede que ese era el departamento dónde empezaron todas las investigaciones con células madre y que se estaban convirtiendo en investigaciones relevantes en todo mundo.

Y a partir de ese momento, nuestro departamento se convirtió en el queridito de todos.

Y allí estaba el mulatito...

Con el auspicio de la industria.

Es importante conocer que la industria farmacéutica es la responsable de determinar el currículo de los estudios de los médicos. Nosotros, los doctores de todas las especialidades, somos comandados por la industria farmacéutica desde el momento en que entramos en una universidad, de la misma forma en que los otros ciudadanos reciben la influencia de ese sistema ya establecido por esa industria.

Cuando hacemos un Congreso de Ginecología, por ejemplo, donde participan 8 mil especialistas del mundo entero, ¿quién lo paga? ¡Pues la industria farmacéutica!

Todos los temas en ese congreso serán temas que le interesan a la industria, cada experto invitado ya viene con una lista de enfermedades que

serán abordadas, como una lista de medicamentos recomendados por su patrocinador, etc. Es así cómo funciona.

Los médicos terminan actuando como pequeños soldados de una industria gigante y poderosa si no se dan cuenta y optan por otra forma de trabajo que vaya más allá de la receta.

Estar en ese estándar de la industria es vivir y propagar la medicina medicamentosa.

Mi propuesta como médico.

Lo que propongo a través de mis actos como médico es justamente lo opuesto de lo que la mayoría guiada por la industria ha venido implementando y que, a fin de cuentas, no se oponen a ella: ofrecer y vivir una medicina preventiva y regenerativa.

¿Cree usted que a la industria farmacéutica le interesa graduar a médicos como yo? ¡Claro que no! ¡Yo no receto medicamentos! Lo hago, pero muy raramente. Es lo opuesto: ¡trabajo en razón de mis pacientes para que justamente ellos no necesiten esa industria!

Pero por supuesto que, en ese juego y esa doctrina que ya se instauró en los prolegómenos de la industria, muchos colegas médicos tampoco comprenden el camino que seguí.

— ¿Conocen la curva que hace el río? ¡Pues esa curva soy yo!

¡El mulato, feo y pobre que nació a la orilla del río Piratininga! ¡Ese hombre que no vino a este mundo para ser un blandengue y que hoy por hoy está luchando contra fuerzas descomunales! ¡Y que no se dejará vencer! ¡Y que no cejará! Pretendo salvar a muchas personas de esa gigantesca desinformación y entregarles un conocimiento que podrá transformar sus vidas para siempre con una calidad de vida y una dignidad que jamás tuvieron.

¡Es necesario ponerle coto de una vez a esa alienación que el mundo está viviendo con relación a la Sanidad!

Vivir como un verdadero profesional de la salud y no de las enfermedades.

En la actual coyuntura que vivimos, cuando un estudiante o profesional abre un libro de cardiología por ejemplo, el contenido se basa completamente

en enfermedades cardiológicas que deberán ser tratadas con medicamentos. El individuo en cuestión empieza a leer varias patologías posibles como una insuficiencia cardíaca congestiva, una muerte selectiva del ventrículo derecho y después sencillamente, indica cómo tratar esas enfermedades porque el resultado final es este: ¡cómo se trata y cuáles son los medicamentos que hay que comprar! ¡la medicina actual no vive de la salud, vive de las enfermedades! ¡los que de hecho viven de la salud son los gimnasios, los entrenadores personales y los nutricionistas, ¡esos sí que están en el camino correcto!

Es muy triste, claro que sí, pero es una realidad que ahora mismo estoy proponiéndoles transformar. Y aunque yo sea ese mulato, feo y pobre y esté relativamente solo en esta propuesta de una nueva percepción de la existencia humana y de la sanidad, no nací para convertirme en un blandengue ni para alimentar una industria que de hecho no le importa curar a las personas, ¡sino enriquecerse con las propias enfermedades!

¡Me niego a alimentar esa industria! ¡He venido a este mundo a retirar la medicina de ese ciclo y elevarla al nivel de los gimnasios, trabajando la medicina preventiva y regenerativa!

Y mientras la gran mayoría de los médicos solo recetan medicamentos y apenas dialogan con la farmacia y sus técnicas sin pensar en la farmacología, mientras eso esté ocurriendo, no podemos contar con una postura médica que realmente respete la sanidad.

¿El médico estándar es un alma libre?

El compromiso estándar del médico establecido por la industria es el de un profesional que se le necesita para restaurar la salud del paciente momentáneamente sobre una determinada enfermedad.

Incluso cuando compramos un polivitamínico, podemos ver la cantidad mínima necesaria de elementos para una salud diaria, pero no para enfermarse. Lógicamente, eso no quiere decir que ese individuo pueda permanecer o estar en su mejor estado de salud. ¡Eso no es suficiente! No nos basta secundar los números y las recetas prefabricadas en razón de algo que ya existe y proseguir con una intención medio tendenciosa.

Esas cosas siempre me estuvieron rayando la cabeza, pues yo no quería convertirme en otro profesional de la enfermedad, había algunas cosas que me impactaban profundamente.

"No podría yo definirme como siendo un profesional liberal si de hecho me he convertido en un súbdito, en un siervo de la industria, ¿comprenden?".

Y, de hecho, yo tenía la oportunidad de graduarme con varios títulos de medicina: maestría, doctorado, posdoctorado, etc., pero incluso así, mientras más niveles académicos alcanzase, continuaría siendo aquel que se graduó para indicar productos. Solo tendría más títulos, pero continuaría vendiendo los productos de alguien. ¡Alguien con doctorado sí, pero al fin y al cabo, un vendedor de medicamentos!

Ésa es una verdad que duele y asusta sobre el comportamiento médico estándar y que es la base y está sustentado por la industria farmacéutica: el médico especialista en trasplante de prótesis que sabe indicar todos los productos y todas las conductas en las cuales posee el conocimiento de todos los instrumentos para operar: va a efectuar un cambio, usar una prótesis y después indicar los medicamentos tal y tal y tal.

Por supuesto que no estoy aquí menoscabando el conocimiento adquirido por ese médico, pues sé que existe todo un mecanismo de razonamiento dentro de la fisiología de la enfermedad y habilidades para reconocer una determinada dolencia y poder efectuar la operación, pero para indicaciones de productos de la industria esto es lo que hay: el médico se va graduando cada vez más cuando en realidad, dentro de la dinámica de la industria, es como se estuviésemos en una arena movediza.

Mientras más uno se mueve, más se hunde, más se convierte en un experto en la enfermedad. Y lo que pasa es que, según pienso, el médico debería ser alguien experto en salud y no en la propia enfermedad.

Sobre los inmunobiológicos.

Bien, si vamos a hablar sobre los 75 inmunobiológicos entre los más de 15 mil títulos que existen y que corresponden al 25% de la facturación de toda la industria, incluso siendo una cantidad pequeña, esa nueva rama de la industria farmacéutica que surge en

realidad es una industria biomolecular, por lo tanto, es una industria de células madre que se acerca de a poco y que está siendo moldeada a tono con los intereses de los que solo quieren beneficiarse con la tajada de mercado.

¿Cuál es la prueba que tengo de eso?

Pues sencillamente lo que acaeció con la pandemia del Covid-19.

El producto que llegó a costar 20 mil dólares en la pandemia para restaurar el pulmón de poquísimos privilegiados, no es nada más que un líquido para infusión que se fabrica a partir de un cordón umbilical en algún laboratorio acreditado y autorizado por el laboratorio Wyeth que, a su vez, es una de las más importantes industrias farmacéuticas del mundo, la principal en inmunobiológicos y que fue comprada por Pfizer en el 2009.

¿Y por qué ese producto no estaba disponible para todo el mundo?

¿Por qué costaba tan caro?

¿Y por qué casi nadie lo sabía?

Fuente:
https://nyscf.org/resources/pfizer-to-buy-wyeth-in-68-billion-deal/

¿Cómo funciona la compra y la distribución de las células madre?

Como en Brasil todavía no tenemos la autorización para comerciar las células madre, se hace necesario un trámite internacional por parte de aquella super empresa que solo ella puede autorizar, la tal de Wyeth, la farmacéutica más importante de inmunobiológicos y la responsable de producir y distribuir las células madre provenientes de los cordones umbilicales del mundo entero.

¿Y cómo sucedió?

Pues bien, fue así. Alguien que estaba gravemente enfermo e ingresado en un hospital, con acometimiento del pulmón a causa del Covid-19, tenía un médico de cabecera que podría encomendar las células madre a un laboratorio autorizado que a su vez, se pondría en

contacto con el laboratorio Wyeth en los Estados Unidos.

Ese médico especialista, se pondría a su vez también en contacto con el laboratorio de células madre más cercano. Pero por una cuestión de logística, ese laboratorio recibía un permiso para envasar el medicamento con la marca del laboratorio Wyeth. Y en ese proceso de envase, entrarían 18 millones de células y quien lo recibía era el Wyeth que enviaría el dinero en parte para uno y en parte para el otro. Efectivamente, es una cadena financiera que se basa única y exclusivamente en las células que están dentro del paciente, por decirlo de alguna forma.

Las células madre serán en el futuro, el mayor interés de la industria farmacéutica cuando encuentre una forma de fabricar esos medicamentos a larga escala y con las debidas autorizaciones por todo el mundo. Pero mientras eso no llega, el foco continúa siendo aquella cantidad inservible de títulos que no regenera ni cura nada.

Entonces, ¡fíjese muy bien en lo que le digo! Porque si es usted portador de toda esta información, de hecho puede trazar nuevos caminos con relación a su salud.

¡Las células madre son una inversión real y portentosa en la calidad de vida porque regenera, transforma y rejuvenece!

Si incluso yo que estaba predestinado a seguir un terrible destino lo entendí, ¡usted también puede entenderlo!

Áttela Jenichen Provesi y Jose Roberto Provesi

Estoy sentada debajo de una sombrilla observando a mi marido que se divierte con Arthur, nuestro nieto de un año y medio.

Me río sola y disfruto del momento.

Me conecto con el sonido de las olas del mar, la brisa, la familia que me rodea y observo en la distancia a dos de las personas más importantes en mi vida.

— Ay, ay...

"Algunos años atrás no me veía así."

Escucho a alguien hablando y después una pregunta:

— Miren cómo Provesi está feliz. ¿Qué lo cambió? Miro

a mi alrededor pero sin sorprenderme tanto:

— ¿Cómo?

Él señala la playa:

— Fíjate que no deja de reírse, se levanta, baja, se arrodilla, no para de jugar. ¿De dónde saca tanta alegría y vitalidad?

Estoy de acuerdo.

Y mi cuñado añade:

— Él no era así.

Susurro:

— Realmente no era así.

Él y se sienta a mi lado en la tumbona:

— ¿Y qué fue lo que lo cambió?

Tomo un sorbo de agua de coco y le advierto:

— Es una larga historia.

— Quiero que me la cuentes.

Respiro hondamente y reflexiono sobre todo lo que viví en los últimos tres años. "¿Quién diría que yo estaría tan bien en esa fase de mi vida?" La historia empieza más o menos así...

Después de diez años trabajando en el Hospital Universitario Infantil, ya no sabía lo que era tener unas horitas para mí. Vivía en razón de mi trabajo y no me quejaba porque siempre me gustó, era algo que me hacía feliz. Aunque confieso que mi cuerpo no parecía tener la misma opinión.

Casada, madre de dos hijos ya adultos y directora del hospital, creía que lo tenía todo bajo control, hasta que empecé a hincharme toda y la cosa se puso peor. ¡Sin tregua!

Es difícil explicar con exactitud dónde empieza esa historia, porque con la vida tan estresada que llevaba me olvidé de mí, no tenía una buena calidad de vida, no me interesaba cuidar de mi cuerpo. Después de tantos años de casada y ya cerca de la tercera edad junto con mi marido, creo que estaba en una zona de confort que no era realmente muy favorable para mi salud y por eso me enfermé, ese fue el aviso de mi cuerpo.

Pese a todo el dolor que sentí durante algunos años, oxidándome, pasando por procesos inflamatorios, cansancio e indisposición, le agradezco a la vida por haberme dado la oportunidad de poder vivir aquello, porque de otro modo, probablemente mi vida continuaría igual.

Todo se dio al mismo tiempo, en la vorágine de ese proceso llamado vida que no sabemos explicar, que apenas comprendemos, y que solamente muchos años después seremos capaces de entender cuándo lo que nos acaeció nos llega de sopetón y nos sorprende.

Cambié mis funciones y empecé a cuidarme más, pero todavía seguían los dolores, especialmente en los pies con una rígida fascitis plantar, que casi no me dejaba caminar. Era tan complicado, que en uno de los viajes que hice con mi marido me tuve que parar y empecé a llorar porque no entendía de dónde venía aquel dolor que me impedía caminar.

Fue cuando Tércio surgió en mi vida. Me enteré del tratamiento que venía haciendo con las células madre y decidí tomar la infusión sistémica para una regeneración total de mi salud, contando, por supuesto, con la inteligencia de las células para poder restaurarme incluso en los más recónditos lugares de mi cuerpo dónde pensaba que no me hacía falta.

"¡Esa fue mi luz al final del túnel!"

Y me sorprendí mucho porque el día del procedimiento, el doctor me quitó los tenis y sostuvo mis pies para una aplicación local que él llamó: Partículas Divinas y Elíxir de la Vida.

Grité de tanto dolor, confieso que fue horrible y aunque mis pies me doliesen mucho después de las punzadas que sentí, inolvidables por cierto, fue en ese momento que mi vida se transformó totalmente.

"¡Instantáneamente!"

Aunque tuviese más tiempo para mí ya en aquella etapa de mi vida, el dolor todavía no me dejaba vivir, tanto en los pies como en varias partes del cuerpo. Llegué a tener Capsulitis Adhesiva, un síndrome que congela los movimientos de los hombros. ¡Y cómo dolía por Dios! Casi no podía bañarme porque no era capaz de lavarme la cabeza. ¡Fue horroroso!

¡Si en aquella época coleccionaba dolor a partir de ese día empecé a coleccionar momentos! Sí, ¡momentos de alegría, de vida y de plenitud!

Pocos días después, mis pies se curaron como por arte de magia. En dos meses, mi ánimo mejoró porque los dolores se desvanecían poco a poco. Con eso recuperé el sueño y también volvieron mi fuerza física, muscular y la sustentabilidad.

— Pero tranquilos, que no fui yo sola la que pasé por ese proceso.

Al mismo tiempo en que tomaba esa decisión, mi marido también escogió probar el tratamiento rejuvenecedor y curativo. Y aunque él no tuviese nada parecido con lo que yo tenía, al comienzo tuvo osteofitos u osificación en la columna y realizó una aplicación local. Lo que los médicos le habían dicho que llevaría un tratamiento bastante largo con una extensa lista de medicamentos, fue prácticamente retirado con las manos: las manos sabias de Tércio.

En ese proceso, y a pesar de sentir la diferencia en mí misma todos los días, creo que la más grande de todas fue la que vi en mi marido. Su humor cambió y su alegría se notaba a dos leguas de distancia. De la noche a la mañana, parece que recibimos un milagro divino.

Ambos estamos en la tercera edad y juntos hace décadas, dejándonos llevar por la inevitable inercia del día a día, cansados de una vida de trabajo y del peso inevitable de la edad. Pero con el elíxir de Tércio, sencillamente recibimos la segunda oportunidad de vivir con juventud

en la mejor fase de la sabiduría.

Si la vida parece injusta al permitir que tengamos madurez y sentido común en la vejez, las células madre por su parte, nos permitió alcanzar la sabiduría con una nueva juventud, alegría, vitalidad y lo que es mejor: ¡sin dolor!

Cuando optamos por las células madre, no conocíamos el camino. Claro que veíamos una esperanza y una mejoría, pero lo que tuvimos fue mucho más que eso.

Nuestra individualidad mejoró y después esa mejoría se extendió a los dos. Nuestro matrimonio tuvo una significativa transformación porque ahora paseamos más, cocinamos juntos, vemos las pelis más alegres y, principalmente, podemos jugar con nuestro nieto Arthur, nuestro primero y único nieto.

A diferencia de lo que fue cuidar a nuestros hijos ya siendo nosotros adultos y llenos de trabajo, compromisos y preocupaciones, estar con Arthur tan llenos de vida, es sencillamente como tener la oportunidad de ser jóvenes de nuevo.

Nuestros hijos ya son grandes y están establecidos en la vida, una vida buena y justa. Por supuesto que ahora nuestros hijos también quieren hacerse la infusión de las células madre, pero vamos despacito, vamos a empezar por los más viejos, ¿no?

Esa amistad se extendió a toda la familia. Recientemente escuché que mi hija Helena hizo excelentes comentarios sobre lo que nuestro amigo y médico decía sobre las células madre y su futuro para la humanidad. Investigadora y muy curiosa, Helena se leyó de un tirón (y continúa haciéndolo) diversos artículos científicos que simplemente reafirman todo lo que Tércio dice y ya viene haciendo en sus consultas como médico hace muchos años.

No tengo palabras para describir la diferencia que Tércio marcó en mi vida, la impronta que dejó y, por ende, también en mi familia.

Antiguamente me acometían aquellos terribles dolores en los pies, una horrible inmovilidad, dolores sin fin y una excelente dosis de monotonía. Ahora no tengo ninguna dificultad física. Incluso cuando nos enfermamos del Covid dos veces, lo rebasamos con tranquilidad. En fin,

mi marido no es el mismo, se transformó, como también nuestro matrimonio.

"Fue el Elíxir de la Vida!"

A ese médico que se convirtió en nuestro amigo y que fue la inspiración para toda una existencia, para él, no hay palabras suficientes que expresen nuestro agradecimiento por lo que hizo por nosotros. Es por eso que siempre que puedo, comparto mi historia de vida para que otras personas se puedan beneficiar también con todas las experiencias que Tércio rescató en mí con su conocimiento y con esa fuerza vital que nos alegra a todos transformando y mejorando la vida de los demás.

Tércio no cura solamente el cuerpo de sus pacientes, sino que literalmente les devuelve la vida evitando que las enfermedades le prohíban alcanzar la plenitud.

— Es exactamente eso: ¡La plenitud!

Escucho a Arthur riéndose y vuelvo al presente.

Respiro profundamente y suelto el aire con fuerza. Me doy cuenta que mi cuñado se ha quedado perplejo.

"Me olvidé que le estaba contando esa historia a él."

Me río, mirando fijamente a mi marido y mi

nieto. Y digo:

— Mira eso, Provesi tumbó el cubito de agua de Arthur.

Mi cuñado dice que no con un movimiento de la cabeza como si no creyese lo que había acabado de oír.

Él se levanta corriendo para tomar algo y vuelve con el móvil en la mano.

— Dame el teléfono de Tércio, ¡dámelo ahora!

Me levanto y le respondo:

— ¡Ahora mismo no!

Él se queja:

— ¿Por qué?

— Tengo que jugar primero. Y

salgo corriendo.

¡Salgo corriendo hacia la vida!

Capítulo 3

El CÁNCER QUE ME DEVOLVIÓ LA VIDA

“Lo que no provoca mi muerte hace que sea más fuerte.”

Friedrich Nietzsche

U<<Una de las noticias que más temía recibir en la vida y que menos esperaba, me llegó de sopetón:

— ¡Tienes leucemia, Tércio!

Una frase así nos llega al alma como una sentencia de muerte. Pero no se acaba ahí:

— ¡Te queda poco tiempo!

"Hum..."

Por supuesto que me sorprendí, pero primero me reí:

— Querido, acabé de correr catorce kilómetros en la playa ¿y usted me viene con ese cuento de que tengo cáncer?

Y me sigo riendo, alegremente.

— Me han trastocado las pruebas

doctor. Le pido que las rehaga.

— Nos son mis

exámenes doctor.

Pero sí que lo

eran.

En esa época yo tenía treinta y cinco años.

Por eso, hasta hoy me pregunto si Dios se ríe de sus hijos mientras los educa. En mi pequeñez existencial, y frente a su infinita grandeza, comprendí que no soy absolutamente nadie. Si mi propio padre aquí en este planeta me tachó de mulato, feo y pobre, ¿cómo será que Dios me habrá etiquetado allá arriba? ¿Y este hombre piensa que va a superar la muerte?

— ¡Eso lo quiero comprobar bien de cerca! – me susurra Él en mi cabeza.

Tal vez me han puesto en esta tierra para luchar como un gladiador en una arena y Dios eligió ese cáncer y se quedó mirando, a veces apoyándome y a veces apoyando la enfermedad. ¿Es así?

Además, Él me permitió tener el conocimiento de una de las mejores herramientas para curar al ser humano de cualquier enfermedad, con excepción del cáncer, claro. Por eso digo que mi acceso a las células madre era como tener un arma más poderosa que un videojuego, el problema era que, en aquel preciso momento, no la podía usar.

— ¡Socorro, Madrecita!

Entonces Nuestra Señora de las Gracias intercedió por mí.

Le agradecí. Primero, ¡porque Dios me avisó a tiempo! Y segundo, porque fui justamente yo y no mis hijos o alguien a quien yo amase profundamente el que tuvo que enfrentarse a ese león. Yo sabía que tendría fuerzas suficientes y que sería más fácil ver la enfermedad en mi propio cuerpo que en cualquier persona de mi familia.

Si aquel mulato, pobre y feo ahora debería ser gladiador para entretener al público de arriba, me las arreglaría para vencer esa batalla.

Mi bisabuelo siempre me decía:

— *Sigue adelante hijo mío. ¡Ya hay demasiados blandengues en este mundo y Dios te necesita para superar a esos blandengues!*

— Respiro hondo:

— ¿Y cuándo empezamos con la quimio, doctor?

¿Cómo me avisó Dios?

Yo estaba allí, viviendo normalmente con una esposa, dos hijos pequeños y un trabajo bastante promisor. Mi hijo más adulto tenía cinco años y el más pequeño un año.

Yo, que ejercía la medicina tanto en Brasil como en Francia, ya conocía bastante el oficio y trabajaba con estética en algunos países dando clases de Botox, por cierto, sustancia que eché a andar aquí en Brasil. Me gustaba viajar a menudo a los Estados Unidos y aquel día me enteré por el noticiero que un huracán pasaría por Nueva York exactamente durante mi viaje.

"¡Santo cielo!"

— Mis hijos, el amor más grande de mi vida ¡ni pensarlo, no me voy a arriesgar! "Voy a aumentar el seguro de vida. Si me pasara algo mi esposa necesita tener un excelente amparo para cuidar a nuestros hijos."

En aquella época ya tenía un excelente seguro de vida, pero incluso así quería estar más cubierto para que la madre de mis hijos no tuviese el más mínimo problema

si el huracán nos alcanzase. Faltaban pocas semanas para el vuelo y decidí solicitar un aumento de la póliza de seguros:

— Perfecto doctor Tércio, usted solo necesita hacerse algunos exámenes médicos y el banco le aumenta el valor.

"¡Excelente!"

Me hice los exámenes y seguí adelante con mi vida normalmente preparándome para viajar tranquilo y enfrentar el huracán e incluso el tal dragón de San Jorge si se me apareciese.

Suena mi teléfono:

— Doctor Tércio, no nos autorizaron el aumento de su seguro. ¿Podría personarse aquí por favor?

"¿Pero qué diablos pasa?"

Ok, voy a tener que volver al banco a resolver algún problema burocrático. Eso era lo que yo pensaba con tanta alegría e ingenuidad en aquel momento.

¿Cómo fue que Nuestra Señora de las Gracias me avisó que estaría a mi lado?

Entro en el garaje del edificio donde vivo y me dirijo a mi coche.

"Voy a correr como siempre ahora de mañanita y después voy al banco y resuelvo el problema del seguro."

De pronto, veo un brillo en el neumático de mi coche y me inclino para verlo más de cerca.

— ¿Pero qué es eso?

Sin entender muy bien, retiro con calma ese material que brillaba tanto y que estaba pegado a la goma del neumático. Cuando lo tomo en la mano, me doy cuenta que es una medalla. Y entonces veo una imagen:

— Nuestra Señora de las Gracias, ¿qué está usted haciendo en el neumático de mi coche? ¡por Dios!

Y me río.

Me levanto y miro hacia el cielo por una de las ventanas.

— ¿Qué está usted tratando de decirme?

Cierro los ojos y respiro hondamente. Sostengo la medalla y la aprieto con mis manos cerca del corazón:

"Dios te salve, María Llena eres de gracia, el Señor es contigo. Bendita tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús. Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amen".

Expiro bien despacio sintiendo su presencia.

"*¡Dad gracias en todo!*"

Recojo mi billetera del bolsillo y le encuentro un lugar:

— Ahora usted estará siempre a mi lado y en todo y cualquier espacio.

Sin entender todavía el motivo de su presencia allí, en aquel momento simplemente agradecí. Continué adelante y me dije:

"Ella quiere decirme algo, eso está clarísimo".

¡La noticia!

Primero corrí como siempre lo hacía.

Al llegar al banco, no lograba entender lo que impedía que me aprobasen el aumento de mi póliza de seguro para el viaje.

Ningún funcionario me decía nada, era una confusión generalizada.

— Usted tendrá que hablar con el médico, doctor Tércio.

— ¿Con el médico? ¿Por qué?

En mi desconocimiento, no entendía el desacierto del gerente y lo que hice fue seguir su orientación.

— Hola doctor. Por favor, ¿me podría decir cuál es el problema? ¿Por qué el banco no me quiere aumentar mi póliza de seguro?

Yo había terminado de hacer mi carrera de todos los días a la orilla de la playa, en la rambla de siempre, y estaba más preocupado con mi olor a sudado que con cualquier otra cosa. En ese momento, él me trae mis exámenes de sangre.

— ¿Has tenido gripe por estos días Tércio?

— ¿Gripe? ¿Yo? Claro que no...

Él me mira fijamente y me entrega los exámenes:

— Es mejor que los leas. A fin de cuentas, eres médico también ¿no?

Examino las pruebas y veo que hay algunas partes destacadas en el texto justo en la parte del hemograma:

Pienso para mis adentros:

— Glóbulos blancos... ¿casi cien mil, doctor? Pero, ¿de dónde ha sacado usted ese examen?

Lo miro y lo veo serio, aparentemente sin saber qué decirme.

Me sigo riendo:

— Ese examen no es mío, discúlpeme doctor, pero ese examen no es mío. Míreme bien por favor, acabé de correr catorce quilómetros por la arena de la playa, estoy sudando como un cerdo y súper en forma.

Y muevo los exámenes en el aire en señal de alegría y desaprobación:

— Escúcheme bien doctor. La persona que se hizo estos exámenes está en estado terminal, está acostado en una cama a punto de morirse. ¡Míreme bien por el amor de Dios!

Me río, le pongo los exámenes en su escritorio y me levanto.

— Me los voy a hacer de nuevo, no se preocupe usted. Yo mismo hago la solicitud.

Algunos días más tarde y otra vez con los nuevos resultados en la mano, volví a ver los mismos valores y no lo podía creer.

— ¡Pero esto es sencillamente imposible!

Miro al cielo y busco una respuesta en Nuestra Señora. "¿Qué significa esto Madrecita?"

Aquellos exámenes deberían ser de una persona con fiebre, debilidad, pérdida de peso, falta de apetito, hematomas por todo el cuerpo y una enorme dificultad para respirar.

¡Y yo simplemente no tenía ninguno de esos síntomas! No tenía nada. Estaba en plena forma física, sintiéndome como un joven de 30 años corriendo varios kilómetros por día, nadando, trabajando, etc. ¿Cómo se explicaban esos resultados?

Me olvidé del seguro, me olvidé de mi viaje, pero no me olvidé de vivir.

Tomo me billetera del bolsillo y miro la medallita:

— ¿Era eso lo que quería decirme Madrecita? ¿Era eso entonces?

Un malentendido de 1,5 millones de dólares.

Después que descubrí la enfermedad todo sucedió muy rápidamente, demasiado rápido y se convirtió en una historia increíble.

El funcionario del banco, que era el responsable de mi seguro de vida, sabía que los resultados de mis exámenes eran los de una persona al borde de la muerte, y por eso mismo le pareció prudente autorizar el seguro. Pero era necesario una enorme burocracia hasta lograr la autorización de la póliza que valía un millón y medio de dólares.

Los funcionarios del banco se desesperaron:

— ¡Pero el cliente está vivo por Dios!

Y al fin y al cabo, no me morí como se preveía y un lindo día estaba pasando consulta normalmente en mi clínica, cuando una comitiva de funcionarios de ese tal banco irrumpe en la clínica para hablar conmigo:

— Doctor Tércio, necesitamos hablarle urgentemente.

Me río:

— Sí, lo veo.

"¡Diablos!"

Ya me había olvidado de aquel asunto de aumentarle el precio a la póliza por motivos muy claros, ¿no? Y no me interesaba hablar más sobre el tema del seguro. Pero incluso así, fui a escuchar a ese montón de encorbatados que entraron en mi consulta sin avisar.

En un lugar más reservado, me doy cuenta que uno de los funcionarios estaba llorando en la sala.

Los miro a todos y les digo:

— Señores, ¿alguien me puede decir lo que está pasando por favor?

En lágrimas, el hombre susurra, desesperado:

— Me van a echar del trabajo doctor.

Muevo la cabeza de un lado al otro sin comprender absolutamente nada. Miro a la gerente y le pregunto:

— ¿Qué está pasando?

Y entonces me explica lo que realmente pasa:

— Tércio, le voy a pedir disculpas con antelación por todo lo que tendré que contarle.

Me quedo de piedra, mirándola fijamente a los ojos y escuchado a su amigo que no paraba de llorar.

La gerente continúa:

— Nuestro gerente autorizó el seguro y su póliza fue concedida.

— ¿Cómo?

Ella baja la cabeza lentamente.

Levanto mis brazos al cielo y digo a voz en cuello:

— ¡Pero estoy vivo!

— Por eso mismo...

El hombre de al lado llora más alto todavía y yo no entiendo absolutamente nada.

— ¿Y qué es lo que ustedes quieren que haga?

La gerente saca un documento de una carpeta y me lo enseña:

— Doctor, sabemos que usted está gravemente enfermo y que está casado y con dos hijos. En este momento, esa póliza es suya pero si usted acepta el dinero, nuestro gerente va a perder su trabajo y nosotros tendremos que encargarnos del error. No quiero ni pensar lo que nos va a pasar.

— Hum.

El hombre llora cada vez más alto.

Los miro fijamente a los ojos y les dijo:

— Mi estimado, lo que yo más quiero en esta vida es que usted conserve su trabajo y que en el fondo, yo nunca tenga que echarle mano a ese dinero.

Tomo el documento que la gerente me dio y le digo:

— ¿Dónde tengo que firmar?

Todos me miran boquiabiertos.

El hombre deja de llorar de una santa vez.

— ¿Usted va a firmar ese documento? ¿Usted va a conservar mi empleo Doctor?

Me siento y me recuesto en la silla con el documento en la mesa:

— ¡Le estoy diciendo que lo firmo ahora mismo!

Un silencio sepulcral se hace eco en la sala y solo el ruido de mi bolígrafo firmando el documento es lo que se escucha.

Se lo entrego a mi gerente y miro al muchacho que no daba crédito a lo que acababa de ver:

— Mira, te voy a decir una cosa...

Él se queda tieso como un témpano de hielo y me escucha atentamente:

— El dinero existe para pagar las facturas, no para perjudicar a nadie.

Y le estrecho las manos a todos diciéndoles:

— No me interesa cobrar un millón y medio de dólares. Ellos se quedan más tiesos todavía y casi en estado de shock me escuchan continuar:

— Lo que quiero es gastar ese millón y medio de dólares. Y si es posible, de vez en cuando, gastar muchos millones y medio de dólares porque no he venido a este mundo para atesorar esas cosas, he venido para aprovecharlas.

Todos se quedan estáticos.

Me río para mis adentros, salgo de la sala y continúo mi trabajo.

— ¡Adiós muchachos! Los dejo que necesito trabajar.

Y hasta el día de hoy mi gerente me dice que esa historia se ha convertido en una leyenda sencillamente porque nadie se la cree.

Pero en realidad lo que nadie entendió es que yo hice eso para demostrarme a mí mismo mi valía, demostrar que viviría. Yo creía en mí y en la luz de Nuestra Señora de las Gracias y el milagro que ella operaba en mi vida. ¡No necesitaba un millón y medio de dólares, lo que necesitaba era vivir! Porque viviendo podría conseguir ese valor tantas veces como quisiera en esta vida.

La despedida

Acostumbro a decir que el cáncer me devolvió la vida porque desde que me lo diagnosticaron, las personas que convivían conmigo empezaron a actuar como si realmente me fuese a morir. Y tuve que luchar contra esa actitud.

"Todos los días alguien viene a despedirse de mí".

— ¡Que Dios me libre y guarde!

Si dependiese de los motivos ajenos, me habría entregado a las peores probabilidades. Las previsiones eran las más fatales posibles, pero yo era el único que creía que vencería mientras ya me iban adelantando el velorio y todo lo demás. Por las mañanas, cuando me despertaba, era simplemente un verdadero milagro. Y todo lo que sentía eran ganas de agradecer por estar vivo y vivir lo más que pudiese.

"Cree en ti mismo y el día llegará en que
los demás no tendrán otra elección a no
ser también creer en ti."

Cynthia Kersey

— ¡Me desperté nuevamente! ¡Gracias Madrecita!

Y me levantaba diciendo:

— ¡Buenos días, Vida!

Sentía alegría al levantarme, ¡simplemente porque estaba vivo!

Por eso no dejé de trabajar ni un día siquiera. Incluso teniendo que soportar todas las reacciones de la quimioterapia, me negaba a quedarme tirado en la cama. Me seguía levantando a las cinco de la mañana aunque no puedo negar que mis funciones corporales se habían ralentizado. En algunos momentos, tenía que repetirle las órdenes a mi cerebro porque mi función neurológica sencillamente no respondía más. Me demoraba veinte minutos para levantarme de la cama, diez para mover la pierna, veinte para bañarme y quince para afeitarme. Era una situación penosa, realmente muy penosa, pero yo seguía adelante.

— ¡No te dejes caer, Tércio!

Salía de mi casa con casi 14 camisas colgadas en una percha, algunos pares de medias, calzoncillos, toallas y a veces incluso pantalones y uno que otro par de zapato, porque todo se mojaba. Sudaba tanto, que tenía que cambiarme de ropa varias veces al día.

Y siempre me repetía a mí mismo:

"*¡Por todo es necesario agradecer!"*

¡Y agradecía!

Me negaba a morirme, simplemente me negaba, incluso con el cuerpo visiblemente debilitado. Fui perdiendo el vigor, el color, el cabello, el peso y todo el resto que se puedan imaginar, pero no perdí el brillo de mis ojos, ese insistía en quedarse conmigo a cualquier costo y a agarrarse a la más mínima esperanza de vida que surgiese.

La quimioterapia no es nada más que un conjunto de venenos que nos obligan a inyectarnos en el cuerpo para matar a las células cancerígenas, pero en realidad también mata a las células sanas. ¡La quimioterapia nos mata! Es necesario tener una fuerza descomunal para vivir, soportar esa experiencia y continuar teniendo ganas de existir. Pero siempre me acordaba de Nuestra Señora en el neumático de mi coche avisándome que no me abandonaría. Y en esos momentos, tocaba mi bolsillo donde estaba mi billetera y la medallita. Ese lugar se convirtió en mi bastón imaginario en los peores momentos:

— Usted está aquí conmigo madrecita, yo lo sé ¡y juntos lo vamos a lograr!

Sagrados miércoles

Mi decisión de seguir en el trabajo fue justamente por el mismo motivo de no aceptar aquel millón y medio de dólares. Me tenía que probar a mí mismo que tenía fuerzas suficientes para seguir luchando. Cada día de vida era una batalla vencida. No sabía cuántas batallas me quedaban por delante para ganar esa guerra, pero si mi abuelo se escapó de casa porque no creía en la historia del Dragón de San Jorge que podía morir todos los días y en el mismo horario y lugar, yo me convertí en el mismísimo Dragón huyendo de San Jorge todos los días y en todos los momentos con la única diferencia que era en todos los lugares.

"Solo se considera un luchador, aquel que sabe luchar consigo mismo."

Carlos Drummond de Andrade

Otra perspectiva que la enfermedad me trajo fue la de vivir todos los días como si ese fuese el último, porque la cruda realidad es que podría ser eso mismo. Sentía un deseo enorme de aprovechar cada minuto como si fuese el último en mi vida especialmente amando a mis hijos, escucharlos sonreír, jugar con ellos y crear una memoria afectiva lo suficientemente fuerte para que quedase atada con todas las fuerzas en sus estructuras. Yo quería que ellos me retuviesen en sus memorias como un verdadero padre. La mejor de las memorias, aquella que pudiese compensar mi ausencia.

Pensaba todo el tiempo en la película *La vida es bella*, escrito, dirigido e interpretado maravillosamente por Roberto Benigni, donde en los campos de concentración de la Segunda Guerra Mundial, y en medio a situaciones tormentosamente inhumanas, el padre de un muchacho le hacía creer que ellos estaban dentro de un juego y que todo no era más que eso mismo: un juego. La realidad era la más tenebrosa que podía existir, pero en aquel mundo creado por ese padre, existía dulzura, amor, esperanza y un cierto tono de gracia. Era la fantasía de lo bello y lo sublime dentro de la peor realidad que se podían imaginar en la vida real.

— ¡Eso es lo que quiero hacer por mis hijos!

Entonces tomé otra decisión, y ella sería que todos los miércoles no iba más a trabajar. Me quedaría con ellos. En ese momento de mi vida, nosotros vivíamos en un *penthouse* de frente al mar, y cuando ellos llegaban de la escuela, ese era el momento de hacer una parrillada. Nos divertíamos en la piscina con el perro ladrando como un loco y hacíamos sencillamente todo lo que ellos querían. Ese era el mejor día de la semana para mí. Y yo me reía como se reía Benigni en la película sin imaginarme lo que se me venía encima.

¡Los miércoles el cáncer no existía!

La sangre de cada día, ¿cuántas células me da hoy?

Yo tenía mi microscopio en casa y de vez en cuando me pinchaba el dedo para examinar la sangre. Cuando veía en las láminas que las células volvían a su estado natural le decía a mis hijos:

— ¡Chicos, las células de papá están volviendo a la normalidad!

Y ellos me miraban con aquella mirada inocente que solo los niños tienen:

— Qué bueno papá, ¿entonces no vas a necesitar más la gasolina azul?

— No, todavía la necesito, pero un día verán que papá no la va a necesitar más.

— ¿Y cuándo será ese día papá?

Los miro con una ternura inconmensurable. El más pequeño ni siquiera sabía hablar todavía. Y les respondo:

— No lo sé, pero ese día llegará.

La gasolina azul era la quimioterapia, una perfecta analogía que yo les hacía refiriéndome a la gasolina aditiva de aquel momento en Brasil.

Mientras ellos eran unos niños, nunca supieron a ciencia cierta la verdad sobre mi condición real. Pero hoy por hoy les aseguro que haber estado al borde de la muerte, fue justamente lo que más fuerzas me dio para continuar vivo.

¡Yo literalmente me entregué a la vida!

¡Por eso le agradezco a la enfermedad, porque gracias a ella sentí más deseos de vivir!

Sin el cáncer, jamás habría vivido tanto.

¡Hasta hoy!

El increíble Hulk

Creo que el día del increíble Hulk fue uno de los peores y al mismo tiempo mejores días de mi vida.

Estaba muy debilitado físicamente, había perdido mucha masa muscular y enfrentaba todas las reacciones de las sesiones de quimioterapia.

Casi no podía moverme ni abrir los ojos.

"¿Es que ha llegado el momento, Madrecita?"

Y créanlo, es peor que en las películas.

Estaba en la cama, acostado, cuando mi hijo más grande en la inocencia de sus cinco años, se me acercó y me dijo:

— Papá, todos están llorando.

Yo le pregunto casi sin poder pronunciar palabra:

— ¿Por qué hijo mío?

Y me responde con aquella vocecita tenue y embargada que me conmueve profundamente:

— Porque todos creen que te vas a morir.

Sus palabras fueron como una hoz arrancando mi corazón de cuajo. Lo miro con ternura intentando hacer algún movimiento.

"Adelante Tércio, hazlo por tu hijo, ¡vamos!"

Y él me pregunta con los ojitos llenos de lágrimas:

— Pero papá no se va a morir, ¿verdad?

Encuentro las fuerzas que no tenía y logro moverme e incorporarme en la cama.

— ¿Morirse papá? ¡Eso jamás!

Intento respirar para exhalar el resto de vida que

me queda. Él me refuta:

Pero te estás poniendo verde papá. Me fijo entonces en mis brazos y manos. Estaba realmente con un color verde.

Tomo a mi hijo en mi regazo y le digo:

— Hijo mío, papá te va a contar un secreto pero no se lo puedes contar a nadie más ¿ok? Él mueve la cabecita asintiendo y entonces le confieso al oído:

— Papá se está poniendo verde porque me estoy convirtiendo en el increíble Hulk.

Él se ríe hasta saltarle las lágrimas. Acto seguido le hago una promesa:

— ¡Papá no se va a morir hijo! ¡Papá va a vivir!

Ese día fue un milagro porque no sé de dónde saqué las fuerzas que necesitaba para levantarme; sentía dolor, tenía fiebre, una agonía sin fin, me sentía muy débil y los niños querían que yo fuese a la piscina.

Les dije que descansaría un poquito y que después jugaríamos juntos.

Me tomé algunos medicamentos y esperé a que surtieran efecto. Busqué la energía de dónde no la tenía, mentalizando en la cama que me pondría bien y al final, me fui a la piscina.

Guardo una foto de aquel momento que considero histórico: yo, con mis dos hijos en mis brazos dentro de la piscina. Esa imagen representa para mí la luz divina que recibí de Nuestra Señora en el peor momento de esa trayectoria, transformando lo que parecía ser la muerte inminente en un brillante instante de vida.

Y así viví durante muchos años, organizando y planificando toda mi existencia, aquella existencia que creía que me restaba de acuerdo con mis sesiones de quimioterapia, aquellos sagrados miércoles y el almanaque escolar.

Marcaba las vacaciones como si cada una de ellas fuese la última:

— ¿Adivina a dónde vamos?

— ¿Adónde papá?

¡Pues nos vamos a la Disney!

— ¡Qué rico!

¡Y se convertía en una verdadera fiesta!

Como las sesiones de quimio tenían un intervalo de tres semanas entre una y otra, rezaba para estar lo suficientemente bien en ese espacio de tiempo y poder aprovechar al máximo con la familia, especialmente con los pequeños.

"El tiempo todo lo consume y solo el amor se aprovecha."

Paul Claudel

En mi cabeza tenía que lidiar con la posibilidad de que podría suceder lo peor. Creía firmemente que viviría, siempre lo creí, pero una parte racional dentro de mí me hacía darme cuenta de que la posibilidad de la muerte como lo veían otros médicos, era también real.

Esa posibilidad existía claro, pero al mismo tiempo, era lo que me hacía vivir mucho más y aprovechar también mucho más el presente.

El sendero del merecimiento.

Yo nunca fui un gran estudioso de la Biblia, pero siempre me fijé muy bien en todo lo que las personas decían sobre ella. Todavía era un niño

cuando escuché por vez primera el versículo que siempre traigo junto a mí: "*¡Dad gracias en todo!*"

Con el paso del tiempo, la madurez y la capacidad de crear nuevas percepciones a partir de mis propias experiencias, me hicieron comprender que, si por un lado enfrentamos el sufrimiento como un dolor, también se le puede ver y enfrentar como un sendero para el merecimiento de un bien mayor. Para obtener el mérito en cualquier cosa en la vida es necesario antes esforzarse, lograr la conquista. Por eso empecé a enfrentar toda mi trayectoria como una jornada hacia el mérito.

¿Y qué vendría después? Eso no lo sabía, solo pensaba en una vida normal, sin dolor, en la compañía de mis dos hijos y siendo médico de la mejor manera posible.

Si el mérito fuese la vida en sí misma, ¡eso ya
sería una verdadera conquista!, pues mi abuelo
siempre decía:

— Mi querido nieto, un marinero es un buen marinero ¡solamente cuando el mar sacude el barco!

Cómo el *jiu-jitsu* me ayudó en esa lucha.

A mí siempre me gustaron los deportes y antes de enfermar, practicaba varias modalidades, entre ellas el *jiu-jitsu* en Rio de Janeiro cuando era un adolescente.

Una vez me pasó algo a mis 16 años y esa experiencia volvía siempre a mi mente cada vez que tenía las sesiones de quimioterapia.

Cierta vez, tuve un profesor que llevaba a los alumnos a entrenar en la playa antes de las prácticas en el tatami. Nosotros corríamos en la orilla de la playa, debajo del sol, sudábamos mucho y la arena se quedaba pegada al cuerpo. Era muy desagradable. Nos metíamos en el mar para quitarnos la arena, pero volvíamos llenos de sal. Al volver al gimnasio, pasábamos por una estación de servicio para una pequeña ducha con la manguera de allá. Era un verdadero alivio.

Después, entrábamos al gimnasio por la escalera de incendio para no

mojar el elevador y en la puerta había un solo paño disponible

para secarnos los pies que me acuerdo muy bien, era muy blanquito... pero el que llegase atrasado tenía que limpiarse con ese mismo paño que estaba inmundo.

Y solo en ese momento es que íbamos al *jiu-jitsu*, pero justo en ese momento, que debería ser el momento para empezar los ejercicios, ya estábamos muertos de cansancio.

Un día le dije al profesor:

— Profesor, es imposible, ¿cómo vamos a entrenar tan cansados así?

Y nunca se me olvidó su respuesta.

Él me puso la mano en el hombro, abrió los ojos como si estuviese sorprendido y me clavó la mirada:

— Tércio, ¿tú crees que la lucha es una bobería?

Me quedo sin palabras.

Y él continúa:

— Luchar es ir contra la adversidad, la vida misma es una adversidad. Nunca vas a luchar y ponerte bonito, perfumado, tranquilito, bien alimentado y con el enemigo diciéndote: "*estoy listo para que me pegues*". ¡Claro que no!

Y empieza a hablar más alto para que todos lo escuchen:

— La adversidad viene cuando tú menos te lo esperas, ella viene en aquel momento en que estás sin fuerzas, cansado y llega un tipo más fuerte y más grande que tú loco para entrarte a golpes. Y es en ese momento que tienes que estar preparado para buscar tu fuerza interior en dónde sea que esté. En eso consiste el *jiu-jitsu*. Lo que aprenden aquí, tienen que llevarlo con ustedes para toda la vida porque es así que las cosas son.

Respiro hondo.

Y él añade:

— ¡Y se va a poner peor Tércio! "Madre Santísima!"

Fueron recuerdos como ese que me venían a la mente en los momentos más difíciles. La vida es una constante adversidad, pero el que esté

preparado y logre comprender que los problemas siempre aparecen y que lo que tenemos que hacer es enfrentarlos y solucionarlos, aprende a defenderse, a levantarse, incluso si el enemigo es más fuerte que él.

Y fueron lecciones como esa que todos los años de quimioterapia me enseñaron. Hasta hoy, cuando estoy en Rio de Janeiro y camino como siempre hago, paso cerca de la imagen de Nuestra Señora de las Gracias y le rezo, agradecido. Desde que era un niño, me acuerdo de un himno que escuchaba en la iglesia y que decía así:

"*La gratitud por la vida es algo esencial"*

Y eso vale mucho más para alguien que tuvo una segunda oportunidad como la tuve yo. Incluso podría decir que tuve innumerables oportunidades, porque también enfrenté tres choques anafilácticos durante esa trayectoria.

Para los que no lo saben, el choque anafiláctico es una reacción alérgica extrema y posiblemente fatal. Ella puede darse segundos o minutos después de la exposición a algún elemento alérgico que, en mi caso, fue el cóctel de venenos de la quimioterapia.

Los síntomas son avasallantes y aparecen como erupciones en la piel, náuseas, vómitos, dificultad respiratoria y choque hemorrágico cuando el paciente pierde más del 20% de su fluido corporal.

Si no se le pone un tratamiento inmediatamente y de manera general con epinefrina, puede sobrevenir la inconciencia y el deceso.

Es una sensación de muerte:

— ¡Corre, Tércio, corre!

Yo mismo tomo la inyección en la mesita de noche para inyectarme y rezando para no morirme.

Las manos me temblaban como si hubiese visto un fantasma y sin fuerzas, introduzco la jeringuilla en cualquier lugar y suplico:

— ¡Déjame vivir Madrecita, déjame vivir!

La jeringuilla se cae al suelo y tiemblo en la cama:

— ¡Sostén mi mano Nuestra Señora! ¡No me dejes!

Siento las lágrimas recorriendo mi rostro.

"¡Mi corazón late, mi corazón late!" Y rezo para que no deje de latir.

Fue así que me regalaron tres veces la gracia divina. ¡Fue esa oportunidad de volver más fortalecido a los umbrales de la vida lo que me generó esa fascinación por la reconquista y por el mérito!

Un silencio sepulcral en la habitación.

Suspiro y susurro algunos minutos después:

— Sobreviví...

"¡Gracias Madrecita!"

El cáncer me enseñó que la vida es lo que más me importa.

Fue la posibilidad de la muerte inminente lo que más me acercó al milagro de la vida. Lo que me enseñó que ella es mucho más valiosa que el dinero.

— ¡Estar vivo es lo que más vale la pena!

Fue así que me fui dando cuenta cada vez más, cuánto mi trayectoria se entrelazaba a la perfección con las células madre porque ellas regeneran la vida y yo estaba completamente seguro de que un día ellas me regenerarían. Yo estaba acumulando méritos para ese momento.

— ¡Lo voy a lograr!

Ya había obtenido el conocimiento sobre el hecho de que cualquier persona, incluso a sus noventa años, puede vivir absolutamente bien si tiene acceso a los tratamientos con células madre. Eso le permitiría moverse, comer y dormir bien, tener un relacionamiento afectivo, etc., etc. A partir del instante en que sus funciones se renuevan, el individuo adquiere de nuevo su mejor desempeño. Yo ya sabía que la única forma de regenerarse a ese nivel es única y exclusivamente con el instrumento biológico creado para ese fin: las células madre.

Tenía a la sazón mis treinta y cinco años cuando recibí el primer diagnóstico de cáncer sin casi ninguna chance de sobrevivir.

Respiro hondo.

"¡Y pensar que aquel seguro casi me mató vivo!"

Todo empezó en el auge de mi juventud, de mi carrera pulsante y de la infancia de mis hijos y se extendió por más de dos décadas. ¡Enfrenté 368 sesiones de quimioterapia y maté los 368 dragones, inspirado en la fuerza de mis ancestros y bajo la luz de mi Madrecita!

Fueron veinte y un años acumulando el mérito para lo que viviría a partir de ese momento.

Hoy en día me considero un hombre sano, libre del sufrimiento del cáncer y regenerado por las mágicas y divinas células madre, restaurado por la vida misma e iluminado por la Luz de Nuestra Señora. ¡Y ella continúa a mi lado todos los días, en mi bolsillo y en mi corazón!
Y allí se quedará, ¡por toda la eternidad!

Doriana Wehmut

— ¡Vino, café y sexo!

Esa fue la indicación de Tércio para acabar con el fantasma que me perseguía durante años.

Estoy sentada en la cama de mi cuarto. Respiro hondo y suspiro:

— Ay, ay...

"¡Adelante, Doriana!"

No fue una trayectoria común porque he venido sufriendo una fase delicada, triste y absolutamente traumática.

— Me duele mucho, mucho.

"¡Hay cosas que no podemos cambiar!"

El dolor fue tan fuerte, que casi ni me daba cuenta del tiempo que me quedé trancada en casa, huraña, sin vigor, sin vida. No le confesaba mi sufrimiento a nadie, no me desahogaba con absolutamente nadie.

Pero conocer a Tércio a causa del terror que sentía del Mal de Alzheimer, sencillamente me salvó de mí misma, porque era de mí misma que me estaba convirtiendo en una esclava sin darme cuenta.

"¡No es fácil pensar sobre eso!"

Y me concentro:

Mi madre falleció como consecuencia del Covid-19, pero antes sufrió algunos años olvidándose de las cosas progresivamente y eso me dolía muchísimo porque me sentía impotente frente a esa enfermedad.

Mi abuela paterna había pasado por el mismo proceso, y como yo sabía que las hijas de personas con Alzheimer, las hijas mujeres, tienen más chances de heredar la enfermedad, empecé a buscar todas las soluciones y prevenciones habidas y por haber para no tener que pasar por eso.

"¡Desesperación!"

Eso fue lo que me impulsó y me acercó a Tércio, porque descubrí que sus tratamientos con las células madre podían tanto curar como prevenir el Mal de Alzheimer.

— ¡Bingo! ¡Encontré la solución!

Cuando estuve con él la primera vez, me di cuenta que había encontrado muchas soluciones más: sus consejos, su acogida y una alegría indescriptible.

"Pero, ¿quién es ese hombre por Dios? ¿Cómo puede irradiar tanta vida?"

Me decía las cosas riéndose y me lo repetía muchas veces:

— Doriana, tienes que levantarle de la cama, abrir las ventanas y dejar que la vida entre.

Mientras me sonreía, me sorprendía porque al final yo me reía junto con él.

"¿Me estoy riendo?"

Creo que fue cuando empecé a darme cuenta que me había olvidado también de reír. Fueron momentos mágicos de algunos descubrimientos sobre quién era yo en aquel exacto momento.

Y Tércio continuaba:

— Tienes que hacer ejercicios, moverte, buscarte un novio. ¡Tienes que vivir!

Mi corazón saltó del pecho y me embargó una emoción profunda porque sus palabras me llegaron al alma.

Fue entonces cuando me di cuenta de cuánto la pandemia del Covid-19 había cambiado mi vida. Si antes viajaba siempre por trabajo, en aquel momento no tenía más ningún motivo para salir de mi casa.

Miro hacia uno de los rincones de mi cuarto:

— Si las mejores personas de mi vida están aquí conmigo, ¿para qué diablos voy a salir?

Dodo Carlos, Didi Maria, Dorinha Cristina y Dedé Luiz, mis cuatro gatos, que siempre fueron mi mejor compañía y después de la pandemia vi que ¡solo ellos se habían quedado junto a mí!

— Ay, ay.

Me digo a mí misma:

— Este dolor me viene de muy lejos.

"¡Cómo es difícil recordar!"

Pero me esfuerzo.

Hace ocho años que perdí a mi papá de forma trágica e injusta, después perdí a mi mamá... Y en la pandemia, me perdí a mí misma.

Entonces no puedo decir que solo las células madre transformaron mi vida, sino también la forma en que la vida me acogió.

Y el motivo principal para decidirme a trazar este camino fue protegerme con relación al Alzheimer pero, por otra parte, acabé transformando todo mi cuerpo. No acostumbro a mirarme en el espejo. Como me operé de la bariátrica y adelgacé cuarenta kilos, solo el hecho de estar delgada ya me parece suficiente. Pero después del tratamiento general siempre escucho decir:

— Doriana, ¿qué le pasó a tu cuerpo? Cambiaste como del día a la noche.

Y me río.

Y escucho comentarios que me hacen reír:

— ¡Tienes unas nalgas gigantescas, mujer de Dios!

Alguien me pellizca las nalgas y me dice:

— ¡Están duras!

Me siento muy alegre con todo eso y rompo en francas risas juveniles porque mi disposición física y mental está mucho mejor. ¡Y también estoy en un relacionamiento y súper feliz!

— ¿Se puede tener algo mejor?

A pesar de mis pérdidas tan significativas, de la menopausia y de la fragilidad en que me encontraba, he secundado al pie de la letra las recomendaciones y los consejos de Tércio:

— ¡Tienes que besar mucho, Doriana!

Río y muevo la cabeza hacia los lados.

"¡Él es tan irreverente que nadie se lo va a creer si lo cuento!"

Todo eso fue más allá de mi salud y mi bienestar, porque sencillamente me devolvió lo que me habían robado.

Mi cuerpo mejoró, el humor volvió y la libido también:

— ¡Yo nunca desisto del amor!

"¡La vida mejoró muchísimo y no me cabe en las manos!"

Sí, es verdad, no puedo decir que estoy curada de todos mis dolores y sufrimientos porque hay heridas que no cicatrizan nunca y solo nos queda acostumbrarnos a estar con ellas dándoles un nuevo significado todos los días.

Las células madre no pueden cambiar el hecho que perdí a mis amados padres, pero sí sé que me rescataron de perderme a mí misma.

¡Muchas gracias Dios mío! Cierro los ojos por unos instantes. Respiro hondamente. Exhalo el aire bien despacio y me levanto de la cama lentamente:

— Ahhhh...

De pie, miro por la ventana, camino hacia ella, la abro y entonces observo el porvenir:

— ¡Tienes que vivir, Doriana!

"¡Y yo elijo la vida!"

Capítulo 4

LA REGENERACIÓN

“Y que logremos renacer todas las veces que sean necesarias para ser feliz y, mucho más que eso: para hacer al otro feliz...”

Virgínia Mello

<<¿Cómo es que el hombre renace cuando se siente muerto tanto por dentro como por fuera? ¿Por dónde empezamos? ¿Cómo se cura a una persona que teóricamente está lista para revivir, pero que todavía tiene las heridas abiertas? Yo ya era médico y experto en medicina regenerativa, pero en aquel momento, era yo el que estaba destruido y no sabía por dónde empezar.

Pero no fui yo el que empezó toda esa historia. ¡Fue ella!

"Nuestra Señora de las Gracias, ¡una vez más!"

Aunque ya tuviese conocimiento suficiente sobre las Partículas Divinas y trabajase con las células madre, mi estado no me permitía vislumbrar cómo podía usarlas en mí mismo. Era como si una aplanadora me hubiese pasado por encima y mi alma todavía estuviese quejándose de ese dolor. Y por supuesto que ese dolor y toda esa angustia, se reflejaba en mis pensamientos. Además de los veinte y un años de lucha incesante y titánica que lógicamente también afectó todo mi entorno de vida.

Mi matrimonio se terminó, y por gratitud con mi exesposa por haber estado a mi lado en los peores años de mi vida, le dejé todo lo que tenía a ella y a mi hijo más grande, que decidió quedarse con su madre.

Yo extrañaba a mi hijo mucho más que el dinero que por cierto empezó a escasear rápidamente durante un cierto tiempo. Yo y mi hijo más pequeño nos quedamos literalmente sin nada y nos faltaba dinero incluso para una meriendita.

Me repetía esto varias veces, muchísimas veces:

— ¡Voy a resolverlo, lo voy a lograr!

Pero sencillamente no sabía cómo. Mi fe nunca me abandonó y gracias a Dios, yo no era un blandengue aunque en ese momento en especial, en ese momento de transición, se exigía algo de mí que todavía no tenía y ni siquiera me daba cuenta de que no lo tenía.

Yo era un hombre que estaba recién curado, sin embargo, muy cansado, solo y sin dinero. Y todavía me faltaba la pandemia del Covid-19.

¡Pero mi Madrecita nunca me abandonó!

Y de la misma forma en que Nuestra Señora se materializó en el neumático de mi coche para decirme que estaría siempre a mi lado durante toda la batalla, cuando al final me curé, ella simplemente me envió el mejor de los regalos: ¡el amor!

Aquel Tércio de color gris.

Cuando el cáncer se acabó y dejó mi cuerpo de una vez por todas, debo confesar que fue como si me hubiese ido junto con él, porque lo que quedó fue una de mis peores versiones: ¡un Tércio gris!

Me miro en el espejo y delicadamente toco la piel de mi rostro:

— ¿El mulato, feo y pobre ahora está gris? ¡Cielo Santo!...

Y realmente yo estaba de color gris, desgastado, muy flaco y abatido de todas las formas que un ser humano pueda estar, pero pese a todo eso, seguí adelante. Tal vez con aquella nube cargada encima de mi cabeza, ¡pero seguí adelante!

Y llegó el día 20 de noviembre de 2020, como el comienzo de la transformación de toda esta historia.

¿Se acuerdan de aquel momento en que todos nos empezamos a desesperar con la pandemia? En el medio de tantas muertes, malas noticias, trancados en casa sin poder salir a la calle, la soledad y todo lo demás que ya saben tan bien como yo. Pues perfecto, en el medio de toda esa locura lo mejor estaba por venir cuando ni siquiera me lo esperaba.

Una médica que había acabado de graduarse me contactó por Instagram en pánico porque tenía a su madre, que era diabética y anciana, en casa.

Intercambiamos algunos mensajes y después algunos audios:

— Doctor Tércio, estoy desesperada. Hay muchas personas que tienen el mismo cuadro de mi madre y se están muriendo. Estoy desesperada.

— ¿Pero ella está enferma? Le pregunto.

Ella empieza a llorar:

— No, no lo está, ¡pero yo prefiero morirme en su lugar!

Hice todo lo que podía para tranquilizar a la muchacha que, además de ser una mujer bellísima, demostraba un amor único por sus padres.

— Martha, quédese tranquila por favor. En el caso de que ella se enferme, la vamos a tratar con células madre. Se lo aseguro, ¡no se preocupe!

— ¿Pero las células madre curan la

Covid, doctor? Me río:

— Las células madre lo curan todo doctora Martha, ¡con excepción del cáncer!

"¡Ni me lo cuenten!"

Nuestra conversación se extendió por mucho más tiempo porque realmente me di cuenta que ella estaba sufriendo con un grado de desesperación que, lógicamente, era la que nos había afectado a todos en ese momento del auge del Covid, no solo a ella.

Y yo, como médico especialista en medicina regenerativa, tenía el privilegio que poquísimas personas tenían, sabiendo que solo ellas podrían tratarse con células madre y pagar por ese tratamiento, dependiendo del caso, claro está. Pero todo eso era muy triste, porque vimos el planeta entero desesperado enterrando a sus muertos.

¿Cuánto podríamos haber minimizado ese dolor y cuántas personas se habrían salvado si supiesen el poder de curación de las células madre en aquel momento? ¿Y si todos pudiesen haber tenido esas células madres a su disposición? Eso habría calmado el miedo y la desesperación de miles de millones de seres humanos en todo el mundo. Ese gesto de compasión habría cambiado la vibración de todo nuestro bello planeta.

Entonces me pregunto: ¿y si las personas se dieran cuenta del valor que tiene una sola información?

Me puse sumamente feliz de poder proporcionarle a aquella joven médica recién graduada ese alivio, porque la peor situación relacionada con la Covid-19, era el hecho de no saber qué hacer. Solo yo y poquísimas personas en el mundo sabíamos que algo podía ser hecho.

Martha había acabado de volver a Brasil después de una formación en el exterior, y de pronto se vio dentro de casa sin poder salir a ningún lugar, y teniendo que lidiar con la fragilidad de su madre y con la incertidumbre

que se extendió por todo el planeta:

¿Nos vamos a morir? ¿Estaremos completamente desamparados en el pasillo de un hospital sin aire y muriéndonos ahogados?

¡Era un escenario de guerra!

La joven tenía dificultades para dormir, pesadillas y lloraba a menudo. Yo, que también estaba destrozado, conservaba en ese momento todas mis fuerzas y mi fe. Y fue eso lo que le di.

"¡Las palabras y la alegría de Tércio en medio de aquella pandemia, fueron como la mano de Dios tranquilizando mi alma en ese momento tan difícil!"

Martha Lybia

Y los días fueron pasando y la doctora Martha fue logrando tranquilizarse con las informaciones que yo le daba:

— Muchas gracias Tércio, estás siendo un colirio en mi vida.

Y yo, que nunca perdí mi espontaneidad, seguí mi intuición:

— Martha, perdona, pero quiero conocerte mejor.

— Pero estamos conociéndonos. Yo

continúo en esa dirección, un

poquito más atrevido:

— Pero lo veo medio flojo, ¿no te parece?

Ella me manda su número de teléfono para tener una conversación por *WhatsApp*.

"¡Bendita tecnología!"

Recibo su número.

Cuando abro la otra aplicación y veo su foto en el perfil, me fijo que tiene algo que brilla en el cuello.

Amplío la foto para verlo más de cerca.

"¡No lo puedo creer! ¡Es Ella!"

Mi corazón saltó del pecho y mi respiración se aceleró.

Me levanto y camino por mi sala lleno de energía:

— ¡Es Ella, es Ella!

Siento unos deseos enormes de saltar de tanta alegría.

¡La doctora Martha lleva puesto en su cuello nada más y nada menos que a mi Madrecita, Nuestra Señora de las Gracias!

Cierro los ojos por un instante.

"¡Tranquilo, Tércio, tranquilo!"

Sostengo el móvil con las dos manos cerca del corazón, respiro hondamente y siento que mis ojos se llenan de lágrimas.

Me acuerdo de la última vez cuando me pasó algo muy parecido.

¡Si Nuestra Señora de las Gracias se materializó frente a mí, minutos antes de descubrir que yo tenía un cáncer en estado terminal, ahora Ella me trae este regalo, un nuevo sendero, el sendero del merecimiento por haber concluido mi camino!

"¡Ay, mi Madrecita querida!"

Siento unos deseos enormes de arrodillarme, las lágrimas caen por mis mejillas, pero no quiero perder más tiempo.

Y sin pensarlo dos veces, tecleo rápidamente:

— ¿Quieres ser mi novia, Martha?

"Hace diez días no más que conozco a esa muchacha. Ella va a pensar que soy un loco."

Demora para responderme.

Me quedo petrificado mirando fijamente en la pantalla del

móvil aquella conocida palabra: "tecleando", bastante agitado.

Y en seguida el mensaje aparece:

— Ser novios Tércio, pero ¿cómo? Esto es una broma,

¿verdad? Y yo insisto, sin un instante de vacilación:

— ¿Quieres ser mi novia o no?

Veo que ella teclea y siento la energía vibrar dentro de mí.

"Estoy vivo Nuestra Señora, estoy vivo. ¡Me siento vivo otra vez!"

Martha me responde:

— Ok, perfecto ¡entonces somos novios!

Me río para mis adentros.

"¡Muchas gracias Nuestra Señora querida!"

Tiempos después, me enteré que la medallita que ella tenía colgada en el cuello era en realidad de su mamá que se la había quitado en aquel momento de la pandemia y se la había prestado a ella. Por esas casualidades de la vida, Martha decidió usarla y se sacó una foto que después puso en su perfil del WhatsApp. Todos esos hechos son hechos recientes. O sea que las manos de mi Madrecita estaban actuando en cada detalle, no solo para darme ese bello regalo sino para enseñarme el camino, delicadamente, que Ella había construido para mí.

¡Mi querida Nuestra Señora de las Gracias estaba fortaleciendo mi fe!

"Muchas gracias mi Madrecita querida!"

¡No me caso de agradecer!

El milagro del amor.

El amor de Nuestra Señora de las Gracias se mantuvo constante y mi fe me permitió sentir su presencia que sostenía mi mano en los peores momentos.

La llegada de Martha justo en medio a la pandemia cuando el mulato se puso gris, continuó pobre y mucho más feo, me trajo la certidumbre que necesitaba sobre el mérito del merecimiento.

"Martha es linda, joven, se merece un hombre a su altura. Yo necesito mejorar. Yo necesito rejuvenecer. Eso mismo, ¡rejuvenecer!"

Y por más evidente que pudiese parecer en aquel instante, yo todavía no tenía la menor idea de adónde ese amor me llevaría mientras avanzaba en mi labor con las células madre. ¡Me sentía tan enamorado de Martha, que todo lo que quería era convertirme en un ser humano mejor!

Mi primer paso fue hacer una aplicación de células madre en mí mismo vía endovenosa. Decidí hacer algunas aplicaciones sucesivas semestrales con algunos miles de millones de células para que ellas

identificasen los puntos que necesitaban ser regenerados en mi cuerpo, y que, dicho sea de paso, no eran pocos ni muy específicos.

Yo no podía escoger una sola articulación, como la de las rodillas, por ejemplo, porque todas mis articulaciones estaban en muy mal estado como también lo estaba mi piel. No era solamente la piel de mi rostro que se había puesto gris, sino la de todo mi cuerpo que estaba sin vigor, sin elasticidad. Y lo mismo con lo demás, todo estaba deteriorado: mi digestión, el humor, el sueño, la libido, la memoria, en fin, mi cuerpo entero necesitaba rejuvenecerse.

En el fondo, yo ya sabía que podía hacerlo, pero por más evidente que pareciese me faltaba Martha en mi vida. Me faltaba su presencia para recordar que podía restaurarme a mí mismo. ¡Yo tenía el conocimiento en mis manos, pero me faltaba el amor para acabar con la ceguera que aquel dolor me causaba, no dejándome vislumbrar el futuro!

"¡Voy a mejorar por ti, mi amor!"

Y Martha todavía no había llegado (físicamente hablando), porque yo estaba en Santa Catarina y ella en Maranhão y en la vorágine de la pandemia, cuando a nadie se le ocurriría salir de su casa.

Nuestro primer encuentro.

Nuestras conversaciones eran diarias y su presencia en mi vida, aunque de forma virtual, me trajo la luz que necesitaba y me renovó los deseos de vivir, pero yo quería desesperadamente tenerla a mi lado:

— ¡Vamos a encontrarnos, Martha! ¡Necesito verte personalmente!

— ¿Pero dónde? Yo no voy a salir de Santa Catarina ni a ningún lugar sin antes conocerte.

Me reí.

"Ella todavía no me cree. No cree que tengo las mejores intenciones."

La comprendo perfectamente y le expongo la solución que se me ocurre:

— ¡Entonces soy yo el que te va a encontrar!

A Martha se le traba la lengua en el teléfono:

— ¿Vas a venir a verme a Maranhão?

— ¡Claro! ¡Voy hasta el fin de mundo para verte!

¡Y fui!

En realidad, tuve que convencerla primero que no estaba bromeando, porque de hecho la amaba locamente y tenía la seguridad que ella había llegado a mi vida por medio de Nuestra Señora.

¡Y fue así que sucedió!

Martha salió del interior de su provincia para encontrarse conmigo en Maranhão, con solo una mochila como compañía. Y en el auge de la pandemia, los dos tuvimos la valentía de salir de la cuarentena para vivir un gran amor. Porque fue eso mismo lo que sucedió: ¡amor a primera vista!

"¡Y todo gracias a Ella!"

Fue tan maravilloso que, desde aquel primer fin de semana que estuve a su lado, no quería estar un solo día más sin verla:

— ¡Te vienes inmediatamente a Santa Catarina conmigo!

— Pero, ¿cómo Tércio? Tengo que irme a casa, por lo menos una maleta...

Ella señala su mochila:

— Mira querido, ¡solo me he traído esto!

La miro a los ojos y le digo:

— ¿Tienes tus documentos en esa mochila?

— Sí, pero...

— Listo, no se hable más. ¡Tranquila, que el resto lo compramos en el Centro Comercial!

Ella me miró boquiabierta y yo le sonreí. Mi felicidad estaba completa.

Yo puse a Martha en mi vida como un verdadero hombre íntegro lo hace cuando se enamora y sabe lo que quiere: sin dudarlo una sola vez, pero con la seguridad que encontró el gran amor de su vida y que quiere estar cerca de ese amor para siempre, que quiere y necesita renacer y vivir una nueva vida como nunca antes lo había hecho.

Un conejillo de Indias de mí mismo.

Y como se lo había prometido, después de varias compras en el Centro Comercial, Martha empezó a darse cuenta de la fuerza de mi amor por ella y de la misma forma se entregó a él olvidándose, totalmente, de que quería buscar una maleta en su antigua casa. Fervorosa también de Nuestra Señora de las Gracias, entendió rápidamente que todo lo que había pasado había sido creado para nosotros dos. ¡Era un encuentro de almas, de amor y de fe!

"¡No podría ser mejor!"

Martha me conoció en el peor momento de mi vida cuando estaba destrozado y mi piel estaba gris, pero incluso con todas esas cosas, me aceptó exactamente como era. Fue un momento de transición total. Y mientras la pandemia seguía trazando nuevos caminos para nosotros mismos y para el planeta, mi experiencia con las células madre se perfeccionaba cada vez más y significativamente, porque me convertí en un conejillo de indias de mí mismo en nombre del amor universal.

Estamos en la clínica donde trabajo y estamos solos:

— Martha, ¡ayúdame aquí por favor!

— ¿Que te ayude con qué, Tércio?

— Voy a inyectar células madre en mi pantorrilla. Solo necesito que te quedes a mi lado y me vayas pasando las jeringuillas.

— Ok... pero, ¿estás seguro de lo que estás haciendo?

La miro a los ojos con tanto amor que casi no me cabía en el corazón. El más grande que había sentido en mi vida, y le digo:

— Sí. Y me río.

Nunca antes me había sentido tan pleno, tan consciente y maduro. Era como si la inminencia de la muerte me hubiera obligado a darle un nuevo significado a todos mis valores. El que vive casi al término de la vida, aprende a vivir en el presente, a reconocer el amor en donde quiera que esté y a vivir de una manera completamente fuera de los estándares de vida normales.

Yo no pensaba más en el futuro, en el trabajo o en el dinero. Sí, a veces pensaba, pero eso venía mucho después de mi actitud real y primera de querer vivir el momento presente y de ser feliz en ese instante.

Y esa conciencia fue lo mejor que me quedó

del cáncer, porque fue exactamente lo que me permitió tener una nueva percepción sobre la vida y una forma privilegiada de vivirla, de saborearla a cada momento.

¡Y al lado da Martha!

"Amad, porque no hay nada mejor para
la salud que un amor
correspondido."
Vinícius de Moraes

Fue por ella que quise buscar lo mejor.
Y de esa forma fue que nacieron algunos de mis protocolos con células madre. *"¿Le pongo el nombre de Martha a algunos de mis protocolos?"*. Me lo preguntaba con la intención de transformar ese despojo humano en que el mulato, feo y pobre se había convertido, e intentar dejarlo a la altura de una linda mujer de treinta años, más joven, alegre y llena de vida. Y solo de pensarlo me vi completamente renovado, por dentro y por fuera.

Yo ya sabía que las Partículas Divinas, cuando se les trata de forma endovenosa tenían un efecto total en seis meses, pero localmente era cuestión de días, ¡y con resultados increíbles!

¡Y continué mucho más a fondo en ese camino!

En poquísimo tiempo, mi color gris se esfumó, dejé de ser un hombre quisquilloso y cansado, y me convertí en un hombre nuevo, completamente renovado y joven de treinta años, alcanzando mi máxima vitalidad. ¡Increíble!

"¡Sencillamente renací, Madrecita!"

Martha, ¡La vida es ahora!

Martha me devolvió la vida y no puedo menos que agradecerle a Nuestra Señora de las Gracias todos los días por la oportunidad de vivir ese amor cuando no tenía la más mínima esperanza que eso me sucediera de nuevo, después de los sesenta años y en un momento en que no tenía más sueños. Estar vivo era suficiente, pero había perdido la alegría de vivir.

Amar con la madurez que adquirí a través del dolor, me trajo de vuelta la vida porque el amor consciente posee otra fuerza, es más intenso y se vive con plenitud.

Si antes cada día era un milagro para sobrevivir, ahora festejaba la vida por el simple hecho de estar vivo, sano, feliz y amando. Yo nunca había vivido ese estado de completud. Por eso invertí cada vez más en esa relación, en esa nueva forma de vivir que la vida me había regalado.

Dos años después, le sugería una luna de miel en nuestro día: 20 de noviembre, en el nordeste de Brasil.

— ¿Pero cómo Tércio? Tenemos que ahorrar dinero mi amor. ¿Es que no piensas en eso?

Me río:

— Martha, la vida fue hecha para vivirla ahora. ¡Y yo quiero vivir contigo ese ahora! El futuro lo vemos después.

Mi relación con el dinero nunca fue una relación de apego, siempre pensé que el dinero me debería llegar por medio del esfuerzo y del merecimiento, y como eso nunca me faltó debido a los deseos de trabajar y de esforzarme que siempre me caracterizó, nunca me preocupé porque sabía que lo tendría. Para mí, los bienes materiales son como una energía que va fluyendo de acuerdo con mis propias acciones. Y si en algún momento me faltase: pues paciencia, ¡a esforzarse más!

"¡Todo en la vida es un aprendizaje!"

Por eso seguimos con nuestros planes de la Luna de Miel, homenajeando nuestro amor, nuestra fecha y el lugar de nuestro primer encuentro, pero ahora sin la pandemia.

"¡Cuando conocí a Tércio, tuve la certidumbre que Dios me amaba!"

Martha Lybia

Ella siempre se refería a sus padres con el mayor orgullo del mundo. De cómo es reconfortante tenerlos a su lado, de la bendición que es tenerlos en su vida. Para ella, yo soy una prueba de que toda su existencia está rodeada de amor.

¡Y en lo que dependa de mí, ese amor jamás le faltará!

¡Tengo en las manos las dos mejores herramientas para mantenerme un hombre amable en la vida y a la altura de Martha: ¡las Partículas Divinas y la Luz de Nuestra Señora!

La técnica del sándwich.

Después de la curación del cáncer, darle cabida a Martha en mi vida fue el inicio de mi completa regeneración coincidiendo con el fin de la pandemia. Ya estaba listo para dedicarme más que nunca a la medicina regenerativa.

"¡Tércio no eligió la Medicina, la Medicina lo eligió a él!"

Martha Lybia

(En una referencia a su admiración por el médico y por el profesional que inspira tanto a los pacientes con su energía, y que empieza a curar la vida del paciente a través del amor).

Martha y yo nos establecimos en Santa Catarina, pero los viajes que teníamos que hacer a otras provincias de Brasil, principalmente a las capitales, se hicieron más frecuentes porque el tratamiento con las células madre es prácticamente el tesoro que muchos están buscando y es exactamente por eso que los nuevos pacientes nunca dejaron de buscarnos.

Por fortuna, tengo el privilegio de regenerar personas en su salud física y mental y de poder verlas convertirse mucho más que en mis queridos pacientes, en grandes amigos. Es así como me llega la felicidad que ellos me transmiten y su sentir con esa nueva forma de vivir. Y lógicamente, yo acabo formando parte de eso. Es una gratitud infinita por la vida y por todo lo que ella me ha dado desde el día en que renací.

"Es ese Tércio gris sí, ¡pero en una versión mucho más iluminada!"

Y me río hasta que me saltan las lágrimas de los ojos.

Yo registré los nuevos protocolos creados y empecé a usarlos en mis pacientes, empecé a usar la técnica del sándwich que trata de dos

formas de aplicación de células madre: la endovenosa, que permite que las células sean guiadas por su propia inteligencia y actúen en el cuerpo

de cada individuo de forma exclusiva; y la aplicación local, como en el caso de la rodilla, por ejemplo. Las técnicas combinadas nos traen el mejor resultado posible por dentro y por fuera, ¡a corto, medio y largo plazo!

Cada día que pasa, me maravillo más con los resultados que he venido alcanzando y siguiendo de cerca, tanto en mis propios pacientes que ya se curaron del Alzheimer, ACV, autismo, problemas ortopédicos, (sin necesidad de cirugía), transformaciones estéticas y de rejuvenecimiento, tonificación peneana y tantos otros; como recientemente, en pacientes de cirujanos plásticos que estaban sufriendo con la reabsorción del tejido en el posquirúrgico. Con conocimiento de causa, les ofrecí ayuda en la aplicación local de células madre y todos pudimos ser testigos de la regeneración de sus narices correctamente restauradas con una solución relativamente sencilla.

"¡Las Partículas Divinas!"

En el sendero del merecimiento que el tiempo nos pone por delante.

Hoy en día, siento que me convertí en la persona que vino a este mundo con el destino trazado. Lo digo con toda exactitud, porque sé que la vida me modificó con el sufrimiento para poder perfeccionar mis valores con relación a la vida misma, a la salud, a los bienes materiales, a las relaciones y a la Medicina.

Cuando tenía yo mis treinta cinco años y poco antes del cáncer, era un joven médico muy exitoso en mi carrera. Justo había acabado de introducir la técnica del Botox en Brasil, mi consulta estaba siempre atestada de pacientes, ganaba bastante dinero y era muy solicitado para viajes y eventos.

Pero el estatus que llegué a obtener siendo tan joven no me permitió darle el suficiente valor a la vida en su forma más profunda y plena. Porque me parece que el dinero, el éxito profesional y la juventud, no son una buena combinación. Hoy me doy cuenta de ello con la claridad del agua cristalina de un lago y la sabiduría de alguien que

ya vivió bastante. El sufrimiento, la madurez y después el dinero

y el éxito, claro que sí, ellos son una combinación excelente, pero en ese orden, porque con los años ya vividos, el ego no prevalece sobre el amor ni por sobre los valores humanos que todos deberíamos preservar.

Ahora comprendo que, en primer lugar, tuve que pasar por el dolor para convertirme en lo que soy, un ser humano mejor, un hombre más evolucionado y solo después merecer de hecho lo que antes había conquistado con tanta facilidad y falta de consciencia.

Así es la vida, no depende de nosotros pobres mortales, la vida es un conjunto de leyes:

¡Se vive, y se aprende!

¡Se sufre y nos perfeccionamos!

¡Crecemos, y entonces obtendremos el merecimiento!

"Ese mismo Tércio que atiende un paciente a las ocho de la mañana, es el mismo que atiende otro paciente a las cuatro de la madrugada si lo llaman y siempre con la misma dedicación, cariño y energía. ¡Él es siempre así, muy contagioso!"

Martha Lybia

¡La versión de mí con la que vine a este mundo!

Con el alma ya moldeada por la vida, con el conocimiento teórico y práctico que requería, incluso utilizado en mí mismo cuando todavía era un hombre grisáceo y al borde de la muerte, ahora intento llevar ese conocimiento a todos los que puedo: lo aplico, lo enseño, lo comparto y lo divulgo, mostrando la luz que las Partículas Divinas representan para el futuro de la humanidad.

¿Y si las células madre son todo eso, si de hecho lo son, entonces por qué las personas todavía conocen tan poco sobre ellas?

Como sucedió durante la pandemia, en que poquísimos tuvieron la suerte de tener la información y el tratamiento con las células madre, lo mismo está pasando con algunos pacientes de HIV en todo el mundo. Esa

enfermedad, que ya mató miles de jóvenes en los 80 y también por décadas, no encontró ninguna curación y solamente ahora tiene su diagnóstico fatal transformado por las Partículas Divinas.

> ¡Los pacientes que han tenido Sida la vida entera, ahora pueden recibir la curación con las células madre!

Fuente:
https://www.uol.com.br/vivabem/noticias/redacao/2023/02/22/um-terceiro-paciente-com-hiv-e-curado-apos-transplante-de-celulas-tronco.htm

Este es el poder de las células madre: la curación efectiva y definitiva.

Pero alguien tiene que enfrentar a la gigante farmacéutica y gritar a los cuatro vientos para que todo el mundo lo escuche, que existen nuevos caminos que nos pueden llevar a una vida realmente sana, a un bienestar pleno y sin la dependencia de los fármacos. Yo no soy el único que posee ese conocimiento, pero sí soy aquel que decidió dedicar su vida a permitir que las Partículas Divinas puedan llegar a todos, aunque a mí mismo no me sobre tiempo para atestiguar esa transformación social tan importante que cambiaría la historia de la humanidad para siempre.

Por todo lo dicho hasta aquí, me di cuenta que debería empezar a divulgar esa información. Y por más que parezca ser un trabajo con poco alcance, pues estamos insertados en una sociedad bajo los moldes de la gigante farmacéutica, comprendí que ese es mi rol en esta vida.

Yo no fui hacendado como quería ser al principio, ¿recuerdan?, no salvé a mis abuelos de la oxidación del tiempo, de la vejez, pero sobreviví a una lucha diaria de veinte y un años que de a poco me hacía darme cuenta de la finitud de la vida, mientras veía cómo se deterioraban mis sentidos, entendiendo lo que es convivir con el dolor diariamente y agradeciendo por cada mañana en que me daba cuenta que había sobrevivido.

Si crucé todos esos caminos y sé cómo cambiar el rumbo de ese sufrimiento, ¿cómo podría quedarme callado? Lo que realmente deseo, es poder evitar una vida llena de dolor al mayor número de seres humanos en este mundo.

Vivir en los límites de la muerte nos trae otros significados para la comprensión de la existencia. La vida no es solo un conjunto de materia, y no se trata apenas de nacer, crecer, estudiar, trabajar, casarse y atesorar bienes materiales para después sencillamente morirnos en algún lugar.

Hemos venido a este mundo llamado Planeta Tierra, para vivir un proceso de evolución, de crecimiento, de elevación de nuestra consciencia y cada uno de nosotros con nuestro propósito específico, probablemente ya trazado en una esfera espiritual, incluso antes de nacer.

La fe ha sido siempre mi más rotunda lección de vida y me ha dado la fuerza para enfrentar el camino, permitiéndome soportar los dolores, aflicciones y la pequeñez de lo desconocido. Por otra parte, el amor ha sido el merecimiento para continuar mi jornada con la resistencia necesaria y la certidumbre que debo convertirme en un ser humano mejor cada día.

Mathias Rocha

Yo no sabía que el cáncer era una enfermedad tan seria y mucho menos que podía matarnos.

Confieso que me quedé estupefacto cuando, a los trece años, la mamá de un amigo falleció por el mismo tipo de enfermedad que mi papá soportó su vida entera.

"¡Demoré mucho para darme cuenta!"

Cuando mi amigo me contó que su mamá estaba enferma, sencillamente le dije:

— ¡Si mi papá lo logró, tu mamá también lo va a lograr!

Además del hecho de que papá había pasado por la misma experiencia con relativa facilidad según me parecía, él era el médico de ella, y en mi entender todo mejoraría.

Entonces, cuando desdichadamente ella falleció, fue que me di cuenta que papá había creado otro mundo para mí, una especie de

universo paralelo.

Mi padre descubrió que tenía cáncer en el año 2001, yo nací en 1999, estuve prácticamente mi vida entera con él y por eso para mí el cáncer no tenía nada de especial.

Todavía escucho en varios momentos la sonrisa sincera de mi padre:

"¡Está todo bien, Matt!"

Yo me daba cuenta que su piel estaba más pálida, más verde o a veces plomiza. Y le preguntaba algunas veces:

— Papá, ¿qué te está pasando? ¿Por qué te pones así con esos colores?

— ¡Hijo mío, es que papá se está convirtiendo en el increíble Hulk!

Y yo me lo creía y me parecía la cosa más graciosa del mundo.

Mi papá siempre fue un hombre alegre y verdadero, y nunca nos escondió nada. Eso me trajo tranquilidad en todos mis momentos.

Estar al lado de mi padre siempre fue algo leve y tranquilo, a pesar de que a veces él era muy rudo conmigo cuando yo era joven y en eefcto, solo ahora me doy cuenta de lo que significó esa rudeza. Debería ser la angustia de la incertidumbre que tuvo que vivir.

"¡Caramba, es que fueron veinte y un años! ..."

Cuando yo era un niño, una vez hicimos un viaje sencillamente inolvidable a Nueva Zelandia. En un determinado día del viaje, estábamos pasando en coche por una ciudad en el medio de la nada y vimos un parque de diversiones. Decidimos parar. Mi hermano y yo nos fuimos a las montañas rusas, saltamos de *bungee jump*, lo hicimos casi todo, solamente nos faltó jugar en un solo lugar. Era una de aquellas bolas de plástico, enormes y transparentes, en la cual nos tiraríamos montaña abajo. Por supuesto que yo quería que mi papá nos acompañase, entonces fui corriendo al coche y le dije:

— ¡Corre, papá! ¡Vamos!

Y él me respondió con bastante tranquilidad:

— Hoy no puedo hijo mío, hoy no me siento bien, creo que me voy a quedar aquí en el coche.

Me llevaron años para descubrir que, en aquel exacto momento, él estaba ardiendo en fiebre de 42ºC pero, al mismo tiempo, tenía fuerzas para sonreírnos a mí y a mi hermano.

"¿Pero él es médico, no sabía el riesgo que corría?"

Hoy entiendo que hizo siempre todo para que mi hermano y yo tuviésemos una infancia feliz, una infancia por encima del promedio general. Y ya que él sabía que podría morirse a cualquier momento, no lo pensaba dos veces cuando se trataba de darnos los mejores momentos, los mejores recuerdos posibles en esta vida.

Papá también siempre me enseñó que, independientemente de lo que pueda pasar, el trabajo es algo sagrado, es algo que tenemos que hacer sí o sí.

Eso siempre me llega al corazón y allí permanece. Si me siento cansado, triste, desanimado, con dolor o lo que sea, me acuerdo de mi padre, temblando, sin fuerzas, pero yendo todos los días a pasar consulta.

"Él nunca dejó de trabajar!"

Y decía incluso cuando no estaba bien:

—¡Vamos a trabajar, vamos que las cosas tienen que funcionar!

A veces me sorprendo, pienso y reflexiono mucho.

La historia de nuestros ancestros es muy fuerte y llena de simbolismos. Mi abuelo era militar y por algún motivo que hasta hoy desconozco, parece que a los militares les encanta caminar y papá ha perpetuado esa costumbre en mí.

En el medio de varios tratamientos me dice:

— ¿Vamos a caminar un poco hijo?

— Pero papá, me parece que no te sientes bien.

— Estoy perfecto mi pequeño. ¡Vamos!

A simple vista él nunca estaba perfecto, pero de alguna forma que hasta hoy no sé explicar, al mismo tiempo sí que lo estaba. Es así que veo a mi padre, él está siempre perfecto, independientemente de lo que le esté pasando.

Sentía mucho dolor en la espalda, casi ni podía moverse y su dolor era bien palpable. Pero incluso así siempre caminábamos. Me acuerdo un día en que llegamos a caminar 16 kilómetros por la orilla de la playa, hasta que me dijo:

— Matt, ¡no aguanto más!

Me quedé un poco preocupado porque él nunca se quejaba. No se quejaba de absolutamente nada. Nos volvimos a casa.

— ¿Estás bien, papá?

— Sí, déjame entrar un poco en la piscina para soltar los músculos.

Siempre que me decía eso, ya sabía que le dolía mucho.

Normalmente él casi nunca estaba al cien por cien y todo el mundo lo notaba, pero siempre se las arreglaba para parecer bien. No quería dar la impresión de que estaba mal, mucho menos para mí que era un adolescente y que no creía que el cáncer podía matar.

Todos esos recuerdos sobre la trayectoria de mi padre están vivos en mi memoria y han ejercido un gran influjo en el hombre que soy hoy en día y en el que todavía me estoy convirtiendo. *"¡Si me puedo convertir en un tercio de lo que mi padre es, entonces seré imparable! ¡Definitivamente ése es el hombre que quiero ser!"*

Con 18 años, tuve un accidente en el gimnasio al agacharme haciendo ejercicios cuando estaba cargando mancuernas de doscientos kilos y que se cayeron encima de mi espalda. En razón de ese accidente, me salieron tres hernias en la coluna como regalito. Cuando siento dolor y la columna se me traba por completo, me acuerdo de la historia de mi tatarabuelo.

Dicen que él estaba trabajando en el molino de caña de azúcar cuando perdió uno de los brazos en las palas mecánicas de la molienda y dos horas después estaba allá de nuevo, trabajando con un solo brazo como si nada hubiera pasado.

Cuando alguien me preguntaba sobre cualquier tipo de dolor, siempre me venía la misma pregunta a la cabeza:

— *¿El dolor que sientes es más o menos como si hubieras perdido un brazo?*

— *No, me duele menos.*

— *¡Entonces, adelante muchacho!*

Y mi papá siempre lo repetía también:

— ¡No cejemos en la batalla! ¡Vamos a triunfar!

Su espíritu siempre fue positivo, alegre y con una fe infinita e indestructible, seguro de que al final de la batalla triunfaríamos sin importar el tamaño o la gravedad de la situación.

Por eso, cuando descubrí un tumor óseo en mi pierna, no sabía si dolía mucho o poco. El tumor ya estaba empezando a romper el músculo, pero yo pensaba:

— *"¿Duele más o menos como si hubiera perdido un brazo? - No, duele menos."*

Entonces decidía sencillamente intentar olvidarme del dolor con la misma alegría que aprendí de mi padre.

Si en nuestra familia existen hombres fuertes, hay mujeres más fuertes todavía. Mi abuela y mi bisabuela aprendieron a disparar en la quietud del campo al recoger las rosas con un revolver al lado. Ellas disparaban desde lejos, y les daban a los pedacitos exactos de los gajos de los árboles, facilitando así que las rosas se cayeran.

Admiro sobremanera esa fuerza de mi familia y me inclino ante ella como un homenaje. Mi abuela enfrentó a su padre para casarse con mi abuelo y fue una de las primeras psicólogas de Brasil, extremadamente culta, por cierto. Cuando tuvo un cáncer de pulmón y se lo tuvieron que extirpar, enfrentó la enfermedad con gallardía.

En una época en que ni siquiera se conocía el empoderamiento femenino, mi abuela ya estaba en el campo de batalla recogiendo rosas con tiros de revólver, y dejando bien claro a cualquiera su posición y su fuerza.

Independientemente de la pujanza de las mujeres de nuestra familia, papá siempre me enseñó lo siguiente:

— Tienes que respetar a todas las mujeres, nunca levantarles la voz

y muchísimo menos pegarles.

¡Pero si en cambio el asunto era con los hombres, la "golpiza" estaba garantizada!

— ¡Tienes que tener opinión propia Mathias! ¡Porque si no, la vida te pasa por encima y ni cuenta te das!

Nunca me pasó, pero si alguien se atreve a hablarme mal de mi padre, ¡me lo como a palos!

Mi padre siempre fue muy protector, aquel famoso papá a todas horas, y yo me parezco mucho a él porque soy muy alegre, siempre feliz y emanando energía positiva.

"¡Vamos a lograrlo!"

Cuando estudiaba Derecho, me cayó la desgracia de ser el responsable del contrato de divorcio de mis padres, pero esa fue una gran lección porque si desde el punto de vista jurídico el tal contrato no tenía ningún sentido ya que papá le había dejado todos los bienes a mamá, al mismo tiempo comprendí que desde el punto de vista ético y moral (como él me había criado toda la vida), aquello era lo correcto, independientemente de lo que las leyes mandasen.

Algunos problemas vinieron después.

Al final de aquel año, estábamos en una fase muy difícil financieramente, completamente sin dinero. Me acuerdo una vez que habíamos ido a una cafetería a comer un sándwich cuando me fijé en el saldo de la cuenta:

— Papá, solo nos quedan cincuenta reales en la

cuenta. Él me mira fijamente e indignado me

dice:

— ¡Perdóname, Matt!

— ¿Perdonarte por qué, papá?

— Porque yo soy el proveedor, Matt.

— ¡Estamos juntos en esto siempre! ¡Está todo bien! Solo tenemos que dejar de comer.

Me río, pero él se queda en silencio y muy molesto.

Me imagino cómo debe haber sido difícil para él porque siempre fungió realmente como el proveedor de la familia.

Le pongo la mano en el hombro y le digo:

— Papá, ya hemos pasado por momentos difíciles, tal vez vengan otros más, pero eso no importa. Estoy contigo, estamos juntos y eso no cambiará. Es para siempre.

Mi padre es la persona más fuerte que conozco y mi primer y mejor ejemplo en la vida.

Lo vi llorar dos veces nada más, una cuando yo tenía unos quince años, y la otra cuando su mejor amigo falleció.

La primera vez fue en medio a la aplicación de uno de sus tratamientos, se sintió muy mal en casa y fue un sálvese quien pueda.

Escuché a mi mamá gritando:

— ¡Socorro, socorro, Tércio necesita Valsartana!

Llego corriendo y miro a mi padre que está pálido y visiblemente debilitado.

Y sin pensarlo dos veces, salgo corriendo de casa descalzo y en calzoncillos para comprarle la medicina.

Llego a la farmacia, gritando:

— ¡Necesito Valsartana por el amor de Dios! ¡Es para mi papá! La Valsartana, ¡ahora!

Las personas me miraban con una mezcla de pena por mi desesperación y sorpresa por mis ropas: ¡en calzoncillos, descalzo y sin dinero!

— ¡Ten, hijo, ten!

Salgo corriendo y ni siquiera me percato que se me olvidó pagar la medicina.

Y sigo corriendo como un loco hasta llegar a casa:

— Toma, papá, toma tu medicina.

Me siento en la silla de la sala y al ver a mi padre allí sin saber si todo se solucionaría o no, empiezo a llorar.

— ¡No llores, Matt!

Y lloramos juntos. Pero hoy logro entender que lo que sentía era miedo de perder a mi papá y lo que él sentía, era no haber podido disimular su sufrimiento lo suficiente aquel día.

Creo que fue la primera vez que entendí la gravedad del cáncer que le aquejaba. El mundo de fantasía y el increíble Hulk que él había creado para mí ya no funcionaban más.

Después de aquella descarga de adrenalina, volví a la farmacia ya debidamente vestido, y le pagué todo al farmacéutico.

Respiro hondo de nuevo.

Me enorgullezco de la historia de papá, pero cuando pienso en ella sufro y me quedo pensando en su inmenso dolor mientras inadvertidamente para mí y mi hermano, él nos iba creando otro mundo tranquilo y feliz, sin sufrimiento.

Por eso reafirmo aquí que mi padre es mi mundo de salvación. Si me pasa algo, él es la primera persona a quien voy a acudir. Si no duermo por la noche y necesito conversar con alguien, desahogarme o lo que sea, es a él a quien voy a llamar.

¡Porque sencillamente, mi padre es la persona que está siempre conmigo para absolutamente todo!

¡Y yo también!

Capítulo 5
CONCLUSIONES

“La inconformidad es el primer paso para la evolución de un hombre o de una nación.”

Oscar Wilde

¿Durante cuánto tiempo puede vivir un hombre? ¿Cuál es el objetivo de su existencia? Vienen entonces las viejas preguntas *"¿De dónde vinimos?"* y *"¿Para dónde vamos?"* y ellas no son las únicas que permanecen. Siempre que no vivamos como alienados y de una forma absolutamente inconsciente, es natural que el ser humano se cuestione esas cosas como, por ejemplo, el porqué de estar vivos.

Vivimos en una crisis existencial desde tiempos inmemoriales, buscando respuestas que difícilmente nos llegan o que, si llegan, no tienen sentido. En una pequeñez que nos irrita profundamente, tenemos la oportunidad de experimentar pocos instantes de paz y plenitud. Me arriesgo a decir: son los momentos en que nos conectamos con el lado espiritual, aquel lado que nadie puede saber a ciencia cierta cómo es, pero que solamente podemos sentir de acuerdo al tamaño de nuestra fe.

Las preguntas siempre formaron parte de mi vida, y se mezclan a mi propia existencia:

"¿Estoy haciendo lo correcto, Madrecita? ¿Fue para eso que vine a esta tierra? ¿Cómo puedo honrar mis ancestros y agradecer por todo lo que ellos hicieron o fueron antes de mí? ¿Estoy cumpliendo mi objetivo? ¿Estoy viviendo de forma correcta? ¿Les dejaré un mundo mejor a mis hijos y pacientes? ¿Cómo saber si estoy esforzándome lo suficiente? ¿Cuándo llega el fin? ¿Cómo morimos, Madrecita? ¿Usted va a estar a mi lado sosteniendo mi mano cuando me llegue el momento? ¿Usted se enorgullece de la persona en que me convertí?"

La vida siempre arriba al instante final de una manera o de otra, siempre fue así desde que llegamos a este mundo: el hombre nace, crece, se desarrolla y fenece. Es un viejo estándar muy poco flexible establecido por la sociedad y por la propia naturaleza. Entre tantas dudas que una persona pueda tener, lo cierto es que todos buscamos darle un sentido a nuestra existencia. Por eso, algunos cultivan el amor, otros el trabajo, otros el dinero, otros a sí mismos, a la familia, los amigos, la juerga e incluso la alienación.

Y en esa búsqueda desatinada y que nunca fue completamente bien

comprendida, es exactamente en dónde el ser humano necesita un propósito para dedicarse y creer que su existencia

no es en vano, que posee un significado mayor. Si eso es verdad, pienso que un día, al otro lado, todos lo vamos a descubrir.

Pero como todavía estoy aquí y desde niño me sigo cuestionando aquellas historias sobre la oxidación o el envejecimiento de mis abuelos, absorbo las historias de nuestra familia como la del Dragón de San Jorge y la de mi bisabuelo cuando perdió el brazo en el molino y todo lo que viví después. Por todo eso, les puedo asegurar que encontré en la Medicina la transformación que es, al fin y al cabo, mi propósito de vida.

— ¿Tendré tiempo suficiente, Nuestra Señora?

Probablemente no.

Entre el "*¿De dónde vinimos?"* y el *"¿Para dónde vamos?",* lo que sí sabemos con exactitud, es que nunca sabremos dónde está ese punto final de nuestra trayectoria en la Tierra. Pero como decía mi abuelo:

— La vida es una carrera de relevo, ¡y nosotros tenemos que saber pasar esa batuta con elegancia!

No sé cuánto tiempo de vida tendré el gusto y el privilegio de vivir.

— Ahhhh…

Suspiro y muevo la cabeza de arriba a abajo. Inevitablemente pienso en Martha y en mis hijos:

— Ojalá que mucho tiempo. Bajo la luz guía de mi Madrecita.

Porque en este exacto momento, vivo la plenitud del amor, la motivación por el trabajo en la innovación de la medicina regenerativa y la esperanza de estar cumpliendo mi propósito de vida.

— Abuelo, ha llegado la hora de que el mulato, pobre y feo, pase la batuta.

Respiro hondamente...

"¡Y que pueda y sepa yo pasarla con elegancia!"

Propósito

¿Cuánto tiempo tenemos cada uno de nosotros para descubrir el propósito de nuestra vida?

Durante algunos años, pensé que mi destino sería administrar la hacienda de mi abuelo. Pero fue al deconstruir repentinamente esa creencia que sufrí mi primera gran frustración cuando todavía era un adolescente.

No voy a hacer un numerito aquí por eso y mucho menos ponerme en el rol de víctima.

— ¡Ya hay demasiados blandengues en este mundo y Dios te necesita para superar a esos blandengues!

En toda mi trayectoria, pude constatar que el camino contrario que me llevaría a ser un blandengue y del cual me escapaba constantemente, era el camino que me hacía enfrentar los dolores, incluso el punto exacto donde ese sufrimiento parecía hacer mella en mí. El dolor es lo que ennoblece al hombre, el sufrimiento moldea su alma y las dificultades lo engrandecen cuando las enfrenta como un reto y una lección a ser aprendida.

"La herida es por dónde la luz entra en ti."
Rumi

Si a los treinta y cinco años creía estar en el pináculo viéndome como un médico de renombre, exitoso y muy bien financieramente, fue algún tiempo después que me di cuenta que en realidad allí había alcanzado la cima de toda mi arrogancia y prepotencia.

No es fácil admitir que somos nuestra propia sombra, pero en ese momento debemos enfrentarla y saber que también podemos ver nuestra propia luz.

¡El cáncer me devolvió la vida! Mis ancestros me dieron la fuerza necesaria e iluminaron mi camino como también lo hizo Nuestra Señora. ¡Los dolores fueron mi luz! Y ese fue el proceso hasta que alcanzase el correcto merecimiento de la luz por medio del amor.

En la vorágine de esa montaña rusa con todos los altibajos que viví y donde tal vez las dificultades eran más frecuentes que los momentos de paz y tranquilidad, me fortalecí lo suficiente en el conocimiento y en las

experiencias de vida, para hoy poder abrazar mi propósito y ser capaz de exponer la disrupción de cómo la Medicina ha venido siendo vista y trabajada en todo el planeta.

Si realmente estamos viviendo una transición planetaria y una evolución colectiva de nuestro nivel de consciencia, creo llegado el momento de tener noción de esa concienciación, aunque sea de a poco, y saber identificar la forma en cómo viviremos en lo adelante.

El nacimiento no es suficiente, tampoco lo es crecer, desarrollarnos y morirnos, es necesario vivir una vida significativa rodeándonos de ética y haciendo lo correcto en aquello que nos hace bien a todos. Esencialmente, es dejar de pensar solamente en lo individual.

Aunque nos mantengamos sanos en toda una trayectoria de vida, a punto de nunca nos enfermarnos, conocemos el dolor de los que se pasan la vida entera luchando por una supervivencia miserable, medicándose sin parar y con innumerables limitaciones generadas por la propia enfermedad y por los efectos de sus tratamientos. La persona no vive, sino que muere lentamente junto con su alma día a día, postrado en la cama de un hospital.

¿Tiene que ser así?

No, no necesita ser así, no puede y no debe ser así.

La vida es para ser vivida.

> *"Yo he venido para que tengan vida y para que la tengan en abundancia."*
>
> **Juan 10:10**

La disrupción

El conocimiento que les propongo es divulgar y compartir todo lo que aprendí y lo que vivo en la Medicina, sea como médico, como paciente y ahora principalmente como un multiplicador.

Después de veinte y un años sufriendo una muerte lenta y sin saber si sobreviviría, entendí el peso de una vida enferma al anochecer de cada día. La espiritualidad me puso en este lugar para que yo pudiese entender en la piel y en la carne el peso de estar del otro lado de quien tiene el poder de la curación en sus manos.

Pero antes fue necesario sufrir, vivir ese dolor, para después encontrarme en el lugar privilegiado del que tiene la posibilidad de curar. Lo fue así conmigo y todavía lo es, porque la vida me obligó a eso y solo después, maduro y bien consciente, me abrí cada vez más a esa verdad.

Yo le pregunto: ¿de qué lado está la industria farmacéutica?

Al mismo tiempo en que promueve una curación medicamentosa, no fue por casualidad que también se convirtió en la industria más rentable de este planeta a partir de la fabricación de medicamentos necesarios y de otros no tanto. E incluso, algunos con necesidad inventada, como los medicamentos supuestamente psiquiátricos.

En el documental *Psiquiatría, una Industria de la Muerte*, somos testigos de la trayectoria de esa industria a través de un marketing específico que creó y propagó enfermedades inexistentes, con una supuesta necesidad de medicinas y un ciclo que fortaleció y enriqueció a esa empresa y, después de años, continuar con los mismos medicamentos prohibidos para la venta, debido al número de efectos secundarios peligrosísimos para la población.

Es simplemente increíble que eso todavía esté sucediendo y que la mayoría de las personas no se percaten de esa dinámica. Es necesario una concientización en masa sobre ese asunto para que podamos vivir con una nueva calidad de vida y analizar la forma cómo cuidamos de nuestra salud.

¡Con información, conocimiento y cautela!

Fuente:

https://www.youtube.com/watch?v=XND5uQlJAwo

No podemos más cerrar los ojos y tapar el sol con un dedo, no podemos esconder la verdad de saber que vivimos en un mundo capitalista, lleno de intereses gananciosos, que benefician a muy pocos privilegiados, aquellos

que poseen el poder del conocimiento, del dinero y de la toma de decisiones y que, a fin de cuentas, son los que nos controlan.

La evolución demanda valentía, exige que existan personas que estén dispuestas a ponerse a disposición de un todo y no solamente de los intereses que las guían a ellas mismas.

El objetivo de este libro y del documental *Partículas Divinas* es el de compartir este conocimiento, es una forma de concientizar el mundo sobre cuánto podemos mejorar la manera en cómo cuidamos de nuestra salud hoy por hoy y de cómo ese cuidado se transformaría en algo mucho mejor, menos invasivo, más barato, duradero y que realmente nos traiga calidad de vida.

Repito:

> *"La medicina regenerativa no garantiza más días de vida, pero sí que garantiza más vida en los días que nos restan."*
>
> **Tércio Rocha**

Partículas Divinas es una esperanza para que por lo menos, se pueda dar un pequeño paso hacia el futuro de la humanidad y ver cómo vamos a lidiar con nuestra salud de ahora en lo adelante.

La curación por medio de las Partículas Divinas.

¿Cuánto un ser humano estaría dispuesto a pagar por la salud de alguien que él ama? ¿Cuánto pagaría por él mismo para tener una tercera edad más digna y feliz, sin miedos?

Sabemos que, aunque tengamos un alto poder adquisitivo, si no tenemos información no tendremos condiciones de obtener lo mejor de la salud ni de divulgarla entre nuestros entes queridos.

El episodio de la pandemia del Covid-19 fue un buen ejemplo. Miles de personas en todo el mundo murieron por falta de atención médica y muchas de ellas

por no saber que las células madre podrían haberles salvado la vida.

Aunque el precio no estuviese accesible a todos, incluso así podríamos haber rescatado más personas del coronavirus, una vez que todas las atrofias pulmonares y capacidades ventilatorias son afectadas por el Covid-19, pero todo eso se puede recuperar al 100% con las células madre. Vimos al mundo entero llorar y enterrar a sus muertos, pero no debemos lamentarnos más por eso, sino prestar atención a lo que pasó para que no se repita, pues las Partículas Divinas están ahí, listas para cambiar el curso de la historia frente a nuevas posibles pandemias, o a las enfermedades y dificultades que ya existen o las que vendrán.

Enfermedades consideradas incurables durante décadas, como el Aids, el autismo y el Mal de Alzheimer, han mostrado su nivel de curación con la aplicación de las células madre.

Lo único que tenemos que hacer es concientizar a las personas para que se muevan, para que vayan divulgando la información. Los movimientos siguientes serán la consecuencia de una fluidez natural que hará con que, poco a poco, nuevas ideas vayan surgiendo, nuevos proyectos de ley y resoluciones ministeriales, nuevos incentivos, estudios e investigaciones, etc.

Y una vez que las personas tengan consciencia colectivamente sobre el tema, el nuevo conocimiento pasará a formar parte de un todo que se mueve naturalmente en un nuevo cauce, acompañando la evolución natural de la humanidad.

"El gran camino empieza con un primer paso."

Buda

Y aunque esa pandemia haya terminado incluso llevándose tantas vidas, todavía somos rehenes de muchas enfermedades, algunas degenerativas y crueles que nos hacen enfrentarnos a un destino infeliz y con un fin incierto.

Yo ya estoy trabajando con varias enfermedades, algunas de ellas relacionadas a la demencia como el Alzheimer, otras con síntomas relacionados con un pos ACV, problemas cardíacos adquiridos, principalmente posterior a la pandemia y tantas otras, en dónde las células madre se han mostrado totalmente eficaces para su recuperación.

Todos los médicos sueñan en curar enfermedades de su área de actuación, pero sabemos que la curación es momentánea, cuando lo que realmente deseamos es algo definitivo y permanente. La vida es un verbo en constante transformación, lo que está siempre moviéndose no se puede controlar, apenas tenemos que seguirle el paso.

Comprar la cura sería el sueño y la carta de libertad para todas las enfermedades futuras, pero vivir ya es un riesgo permanente. Por eso, dentro de una naturaleza perfecta, las células madre circulan en nuestra sangre 24 horas por día para soportar todos los imprevistos.

Vivir es un riesgo, ya lo hemos dicho, pero es un riesgo que vale la pena.

¡Con el acceso a las Partículas Divinas, con el conocimiento de sus características, del tratamiento y beneficios, el riesgo se hace mucho más llevadero!

¡Una historia feliz!

Muchas personas a mi alrededor, incluso las que poseen ese conocimiento médico y científico, tienen dudas o no creen lo suficiente respecto de la fuerza de las Partículas Divinas. Tenemos muchas cosas que desmitificar para democratizar ese conocimiento justamente por lo poco que se habla de él, por lo poco que se lee y se conoce.

El ser humano todavía necesita ver algunas cosas para creer en ellas. Una vez más dejo bien claro aquí mi propósito con relación a este libro y al documental *Partículas Divinas*: traer al conocimiento de la mayor cantidad de personas la existencia de un bien que ya existe y que futuramente deberá ser usado por toda la humanidad, deberá estar accesible y transformando la calidad de vida en todo el planeta.

Hace poco, la madre de un amigo, una señora de 98 años, estaba sufriendo con el Alzheimer hace casi dos años. Ella ya

no conocía a más nadie, era prácticamente un cero a la izquierda física y mentalmente, dejando a sus entes queridos perdidos sin saber lo que hacer.

— Mi mamá está perdida, Tércio. No podemos hacer nada más.

— Sí que pueden mi

amigo. Él me mira

fijamente sin creer lo

que le digo:

— ¿Pero cómo? Ningún médico nos dio esperanza.

— Las Partículas Divinas no traen solamente la esperanza, sino la curación mi querido amigo.

Con un cierto recelo, él estuvo de acuerdo en tratar a su madre con las células madre, sabiendo que las primeras recciones empezarían a notarse solamente a partir del tercer mes y terminarían ese ciclo a los seis meses. Y lo mejor de todo: ¡sin efectos secundarios!

El resultado fue que, al final del quinto mes y después de la infusión endovenosa de 200 millones de células madre, aquella señorita de 98 años a la que se le consideraba sin ninguna esperanza, empezó a sorprender a todos en la familia. Comenzó a saludar a las personas nuevamente y a reconocerlas poco a poco, ¡una por una!

¿Qué precio mi amigo habría pagado para ver lo que vio en su madre?

Un lindo día, él estaba pasando por la sala cuando su madre le dijo:

— ¡Te quiero mucho, hijo mío!

Casi se le salieron las lágrimas y disfrutó aquel momento mágico de poder recuperar a su madre. La abrazó y le contestó:

— ¡Yo también te quiero muchísimo, mamá!

Lo mejor fue cuando estaba viviendo en la Avenida Vieira Souto, frente al bellísimo mar de Rio de Janeiro y la querida señorita de 98 años quiso salir a dar una vuelta por la playa.

— ¿Qué es eso de querer salir a dar una vuelta por la playa? Hace más de un año que no sales de casa mamá.

— Quiero salir porque quiero comprar un sombrero.

Mi amigo se quedó atónito sin saber qué decir y enseguida decidió realizar el deseo de su madre, feliz al ver que la vida volvía a sonreírle.

Su madre demoró unos 15 minutos para completar el paseo, pero eso fue un logro para quien estaba en un estado casi vegetativo.

Y al llegar a la playa, súper dispuesta y feliz, le dice al vendedor:

— Muchacho, ¡ven acá por favor!

Ella empieza a probarse todos los sombreros de un vendedor ambulante y escoge uno de los más bonitos. Artista plástica jubilada, le empieza a aconsejar al vendedor sobre cómo él podría dejar sus productos mucho más atractivos para la venta.

— A este ponle una hebilla por favor. Y a este otro ponle una cinta naranja.

¿Se imaginan la sorpresa del hijo de esa señora? ¿Se imaginan mi realización como médico?

Son esas pequeñas alegrías las que van reforzando mi propósito y la certeza de que son las Partículas Divinas las que van a transformar la calidad de vida de las personas en el futuro. Ellas ya las están transformando, pero lastimosamente solo están accesibles a un puñado de individuos, cuando lo que tenía que pasar en mi opinión, es que esa luz divina que nos ha sido enviada ¡nos llegue realmente a todos!

Esa es mi batalla, mi trayectoria y mi motivación para continuar trabajando.

¡La curación está dentro del propio ser humano!

¡La curación está en las **Partículas Divinas** y en nosotros, porque es para nosotros!

Para qué nos sirve el dinero.

Mi abuelo siempre me decía:

— *Dios castiga al enriquecer a las personas hijo mío. Tenemos que saber para qué sirve el dinero, y es para hacer el bien a los que están cerca.*

Claro que yo tuve mis problemas financieros durante mi trayectoria, pero aprendí desde muy temprana edad, que el dinero es una cosa que va y viene y que debemos trabajar por él, sí, con esfuerzo, pero jamás pisoteando a nadie o a los principios éticos.

El trabajo es una de las mejores leyes que existen en la vida porque nos mantiene en movimiento, nos hace sentirnos útiles, activos y productivos. Cuando mi abuelo me dijo que quería brindarme con la mejor herencia de todas y que ella no sería la fortuna sino la conquista, era esa percepción a la que él se refería, a la de enseñarme a correr detrás de mis objetivos, a luchar por algo, usando la fuerza interior que poseo para sobrevivir, crecer y convertirme en alguien en esta vida.

"¿Tú te enorgulleces de mí, abuelo?"

El dinero no es nada más que una energía que proviene de nuestras acciones como consecuencia de lo que pensamos, sentimos y principalmente, de lo que hacemos.

Lastimosamente, vivimos en un mundo en dónde a la mayoría de los grandes intereses no les importa ese principio y mi lucha sin fin por la divulgación de las Partículas Divinas, choca de frente con esos intereses. Es por eso que quiero a toda costa divulgar esa información para que esto se extienda a una consciencia colectiva y actúe como un rol determinante impulsando esa transformación.

Hoy por hoy, las Partículas Divinas son muy caras lo que limita su uso para la mayoría de las personas, pero creo ciegamente que eso podrá cambiar y espero sinceramente que yo pueda presenciar ese cambio porque estoy colaborando para eso en este exacto momento.

— Sí, yo mismo: ¡el mulato, pobre y feo!

"¡Pero que es el hijo de Nuestra Señora!"

Ha llegado el momento de pasar la batuta.

Pienso en las palabras de mi abuelo:

— La vida es una carrera de relevo, ¡y nosotros tenemos que saber pasar esa batuta con elegancia!

El conocimiento se multiplica cada vez que se comparte. Durante muchos años he enseñado mis protocolos con células madre y estoy seguro de que serán perfeccionados con el tiempo en las manos correctas, en las manos de otros médicos y especialistas. Eso me llena de orgullo y satisfacción.

Otras enfermedades se podrán curar, otras personas se beneficiarán con las Partículas Divinas incluso cuando yo ya no esté más en este mundo. Pero mientras esté, voy a compartir ese conocimiento y si me es posible, siempre lo haré a una mayor escala.

Aquel mulato, pobre y feo, aunque por suerte ahora esté en su mejor versión, tiene plena consciencia de la finitud de la vida.

"¡Muchas gracias Madrecita, por toda esa trayectoria!"

Pasar la batuta es enseñar lo que hemos aprendido con humildad y la certeza de que cumplimos nuestro propósito de vida, exactamente como tenía que ser. La elegancia consiste en hacerlo con amor y respeto por los que vendrán después de nosotros.

La vida no es permanente. Hoy estamos aquí, mañana no lo sabemos.

El encuentro

Me encuentro dando un paseo por la hacienda de Chamusca y el sol me ciega por un segundo. Lleno mis pulmones de aire y digo.

"¿Cómo llegué hasta aquí Dios mío?"

No entiendo el proceso pero no me importa. Apenas sigo caminando.

Siento una quietud infinita dentro de mí y me emociono por estar aquí otra vez:

— ¡Pero, no puede ser!

"¿Cómo llegué hasta aquí? ¿Qué día es hoy?"

Me detengo por un instante y cierro los ojos. Respiro hondamente y suelto el aire bien despacio:

— Ahhh...

Abro los ojos y giro lentamente mi cuerpo mirando a mi alrededor. Vuelvo a caminar y siento el piso de tierra debajo de mis pies.

Me conecto con el ruido que hacen mis pies al caminar y continúo.

Un pajarito amarillo vuela cerca de mí, yo me río feliz, y sigo de cerca su rápido vuelo.

De pronto, en el lugar exacto en donde el pajarito se posó, veo un bulto que no logro definir y que se dirige hacia mí.

— ¿Pero quién será?

Y mientras esa persona se me va acercando siento una paz y una emoción inexplicables.

"Parece ser una mujer".

Ella está vestida de blanco y parece que lleva un manto.

De pronto, caigo arrodillado:

— ¿Nuestra Señora de las Gracias?

Mis ojos automáticamente se llenan de lágrimas que caen por mis mejillas sin parar.

Casi no logro ni mirarla, mi corazón late a mil por hora y la respiración se acelera.

"¡No me atrevo a mirar, no me atrevo a mirar!"

Mantengo la cabeza baja, sosteniendo las manos frente al cuerpo y me arrodillo.

Ella finalmente está a mi lado.

Empiezo a llorar compulsivamente por la paz y los sentimientos que me embargan.

"¡Nunca sentí eso!"

— ¡Hola hijo mío! – y escucho su voz llena de

ternura. Siento su mano tocar mi cabeza:

— Levántate, Tércio. Mírame.

Le obedezco. Me seco el rostro con las manos y me levanto despacio. Finalmente hago un acopio de fuerzas y puedo mirarla de frente. Mi voz va saliendo, embargada:

— Madrecita, ¿estás aquí de verdad?

La miro de frente y noto algo que nunca vi en toda mi vida. Un amor infinito, indescriptible, que parece surgir de sus ojos y que viene en busca de los míos.

Ella me pregunta:

— ¿Quieres caminar un poco?

Me sonrío:

— ¿Usted quiere caminar conmigo?

Ella se ríe y da sus primeros pasos.

Sigo a su lado, acompañándola en silencio y sintiendo su presencia que emana una paz inconmensurable e indescriptible.

El viento me roza el rostro y siento la sensación de los gajos de los árboles y el olor de la yerba por todas partes.

La miro de reojo a mi lado y me siento absolutamente feliz.

Me atrevo entonces a preguntar:

— ¿Estoy muerto?

Ella me sonríe, mirando hacia delante:

— ¿Tú crees que estás muerto?

Me toco en algunas partes de mi cuerpo intentando buscar una respuesta. Me detengo por un instante:

— No lo sé. Bueno, creo que estoy vivo pero siento algo que nunca había sentido antes. ¿Es así la sensación de la muerte Madrecita?

Ella se ríe:

— Tal vez no te haya llegado la hora, Tércio.

— ¿Todavía no?

Ella me sonríe nuevamente sin responder.

Continuamos el camino.

— Pero, ¿por qué estoy aquí? Ella hace un ademán e indica hacia delante:

— Tienes una cita hijo mío.

Miro hacia el horizonte, pero no veo nada:

— ¿Una cita? ¿Con quién?

Nuestra Señora pone una cara de aquellas que las madres ponen cuando necesitan regañar a su hijo:

— Camina no más Tércio, enseguida lo sabrás.

Escucho voces a mi lado derecho como si fuese la banda sonora de una película. Me viro hacia un lado y vislumbro algunos bultos a lo lejos mesclados con la neblina:

— ¿Quiénes son ellos?

— Fíjate bien Tércio, fíjate bien, ellos han venido a saludarte.

Me detengo y me viro en dirección a ellos. Veo a un hombre que le falta un brazo y que me saluda.

Y muy sorprendido digo:

— ¿No me digas que es mi bisabuelo?

Nuestra Señora asiente. Muevo la cabeza hacia los lados sin dar crédito a lo que estaba viendo.

— Mi abuelo, mi otro abuelo, mi abuela, mi otra abuela, mis tíos, ¡todos me están sonriendo!

Nuestra Señora se pone frente a mí y toca ligeramente mi brazo:

— Aprovecha este instante Tércio, ellos han venido de muy lejos para verte.

No logro contener el llanto, no me puedo mover, estoy petrificado, algo me mantiene sin poder moverme exactamente en el lugar en que me encuentro como si fuese un límite entre dos mundos. Observo la sonrisa de mis abuelos y me doy cuenta que alguien se acerca por detrás de ellos:

— ¿Papá?

De pronto ellos se ponen en una hilera y me sonríen. Los miro detenidamente intentando verlos a través de las lágrimas que no dejan de caer por mis mejillas:

Y en voz alta y llorando les digo:

— Los quiero muchísimo, muchísimo. Gracias por todo. Gracias por haber venido.

Siento unos deseos enormes de arrodillarme y miro de frente a

Nuestra Señora que parece adivinar mis pensamientos:

— Arrodíllate hijo.

Caigo de rodillas y lloro frente a mis ancestros y que cada vez más parece que son más los que vienen y los voy reconociendo a todos.

No dejo de agradecerles:

— Gracias, muchas gracias, muchas gracias.

Y en medio a tantas sonrisas, aquella imagen se va desvaneciendo y la neblina desaparece. Nuestra Señora pone su mano en mi cabeza:

— ¡Vamos, hijo mío!

Me levanto con dificultad todavía bajo el impacto de la emoción que me produjo lo que había acabado de presenciar.

No entiendo lo que está pasando.

— Ven conmigo, tranquilo – Ella me dice al oído.

Estamos de nuevo caminando y a duras penas me recompongo.

En ese momento ya no quiero más entender nada. Si estoy muerto, debo confesar que me gustó morirme porque nunca me sentí tan bien en toda mi vida.

Miro de reojo a Nuestra Señora y aprecio el momento: el sol está brillando más que nunca y a veces me impide ver con claridad. La brisa, pero principalmente Su presencia es lo que me hace querer estar aquí.

"Para siempre, Madrecita. ¡Para siempre!"

Ella interrumpe mis pensamientos:

— No es para siempre, Tércio.

Me viro inmediatamente en su dirección como un chico terco y le pregunto:

— ¿Pero por qué, Madrecita? ¡Quiero quedarme aquí!

— No. No puedes, porque todavía tienes mucho que hacer.

Ella me indica algo detrás de mí:

— ¡Mira!

Me viro y veo a mis dos hijos, todavía pequeños, jugando con Martha.

La interpelo:

— Pero mis hijos ya crecieron.

Ella se ríe:

— Para ti ellos siempre serán de ese tamaño como los ves ahora.

Derramo una lágrima y respiro hondamente:

— Lo extraño, ¡Madrecita!

Ella pone de nuevo su mano en mi hombro:

— Él volverá, no te preocupes.

Observo a mi hijo más grande que corre delante del más pequeño y me viene una angustia:

— ¿Por qué él se apartó de mí?

Nuestra Señora mueve entonces el rostro ligeramente hacia los lados:

— Eso no te concierne. Ten paciencia.

Ella continúa caminando y me fijo en la risa alegre y viva de Martha. Y entonces también sonrío lleno de alegría:

— Madrecita, ¿fuiste tú la que me trajo a Martha verdad?

Ella se ríe:

— ¡Claro que fui yo! ¿No te percataste de la medallita en su cuello?

Estallamos en francas risas juveniles y así nos quedamos uno frente al otro.

"No puedo creer que estoy parado frente a Ella. ¡Santo cielo: es Nuestra Señora...!"

Ella continúa caminando, la sigo y veo a mis hijos y a Martha que desaparecen de la misma forma como desaparecieron mis abuelos y todos mis familiares.

Suspiro:

— Gracias, Madrecita. No entiendo muy bien qué tipo de cita fue esa, pero nunca fui tan feliz.

"¡No quiero que ese día termine!"

Nuestra Señora me mira y comprime los labios demostrando así que está al tanto de lo que digo y siento.

Me quedo quieto y continúo.

En silencio y dentro de mí, le hago una reverencia.

El mismo pajarito de antes volaba frente a nosotros ahora y se posa en un árbol.

Decido hacerle una pregunta a Nuestra Señora:

— ¿Usted está orgullosa de mí? ¿Estoy viviendo de la manera correcta?

Ella me sonríe:

— Sí, lo estás. El mulatito, pobre y feo está portándose muy bien... Me río muchísimo como un niño hasta que me saltan las lágrimas.

Le digo con firmeza:

— ¡Y nunca fui un blandengue!

Ella se ríe:

— No, no lo fuiste...

Suspiro, de tanta felicidad.

Y ella añade:

— Todos se enorgullecen de ti, Tércio.

Estoy rebosante de orgullo y alegría. Ella complementa:

— Y yo también hijo mío, yo también.

Vuelvo a mirar la yerba suave y delicada y me doy cuenta que una sombra se acerca sobre Nuestra Señora y sobre mí. *"¿Qué es eso?"*

El cielo se pone negro sobre nosotros dos.

Varios puntitos brillantes como pequeñas luciérnagas surgen a nuestro alrededor. Levanto la mano e intento tocarlos, pero son como luces que se desvanecen cada vez que lo intento:

— ¿Qué es eso? – pregunto.

— ¿No lo adivinas?

Siento una fuerza gigantesca en mi corazón:

— ¿Las Partículas Divinas?

Nuestra Señora me sonríe y asiente.

Me quedo admirando ese delicado y lento movimiento de las partículas en el aire.

— Que lindo, Madrecita...

La sombra lentamente empieza a desvanecerse. Intento nuevamente tocarlas antes que desaparezcan.

— ¡Continúa con ese propósito, hijo mío!

Ellas desaparecen de una vez y nosotros

continuamos caminando.

"¿Cuánto hemos andado hasta ahora?"

Miro hacia atrás admirando la belleza de la hacienda e intentando calcular la distancia que habíamos caminado.

Nuestra Señora me avisa sobre algo:

— ¡Hacia delante, Tércio, siempre hacia

delante! Le obedezco.

"Con quién será que vamos a encontrarnos ahora?"

Escucho que Nuestra Señora se ríe bajito.

Y yo también:

— ¿Está usted leyendo mi pensamiento?

— Siempre.

Le pregunto curioso:

— ¿Con quién nos vamos a encontrar ahora Madrecita?

— Ella ya viene hijo, tranquilo.

"¿Ella?"

— Sí, ella.

Nuestra Señora me hace una señal hacia delante y de pronto veo a un niño:

— Es ella. ¡Mírala!

No sé quién es pero corro en aquella dirección como si la conociese hace muchísimo tiempo y me inclino abriendo los brazos y apretujándola contra mi corazón.

Sin pensarlo, de repente su nombre me sale:

— Mariana...

Me aparto por un instante para verla de cerca y darme cuenta de cómo se parece a Martha. Acaricio con ternura su carita y siento un amor infinito que parece de otras vidas.

"¿Cómo la reconozco tan bien?"

Y la niña me responde:

— ¡Hola, papá!

Me mira con mucho afecto. Tiene un brillo único en su mirada.

Mis ojos se llenan de lágrimas y ella sale corriendo por el césped con un vestidito azul y blanco.

Una neblina se levanta y la busco por todas partes.

La llamo:

— ¡Mariana, Mariana!

Miro a mi alrededor y no veo a más nadie ni siquiera a Nuestra Señora.

— Nuestra Señora. ¿Dónde estás?

Escucho la voz de la pequeña Mariana riéndose y el sonido de sus piececitos alejándose de mí, y no logro más alcanzarla en ningún lugar.

Entonces grito:

— ¡Mariana, hija mía!

Me desespero, girando el cuerpo por todos los lados y de pronto me siento solo.

— ¿Dónde estás

Madrecita?

Y escucho con ternura:

— No estás solo hijo mío. No lo estás y nunca

lo estuviste. Pero continúo llorando buscando

a Mariana.

— Mariana, hija mía...

La voz de Nuestra Señora me llega de lejos como si estuviese despidiéndose de mí:

— Vete en paz y tranquilo hijo mío que todavía te queda mucho por delante. Y tranquilo que ahorita ella ya viene.

El piso desaparece frente a mí y siento que mi cuerpo cae por un abismo. Me falta el aire, no logro respirar.

Salto de la cama y grito:

— ¡Mariana! ¡Mariana!

Me encuentro en mi cuarto, sin aire, sudando, con el corazón a mil por hora. Martha está a mi lado muy asustada:

— ¿Qué pasó mi amor?

Le señalo adelante como si todavía pudiese ver la neblina y la hacienda:

— Es Mariana... Nuestra Señora... ellas estaban

allá... Martha me acaricia el rostro, asustada:

— Tranquilo, Tércio, fue un

sueño. Respiro y observo a mi

alrededor:

— Pero fue tan real, yo sé que fue real. Estaban todos allá, tú...

Ella me mira todavía dentro de su estupor y con amor me dice:

— Lo soñaste mi amor.

"No puede ser... fue tan real."

Respiro y cierro los ojos por un instante intentando recomponerme.

Abro los ojos y me conecto con el momento presente.

Le pongo la mano a Martha en la barriga:

— Ella está cerca, Martha, está llegando.

Ella me pregunta un poco confundida:

— ¿Quién está llegando mi amor?

— Mariana, nuestra hija.

En ese instante, abrazo a mi esposa y le agradezco a Nuestra Señora en mis pensamientos:

"¡Muchas gracias Nuestra Señora de las Gracias! Que mi destino aquí en este planeta se cumpla antes de mi partida. Que la gracia del conocimiento que poseo y mi acceso a las Partículas Divinas no sea en vano. ¡Muchísimas gracias Madre Santísima, muchísimas gracias!"

PLUS

“Es mucho mejor vivir sin felicidad que sin amor.”

William Shakespeare

"Yo no estoy envejeciendo, ¡me estoy convirtiendo en Paris!"

Tércio Rocha

"Donde quiera el que arte de la medicina se sienta amado, habrá también amor por la humanidad." **Hipócrates (460 a.C. a 370 a.C.)**

E<<Me encuentro en una habitación de un hotel en Brasilia. Enciendo una vela y pongo mis dos manos sobre el pecho para hacer mi oración a Nuestra Señora de las Gracias:

— *Yo te saludo oh María, ¡llena de gracia! De tus manos que ciernen el mundo llueven gracias sobre nosotros. Nuestra Señora de las Gracias, tú sabes cuáles son las gracias que más necesitamos. Pero te suplico especialmente, que me concedas esta que te pido ahora con todo el fervor que habita mi alma.*

Suspiro y añado:

— *¡Ha llegado el momento de pasar la batuta Nuestra Señora!*

Mi abuelo siempre me decía que ese momento llegaría. Y no basta pasar la batuta, hay que pasarla con elegancia.

Me siento en un sillón y observo la vela que se quema.

Respiro hondamente, cierro los ojos y recuerdo a mi padre. Es como si pudiese escucharlo dentro de mí diciéndome:

— *Fíjate bien hijo mío. Tienes tres problemas muy serios. ¡En primer lugar eres mulato, en segundo eres feo y, en tercer lugar, eres pobre!*

A la sazón, tenía yo siete años y ese recuerdo fue una de las mayores lecciones de mi vida. Y les puedo asegurar que me va súper bien, incluso porque la frase no se terminaba ahí.

En aquella época, yo era realmente muy pequeño y papá me enseñó muchas cosas importantes en la vida. De hecho, él estaba siendo muy honesto con lo que decía y eso provenía de la forma en como había sido criado. En aquellos tiempos bien diferentes de hoy en día se decía que, a los siete años de edad, un niño

dejaba de ser niño para convertirse en adulto. Y papá ya me estaba educando para ser lo que soy.

¡Y dio resultado!

Pero cálmense, que no he llegado al momento exacto de los tres elogios todavía.

Pertenezco a una generación bien diferente de los jóvenes de hoy.

Me crie en la época en que los viejos eran considerados unas enciclopedias ambulantes, no existía la Internet ni los móviles ni las computadoras. Con mucha suerte, teníamos buenos libros y tal vez algunos mejores aún en lengua portuguesa.

Hablo en voz alta conmigo mismo:

— Ok, ok, lo entiendo, me explico.

En primer lugar, necesito contarles un poco sobre la historia de mis abuelos y el influjo que tuvieron en mi vida.

Mi abuelo paterno no solo fue un abuelo, sino un ídolo, un héroe, en todos los sentidos. Imagínense que se escapó de casa a los siete años porque la madrastra le dio una paliza y lo peor es que fue por un motivo mucho más sorprendente que la propia escapada.

Mi abuelo, que ya era huérfano de madre, hijo de un azoriano[4], vio que su padre se casaba con otra mujer, un poquito limitada desde el punto de vista cultural. Un cierto día, como a él le encantaba ver las estrellas, le preguntó a la madrastra qué era aquella mancha en la luna. Y la mujer le respondió diciéndole que era San Jorge matando el Dragón.

— ¿Qué?

Pero mi abuelo que era muy inteligente, le dijo que eso era imposible porque San Jorge no podría matar el Dragón todos los días, en el mismo horario y en la misma posición.

La mujer, súper irritada, le dio una tremenda paliza con los zuecos y eso fue suficiente para que él se escapara de casa y se buscase la vida por cuenta propia.

¿Se lo imaginan? ¡Se escapó de casa a los siete años de edad!

[4] Azoriano, es el gentilicio de los habitantes del archipiélago de los Azores en Portugal. N.D.T.

Los tiempos realmente eran otros y muy diferentes. Pero si aparentemente parecemos que empeoramos en algunos aspectos en la actualidad, con seguridad que mejoramos en otros. Siempre me ha gustado creer que la vida está constantemente mejorando. ¡Y en realidad siempre lo está!

Mi abuelo, aquel niño tan frágil, buscó refugio en un puerto cerca de donde vivía. Logró encontrar protección trabajando y durmiendo en la cubierta de un barco, donde podía continuar admirando las estrellas. Pero no era solo el bello cielo que le llamaba la atención. En el fondo de todo eso, lo que él quería era saber más y lograr comprender las cosas inexplicables de la vida. Por eso, incluso siendo un niño y viéndose en una situación bastante inusitada, empezó a pagarle a los sargentos con las pocas monedas de su sueldo para que le enseñasen a escribir y a sacar cuentas, porque solo así un día podría navegar. ¡Y navegó!

Y fue usando esos medios que logró estudiar, aunque muy superficialmente. Más tarde, a los diecisiete años, se hizo un hombre fuerte, másculo y continuó con toda la ambición que tenía para conquistar la vida. Mi abuelo no se contentaba con lo poco que tenía, parecía estar siempre buscando algo más.

Un día, trabajando en un barco de pesca, escuchó hablar sobre el Ejército donde podría hacer un curso para sargento. Allá tendría una cama, ropa y comida, además podría aprender a escribir mejor. Era todo lo que nunca tuvo desde que se independizó.

Si desde los siete años tuvo que arreglárselas para tener un lugar donde dormir y pagarle a los adultos para tener un mínimo de educación, ahora tendría mucho más. ¡Y no se lo pensó dos veces!

Fue a la ESA, Escuela de Sargentos de Armas, en la ciudad de *Três Corações*, en Minas Gerais. Allá entendió que aprendería a hacer cosas que iban más allá del sueño de escribir mejor y que tendría una profesión de respeto y muy promisora.

En fin, que se graduó de sargento pero continuaba curioso, sediento de sabiduría. Fuerte y robusto como era, se fue a estudiar Educación Física en el Ejército, aprendió varios deportes y se especializó en dar clases. Pero enseguida llegó la guerra.

Sí, ¡mi abuelo se fue a la guerra! Participó en la invasión de Monte Castelo y su nombre se hizo famoso: el gran Sargento Theonas da Rocha.

Para los que no lo saben, la conocida Batalla de Monte Castello tuvo lugar al final de la Segunda Guerra Mundial entre las tropas aliadas y el Ejército Alemán, que intentaba contener el avance hacia el Norte de Italia. Y la FEB, Fuerza Expedicionaria Brasileña, estuvo presente en ese conflicto.

Me enorgullezco al pensar en ello y me digo:

— ¡Mi abuelo, el gran sargento Theonas da Rocha estaba allá!

La batalla llevó unos tres meses, durante los cuales hubo seis ataques, con un alto número de bajas brasileñas, pero mi abuelo volvió como un verdadero héroe y recibió condecoraciones por su participación tan aguerrida durante los ataques.

Y ese hombre, que se escapó de casa a los siete años porque simplemente no estaba de acuerdo con esa historia del dragón, ¡claro que tampoco estaría de acuerdo en morir en el campo de batalla! Damas y caballeros: ¡fue él el que se convirtió en el propio Dragón después de la paliza de zapatos que le dieron!

Los tiempos horribles de organización cultural de la guerra era como estar en casa para mi abuelo, un paseo motivador, con excepción de los amigos que dejó en el camino y del hecho de que antes era rubio y con mucho pelo y después de quedó calvo. Salvo eso, fue y volvió sin un rasguño. Y esa fue la vida de mi abuelo por parte de padre. El familiar que se ganó un premio de guerra, que daba clases de navegación guiándose por las estrellas, que sabía geografía como pocos y que no le hacía caso a las quejas de los demás.

Una sola vez dije:

— *Abuelo, ¡me duele la cabeza!*

Y él me preguntó:

— *¿Estás vivo?*

— *¡Claro, abuelo!*

— *Entonces todo está bien hijo mío. ¡En la guerra lo importante es estar vivo, el resto lo arreglamos después!*

Si por un lado yo tenía al padre de mi padre como un héroe de guerra porque se escapó de casa a los siete años a causa del famoso Dragón de San Jorge, el padre de mi madre no se quedaba atrás.

Incluso desconfío un poco de por qué el número siete tiene algún hechizo o significado en mi familia.

Don Arrão Soares da Rocha, mi abuelo materno e hijo de campesinos, también tuvo que salir de casa a los siete años, pero por suerte no le dieron una paliza de zuecos ni tampoco tuvo que tragarse aquella historia del dragón. Su padre, mi bisabuelo, tuvo doce hijos y empezó a ganar mucho dinero como hacendado a través de la siembra y el cultivo de café, de la producción de aguardiente y la ganadería. Era mucho trabajo para él solo y los hijos tenían que estar bien preparados.

Determinó entonces que para los varones había una buena opción: la escuela de los americanos, pasando antes por el Mackenzie.

Y para allá mandaron a mi abuelo, un niño de siete años de la hacienda al internado en San Paulo. Esa fue la infancia de Don Arrão, que estaba todo el año en el colegio y durante las vacaciones de julio y diciembre iba a su casa. Él nos contaba que en el internado era un "sálvese quien pueda". Más tarde, estudió agronomía en el Instituto Gamonn en Lavras, Minas Gerais. Se hizo un hombre rudo, pero hablaba inglés fluentemente y como ventaja adicional, también francés y español.

Y por supuesto que el que pasa por una infancia así y sale emocionalmente equilibrado, puede considerarse un sobreviviente de guerra.

— *¡Un aplauso para mis abuelos!*

En la misma época, y mientras un abuelo estaba en la guerra, el otro estaba huyendo de las guerrillas, los dos eran hombres toscos, uno un poco más culto que el otro, pero en la vida efectivamente, los dos pasaron por la misma escuela: ¡la dura y cruda realidad!

Esa fue mi percepción de niño y de nieto por la parte de los hombres de mi familia. Mientras mi abuelo paterno, marinero y soldado de guerra era un poco más rudo, el materno, hacendado, agrónomo y político era un poco más cariñoso. Y a su manera, sabía ocuparse mejor de nosotros los niños.

Por suerte, crecí a su lado, aprendiendo mucho sobre la vida y sobre aquella realidad en la cual ellos se habían graduado con honores. En la región de Resende en Rio de Janeiro, después de la revolución, él era de derecha, un poco radical, un hombre de pocas palabras y de frases contundentes y fortísimas, un coronel muy duro. ¡He visto cosas que si se las cuento, los dejo con los pelos de punta! ¡Y les puedo jurar por el famoso Dragón de San Jorge y por Nuestra Señora de los Zuecos, que es la más pura verdad!

Tres meses por año fue lo suficiente para comprender la fuerza de mis ancestros. Todos los años me iba de vacaciones a la hacienda entre enero y marzo. ¡Yo no deseaba otra cosa, solo eso!

Y así es que llegamos a la historia de mi padre.

Hijo de un héroe de guerra, marinero y sargento, por supuesto que no podía por menos que convertirse en un militar, no solo por el influjo del sargento Theonas, sino también porque no había muchas opciones en aquella época. Además, el dinero escaseaba. Papá se fue a Campinas a los quince años y a los veinte y dos ya era un oficial del Ejército. Y fue subiendo en los grados, uno a uno hasta llegar a General de Brigada.

Mi abuelo era alguien importante. ¡Sí que lo era! En la jerarquía y funciones del Ejército, existen diecinueve cargos diferentes en donde la base de la pirámide son los soldados. Después, en su orden, vienen los cabo-sargentos, tenientes, capitanes, mayores, tenientes coroneles, los co-coroneles, y finalmente los generales.

Funciona así:

2. Soldado
3. Mozo de cabina
4. Cabo
5. Tercer sargento
6. Segundo sargento
7. Primer sargento
8. Subteniente
9. Aspirante
10. Segundo teniente
11. Primer teniente
12. Capitán
13. Mayor
14. Teniente coronel
15. Coronel
16. General de brigada (¡aquí está mi papá!)
17. General de división
18. General de división
19. General de Ejército
20. General de Ejército (escogido por el Presidente de la República).

¿Creen ustedes que mi padre fue un hombre duro? ¡Claro que lo fue! ¡A él lo criaron un marinero y un héroe de guerra!

Era padre de tres niñas además de mí. ¿Saben lo que él me decía siempre?

— Hijo, el dinero escasea, tengo muchas cuentas por pagar, lo que sobre será para las niñas porque tengo que casarlas. ¡Tú te las arreglas como puedas!

Creo que no hace falta que les diga cuántos años yo tenía en esa época.

Suspiro y me río al mismo tiempo:

— ¡Siete! ¡Exactamente siete!

Y si les parece que cuando mi papá me decía que yo era mulato, pobre y feo eso era poco, sepan que vino mucho más después. ¡No se lo pueden ni imaginar!

Yo estudiaba en una escuela pública que se llamaba Rosa da Fonseca y por la puerta de la escuela pasaba un tren todos los días y hacía temblar los cimientos. Yo pensaba que un día me recogerían de dentro de los escombros. Quedaba al lado de la ESAO, la Escuela de Perfeccionamiento de los Oficiales.

Un día, mi padre me llamó para almorzar en la ESAO junto con los oficiales, diciendo que necesitaba hablar muy en serio conmigo.

— Hijo, ¡necesito hablar contigo de algo muy serio!

Nos sentamos a almorzar y me dijo:

— Fíjate bien Tércio, en esa escuelita en donde estás estudiando, solo se gradúan basureros, los que limpian las calles y taxistas. Todo eso es una porquería.

Me puse serio, mirándolo de frente y con la comida a medio tragar en la garganta.

Y continuó:

-Te voy a buscar unos libros de un sargento de preparatoria del Ejército. Vas a tener que estudiar y hacer una prueba para una beca.

Me tragué la comida sí, pero seguí mirándolo mudo sin poder moverme y listo para otra lección:

— Si no apruebas en primer lugar y si no te dan la beca integral, vas a tener que seguir en esa escuela pública, ¿me has entendido?

Aquellas palabras me llegaron como una sentencia de muerte.

Y como mi abuelo acostumbraba a decir:

— ¡Lo importante en la guerra es mantenerse vivo!

¡Y yo no me iba a morir!

Entonces vinieron las burlas, los acosos, pero en aquella época eso no se veía como acoso solo era una buena dosis de realidad:

— Fíjate bien hijo mío. Tienes tres problemas muy serios. ¡En primer lugar, eres mulato, en segundo eres feo y, en tercer lugar, eres pobre!

¡Y me tuve que tragar esa lección sin atragantarme!

Y ahora la sorpresa: en aquella época, no se oía hablar de cirugía plástica o tratamientos estéticos para mejorar en algo mis problemas.

Entonces papá siguió y me dijo cuál sería la luz al final del túnel:

— *La única arma que tienes es tu inteligencia. Entonces, o lo apuestas todo en ello y en la cultura para conquistar tu lugar en este mundo, ¡o te vas a la calle a vender heladitos de Kibon!*

Bueno, confieso que a mí me gustaban los pirulís o chupachups, pero estaba muy lejos de desear ser un vendedor que pasaba por las calles tocando un claxon horroroso para llamar la atención de los niños. En aquella época, ése era el mejor marketing que existía.

¡Comprendí la lección de papá y me entró un pánico terrible!

Mi padre siguió explicando y diciéndome que solo existía el Plan A. Y que era estudiar y aprobar sin más opciones.

¡A partir de ese momento entendí que, para mí, el alfabeto entero solo contenía la letra A! ¡Éramos solo yo y Dios! Y con suerte, tendría la asistencia de los espíritus de mis antepasados ayudándome de este lado.

Por eso me convertí en un estudiante bien profesional y aprobé en Medicina: aprobé en el primer año de la secundaria, después en el segundo y en el tercero. Y no me matriculé antes en la universidad por la fuerza como él quería, porque estaba ganando algún dinero como alumno profesional, me pagaban para hacer las pruebas y, a fin de cuentas, ¡todo eso me beneficiaba!

Cuando aprobé en Medicina me fui a la Universidad Federal como becario.

— *¡Grandioso!*

Le agradezco mucho a mis abuelos, tanto al marinero como al hacendado, porque gracias a la fuerza que tenían yo obtuve la mía.

Mi abuelo materno siempre decía que la peor cosa de este mundo era convertirse en un blandengue. Y enseguida me contaba la historia de su padre de cuando empezó en la hacienda y perdió el brazo en el molino de aguardiente. Y se dice que

dos horas después del accidente, allá estaba él de nuevo, trabajando como si nada con el otro brazo. Y decía:

— *¿El dolor que sientes es más o menos como si hubieras perdido un brazo?*

Nadie se atrevía a responder de otra forma a no ser:

— *No, me duele menos.*

Y terminaba diciendo:

— *¡Entonces, adelante muchacho!*

Con el tiempo, escuchaba lo mismo de mi padre:

— *¡Ya hay demasiados blandengues en este mundo y Dios te necesita para superar a esos blandengues!*

Y mi infancia fue así, me criaron hombres muy fuertes y mujeres muy toscas y rudas, pero que todavía entendían algo de cariño. Mis abuelas sabían ser cariñosas.

A pesar de tener la costumbre de ir a la iglesia evangélica durante una buena parte de mi vida y de haber tenido un bisabuelo autodidacta y espiritualista que, por cierto, fue uno de los fundadores del espiritismo en Brasil, hasta hoy le rezo a Nuestra Señora de las Gracias. ¡Espiritualidad ecléctica!

Respiro hondamente y abro mis ojos. Observo la vela que se sigue quemando en la mesa y vuelvo a pensar en mis cosas y en Nuestra Señora de las Gracias.

Fue a causa de mis ancestros que empecé a desear ser médico sin saberlo a ciencia cierta, lo confieso, pero así fue. Esa clarividencia y entendimiento me vinieron posteriormente.

Yo amaba a mis abuelos y bisabuelos. Fue con ellos que aprendí a sentir cariño por los ancianos y a pensar en una longevidad sana, cosa que en aquellos tiempos no existía y por eso todo aquello me atraía tanto a tan temprana edad.

De vez en cuando pensaba:

— *¿Cómo podría yo aportar con la limitación de la edad en las personas?*

Siempre escuché a todos diciendo allá en la hacienda que los ancianos se oxidaban, envejecían, y yo quería justamente aprender a frenar ese proceso.

Antes que mis bisabuelos fallecieran con noventa y pocos años, los vi envejecer, los vi caminar con bastón y ser maltratados por la vida.

En aquella época se afirmaba rotundamente, que las personas tenían la obligación de aceptar la edad, pero yo necesitaba descubrir cómo mejorar todo eso.

Si mi abuelo no aceptó la muerte del Dragón todos los días y a la misma hora y posición en la superficie de la luna, ¿por qué yo debería aceptar que los ancianos envejeciesen? ¡De ninguna manera!

Y fue el amor por las personas que más amé en la vida lo que me llevó a la medicina regenerativa y me hizo descubrir el camino del envejecimiento saludable.

Quería eternizar a mis abuelos. Pero lastimosamente ese plan no dio resultado y frente a esa realidad cuando crecí, empecé a ahondar en el alfabeto entero buscando una forma de poder ayudar a los ancianos. Y me encanté con la nutrición, la endocrinología, los antioxidantes, las células madre, la reparación y regeneración del cuerpo de todas las formas habidas y por haber.

Y al final del camino encontré mi historia.

Yo, aquel mulatito pobre y feo, fui criado en la hacienda con una parte de la familia de agrónomos y veterinarios, aunque hoy por hoy yo junto con mi hijo, ya seamos una familia de siete generaciones de médicos.

Hasta mis dieciséis años, me prepararon para ser un político y un hacendado. Supuestamente, heredaría las haciendas para perpetuar todo el legado de mis abuelos y bisabuelos. Crecí creyendo que mi función sería ocuparme de las labores del campo. Y de hecho a mí me encantaba la hacienda. Por suerte y al mismo tiempo en que soñaba con aquel futuro, en la casa principal de la hacienda había una sala donde dos tíos, uno médico y el otro dentista, realizaban consultas a los funcionarios los fines de semana.

Yo, que todavía era un chiquillo, entraba y quería ayudar al tío médico. Él me miraba y siempre le parecía gracioso porque yo era el único niño que quería estar allí con ellos. ¿Jugar? ¡Claro que no! Tenía que estudiar porque me aterrorizaba la idea de tener que vender

chupachups en un carrito pitando por todo el barrio. El sonido de aquel pito era lo que más me incentivaba a luchar por algo diferente.

Todo lo que me pasaba por delante me lo leía: desde las revistas Selecciones, hasta los libros en francés que habían sido de mi tatarabuelo y que también se había graduado de médico en Francia. Él fue uno de los primeros médicos a refrendar que el alcoholismo era una enfermedad. Por ese motivo, tuvo el título de médico suspendido por el emperador que era un alcohólico, pero él logró demostrar que estaba en lo cierto. Más tarde y por ironía de la vida, murió como un alcohólico también.

Empecé a aprender francés para poder leer los antiguos libros de mi tatarabuelo. Era todo lo que tenía a pesar de que eran libros de los años mil ochocientos y tanto. A la sazón tenía 13 años de edad.

Y de pronto vino mi peor pesadilla. No me cortaron el brazo en una maquina y no me morí en la guerra, pero les puedo asegurar que me dolió mucho: mi abuelo, ya muy cansado, empezó a desarrollar un cáncer y decidió vender la hacienda que, como ya saben, era mi gran pasión. Tenía en aquel entontes dieciséis años y finalmente comprendí lo que era un trauma.

Yo, que siempre dije que quería encargarme de la hacienda y triplicar su valor, decidí escaparme como lo hiciera mi abuelo el marinero. Pero en mi caso, esa fuga fue de la propia realidad y a los dieciséis años de edad. Y me fui bien lejos.

Tomé el dinero que había ahorrado con la cría de bueyes y caballos y me fui a conocer el mundo: Estados Unidos, Canadá y Europa.

En los Estados Unidos, en la ciudad de Providence, Rhode Island, me quedé en la casa de un tío mío, un renombrado matemático, que formó parte de un proyecto importantísimo de la Nasa. Pero esa es otra historia. Allá pude practicar deportes en la *Brown University*, visitando el curso de Medicina, espacios para investigaciones y ambulatorios.

Enseguida, me fui a Canadá. Corría el año 1976 y las Olimpiadas casi se nos venían encima en Montreal. Durante un entrenamiento de natación, oí la conversación de un técnico con un entrenador:

— ¿Cómo es la preparación de los atletas?

— Bueno, una dieta balanceada es esencial para no agredir el cuerpo, ejercicios regularmente...

Estaban hablando sobre una teoría de antioxidantes que no entendí en ese momento, pero que posteriormente investigué junto con los mencionados radicales libres.

Inmediatamente pensé en mis abuelos y me pareció que tal vez aquella teoría se pudiese aplicar a los ancianos.

Después de ese viaje, todavía traumatizado con la venta de la hacienda, decidí ser médico. Si no podía encargarme de aquel lugar por el cual me había enamorado locamente, entonces descubriría una forma de evitar que los ancianos se oxidasen y envejeciesen hasta morir.

Y de plano, la endocrinología ya me atrajo. Ya tenía un enamoramiento por la obesidad, creía que el exceso de peso era una enfermedad, cuando otros decían que no era sino una sinvergüenzura, un empecinamiento del paciente en querer comer por comer. Pero la ecuación no cerraba. Fue entonces cuando empecé a estipular mi tesis sobre compulsión por hidrato de carbono y que, años más tarde, quedó comprobada cuando defendí mi tesis en la Sociedad Brasileña de Psiquiatría.

Yo sabía que las personas no comían simplemente por tener hambre, en aquel momento el acoso era un ritual de la sociedad, pero estaba seguro de que existía una dependencia química por detrás de esa compulsión.

Un poco antes de defender mi tesis, me fui a Europa a estudiar y perfeccionarme. En Londres, a los veinticuatro años, trabajé en lo que ellos llaman *Farm*, que son pequeñas haciendas en realidad más parecidas con casas de reposo de ancianos, dementes, depresivos, obesos y personas para las que la sociedad no encuentra una solución. Dicho de una forma más fuerte: supuestamente era un depósito de personas aparentemente enfermas, pero en realidad no lo era. Allí trabajé clandestinamente como enfermero, era un subempleo, porque todavía no podía ejercer la medicina en el país, no me reconocían el diploma, pero incluso así tuve una de las experiencias más significativas del comienzo de mi carrera.

Esa *Farm* tenía sofás de fieltro, muchas alfombras de tejido espeso, varios ancianos inertes con mantas de lanas, hinchados y enrojecidos.

— ¿Qué diablos es esto…?

Al instante me percaté de que el problema era el exceso de ácaros en ese ambiente, y eso era lo que probablemente estaba causando esa inflamación en los ancianos y, por ende, sus cuerpos explotaban de tantos corticoides.

Un anciano en particular me llamó la atención. Era de origen judío, fue banquero recientemente y su hijo había sido el presidente del banco.

El señor Robert, de 79 años, estaba en una silla de ruedas con una manta sobre las piernas. Me concentré en él para entender el problema y descubrí que nada le aquejaba. Sucede que como su cuarto era lejos de la sala, por eso lo habían puesto en la silla para que se sintiera más cómodo y por eso él nunca más caminó. Estaba en la zona de confort.

Aquello fue como un gran aviso para mí e inició una revolución dentro de la *Farm*: retiré las alfombras y las mantas, apagué el calentador, saqué a los ancianos de la sala y los puse a practicar ejercicios al aire libre.

Y como en la parte externa de la *Farm* había una pequeña caballeriza de cerca de treinta mil metros cuadrados, a solamente ciento ochenta metros de allí, les propuse que caminasen hacia allá para cepillar a los caballos y les dije que el olor del lugar les haría bien como también estar con los animales.

Me convertí en una excentricidad:

— *Miren eso, ¡el Doctor brasileño loco!*

Pero no les hice caso y empecé a caminar con los ancianos hasta la caballeriza, les daba agua a los caballos junto con ellos y convencí al gerente de la *Farm* para que cambiase el relleno de los sofás, dejase las ventanas abiertas, cambiase el material de limpieza y que también permitiese más ventilación en los dormitorios.

Pues muy bien, el resultado fue la disminución del uso de corticoides y antiinflamatorios. Instituí dosis diarias de Vitamina C, D, E y tés naturales en sus rutinas, y el resultado fue la mejoría instantánea de los ancianos.

Robert o Bob, como le llamaba yo, tenía un tipo de piel tipo uno que es una piel extremadamente blanca, mientras que yo el mulatito pobre y feo, era de tipo tres. Y el acoso social no demoró en hacer su presencia en Europa, fue rapidito:

— *Oiga, usted, esclavo de oro, ¡vamos a dar un paseo!*

— *¡Hola, Bob! ¡Su esclavo de oro se convertirá en su sueño dorado!*

¡Yo me había convertido en un esclavo! Bueno, no en cualquier esclavo, sino en el sueño dorado, ¡que es más chic!

Un lindo día, cuando volvía de la caballeriza con Bob, vi dos coches

Roll-Royce y un hombre asustado que nos miraba.

Era el hijo de Bob:

— Papá, ¿qué estás haciendo?

— Hola hijo, estoy cepillando los caballos dos veces al día ahora. Es la cosa más graciosa que he hecho y todo se lo debo a mi esclavo de oro que está aquí conmigo.

Y entonces me señaló. Bob también pescaba en un laguito en frente a la *Farm*, que era lo que más le gustaba hacer cuando era joven y motivado por mí, retomó su rutina diaria incluso cuando todos pensaban que él no lograría caminar más.

El hijo se sorprendió muchísimo porque creía eso mismo, que el padre no podía caminar más en razón, justamente, de que no le veía moverse hacía muchísimo tiempo, ¡casi dos años! Pero en realidad, Bob solo estaba siendo olvidado en una silla de ruedas.

Era justamente contra todo aquello por lo que quería yo luchar y trabajar. No pude salvar a mis abuelos, pero sabía que podía mejorar la vida de muchas otras personas.

Otra cosa que me llamaba mucho la atención ya en aquella época, era la edad que tenían las ciudades de Londres y Paris. Eran ciudades con cerca de mil años más que Rio de Janeiro y, sin embargo, no parecían ciudades viejas sino antiguas en su esencia, mientras que el centro de Rio es más reciente en su arquitectura y, sin embargo, parece una ciudad vieja. O sea, si nos preocupamos en limpiar una puerta de hierro, ella nunca se oxidará. Eso podía aplicarse a los ancianos: ¡a ellos tenemos que cuidarlos con antioxidantes! ¡Bingo!

En la actualidad mi pasión por el envejecimiento saludable se ha convertido en una iniciativa médico-empresarial en hoteles para ancianos, y a diferencia de

otros lugares que ponen a varios ancianos en un solo espacio, en esos hoteles existen habitaciones individuales en dónde al anciano se le estimula a vivir. ¡Aquella *Farm* y la vida que renació en Bob jamás salieron de mí! Esa experiencia solo aumentó los deseos dentro de mí de acoger a más personas y darles más vida a los que realmente lo necesitan y merecen.

Los que se quedan en la zona de confort son las sillas y los sofás, porque en realidad la vida es superar los retos que tenemos por delante: la pereza, el dolor, salir y hacer ejercicios, dejar de comer algunas cosas, en fin....

Me involucré directamente y de lleno con la tercera edad porque sé que existen personas "viejas" con treinta y nueve años de edad, como también jóvenes de ochenta y dos. Es necesario saber envejecer, decirle a las personas que la edad es algo mental y funcional, aquello que permitimos en que nuestro cuerpo se convierta.

Somos seres y envejecemos como seres, pero siempre a tono con lo que decidimos ser. Los investigadores actuales afirman que vamos a llegar a los ciento veinte años de edad con salud y alegría.

Tenemos que pedirle a Dios que sepamos escucharnos antes que una tragedia se nos aparezca y nos aplaste. Si logramos entender lo que nos hace bien, secundamos protocolos de alimentación sana y nos cuidamos diariamente, nunca seremos viejos sino como el centro de Paris: ¡antiguos!

Fue a partir de esas reflexiones y recuerdos tan vívidos que empecé a montar un proyecto de referencia hospitalaria para ser construido en Brasilia, porque en mi entender sencillamente es inadmisible que el centro de nuestro país no cuente con un hospital a la altura del que tenemos en la ciudad de San Paulo. Y resulta que acabamos usando el puente aéreo para todos los casos graves y de urgencias.

Ese proyecto es un centro integrado internacional de medicina especializada, que acaba de ser muy bien recibido y aceptado en la capital y que ya tiene un contrato firmado por el gobernador, etc, etc, etc.

El centro integrado incluye cuatro grandes marcas americanas de

hospitales con una infraestructura gigante y una medicina puntera en todo el mundo.

Tenemos catorce de las mejores clínicas internas, con una clasificación excelente en los Estados Unidos. Ejemplo: oncología, cardiología, neumología, entre otras. Es el Proyecto Longevidad Saludable, que trae salud para todos.

— *Ahhhhh.*

Me estiro en la silla y veo que la vela está casi completamente quemada.

— *Que cosa, ¿no? ¡Caramba!*

Y reflexiono aún.

Aquel muchacho de los arrabaldes de Rio de Janeiro, un mulato que vivió a la orilla del río Pirapitinga está aquí ahora, listo para pasar la batuta.

Puedo sentir las palabras de mi abuelo, bien bajito al oído:

— *Dios castiga al enriquecer a las personas hijo mío. Tenemos que saber para qué sirve el dinero, y es para hacer el bien a los que están cerca.*

Respiro hondamente y le confieso al resto de vela que queda en el mechero:

— *¡Creo que puedo enorgullecerme Nuestra Señora! ¿O no?*

Ese su pequeño mulato, pobre y feo, logró traer a la capital del país la obra más grandiosa, sin contar la propia construcción de Brasilia como capital, claro. Sencillamente un proyecto de 5,7 mil millones de reales, con 2 hoteles, un centro de convenciones para 8.000 personas, anfiteatro para 1.500, y una farmacia en un espacio de 300 mil metros cuadrados.

Ya decía mi abuelo:

— *La vida es una carrera de relevo, ¡y nosotros tenemos que saber pasar esa batuta con elegancia!*

Durante toda mi vida entendí que no se trata de cómo corremos con la batuta en la mano, sino de cómo colaboramos sabiendo pasarla adelante a los que vienen después.

Cuando creé el Grupo Integrado de Medicina Regenerativa en Bahia, al inicio de este año junto con un grupo de primerísima categoría, les enseñé a todos los protocolos de células madre que había creado y les dije:

— ¡He hecho una tarta de coco y ahora la quiero compartir con los chefs franceses que van a perfeccionar mi receta!

A eso se le llama pasar la batuta con elegancia. Saber que no fui el primero y que no seré el último. Porque el objetivo de la vida es transmitir el conocimiento y además, con humildad, siendo mulato, pobre, feo, *gold slave* (esclavo de oro) o médico, ¡es que estamos todos a favor de la vida!

— *Muchas gracias Nuestra Señora por haberme guiado y traído a dónde llegué.*

Y dónde quiera que mis abuelos estén, que puedan también enorgullecerse de mí.

— *Si un día sucumbo, si un día fallo, ¡mándame un gold slave!*

No creo que estoy poniéndome viejo... ¡solo estoy convirtiéndome en Paris!

Me levanto y soplo la vela. Me echo en la cama e intento dormir.

Suspiro:

— *¡Mañana será otro día!*

Y todos los días matamos un dragón. Pero mi abuelo tenía razón: ¡nunca es el mismo dragón, ni está en la misma posición ni tampoco en el mismo horario!

— *¡Buenas noches mi querida Nuestra Señora!*

LAS CÉLULAS MADRE

— ¡Vamos a realizar la aplicación de las células madre, Señora Sofia!

— ¿Células madre, Tércio? ¿Para qué?

— La miro con cariño y le pregunto:

— ¿Usted no quiere resolver de una vez por todas ese cansancio y renovar sus rodillas sin tener que operarse?

— Claro, pero...

Le enfatizo con las manos que se calme y sigo:

— Las células madre le devolverán toda la vitalidad que usted perdió con el paso de los años.

Ella me mira y mueve la cabeza, pensativa:

— ¿Pero y las rodillas?

— Sonrío:

— Las rodillas también, claro. Vamos a renovarla por entero Doña Sofía, por dentro y por fuera.

Ella suspira, aliviada.

— Y no se preocupe doña Sofia, que las células madre son la luz al final del túnel, la luz que usted tanto buscó.

— ¡Muchas gracias, Doctor!

— ¡De nada, hombre!

Y bien, ¿Qué son de hecho las células madre?

Las células madre surgen en el ser humano en la fase embrionaria y posteriormente al nacimiento, en que algunos órganos mantienen en sí mismos una pequeña cantidad

de células madre que luego serán las responsables de renovar constantemente ese mismo órgano durante la vida. Esas células actúan como agentes renovadores del cuerpo durante toda la existencia.

En la medicina regenerativa, se ha convertido en una herramienta poderosísima porque sirve para restaurar un órgano que lo necesita, como el corazón, y además, algunas patologías como el Mal de Parkinson, Alzheimer y enfermedades degenerativas.

Las células madre, que se obtienen a partir del tejido del cordón umbilical, son células jóvenes que potencialmente poseen mejores capacidades regenerativas que las células adultas. Ellas pueden ser usadas para tratar diversas patologías sin tener que exponer al paciente a una cirugía previa para la obtención de esas células. Son células listas para usarlas y aplicarlas, y no generan ningún rechazo por su gran capacidad intrínseca de modular el sistema inmunológico.

Varios tratamientos se han realizado actualmente con el uso de células madre como, por ejemplo, el Antienvejecimiento, Traumatología, Urología, Cardiología, procesos de regeneración, estética, la mejoría del sueño y del humor y de la calidad de vida de los pacientes en general.

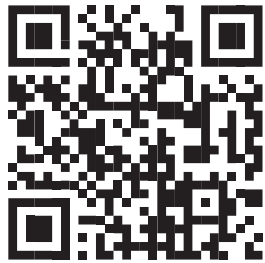
Las células madre poseen una inteligencia propia y actúan en todo el organismo exactamente en donde él lo necesita y en la cantidad correcta, algo que sería imposible de lograr con cualquier medicamento. Las células madre van hacia dónde el paciente ni siquiera sabe que lo necesita, previniendo los problemas que podría tener en el futuro en el caso de que no optase por ese tratamiento.

Los efectos empiezan a notarse tres meses después de la aplicación endovenosa e inmediatamente cuando se aplica localmente. Los resultados son la regeneración y el rejuvenecimiento del individuo, la mejoría de la calidad del sueño, la tonificación muscular, el condicionamiento físico e incluso el buen humor, porque realmente todo mejora.

> Los tratamientos con células madre representan el futuro de la humanidad en lo que se refiere a la forma en cómo cuidaremos nuestra salud en lo adelante: sin efectos secundarios, actuando

solamente en el órgano que necesita la renovación y con total calidad de vida para todos los pacientes.

¡Es vivir la vida a plenitud, finalmente!



LOS MILAGROS DEL CDB

— Tércio, la mujer está desesperada, no duerme hace tres meses. ¿Qué puedo hacer?

Escucho esas palabras casi al final de la tarde y le respondo tranquilamente a mi amigo:

— Dile que tome CDB y su problema se resolverá el mismo día.

— ¿CDB?

— Sí, sí, tengo uno aquí.

En algunos minutos la paciente vino a verme visiblemente cansada y confundida:

— Necesito dormir, Dr. Tércio, ¡por el amor de

Dios!

— Me río:

— ¡Pues resulta que hoy mismo usted va a dormir!

Le sugiero que tome 10 gotas tres veces por la noche: a las 18h, 20h y antes de irse a la cama.

Al día siguiente le pregunto:

— Y bien, ¿cómo pasó la noche?

— Me desmayé doctor. Me quedé completamente dormida y creo que solo me desperté a las 9h de la mañana, ¡pero sintiéndome maravillosamente bien!

Y se ríe a carcajadas de tan contenta que estaba.

Le hago un ajuste en los horarios para que no se atrase en ninguno de sus compromisos:

— Bien, ahora vamos a hacerlo a las 16h, 18h y 20h. Así, a las 21h usted ya estará durmiendo como un lironcito y a las 7h de la mañana estará bien despierta, linda y maravillosa como siempre.

"¡Se nota sobremanera su cambio de humor!"
— ¡Nunca más dejaré de tomar CDB, Doctor! ¡Muchas gracias!

Este es un caso real y se dio hace poco tiempo, pero no fue la única vez. Las personas que sufren insomnio, ansiedad, compulsión, jaquecas crónicas y tantos otros problemas, se han convertido cada vez más en usuarios del CDB porque ese medicamento sencillamente funciona, no tiene efectos secundarios, mejora la vida de los pacientes y claro está, de mi trabajo en general.

¿Cómo?

Explico. Porque, en primer lugar, el CBD que es una sustancia más conocida como el cannabidiol, es uno de los compuestos encontrados en la cannabis, que posee innumerables propriedades terapéuticas y que ha venido siendo utilizado para mejorar la calidad de vida de las personas. A diferencia del THC (tetrahidrocannabinol), es el principal compuesto psicoactivo del cannabis y no genera efectos indeseados.

Además, varias investigaciones científicas se han mostrado promisoras en lo que respecta al uso del CDB.

Son muchos los beneficios:

- **Alivio del dolor:** el CBD alivia el dolor crónico, lo que incluye los dolores articulares, musculares, las jaquecas y los dolores producidos por la artritis.
- **Reducción de la ansiedad y el estrés:** el CBD reduce significativamente los síntomas de la ansiedad y el estrés, mejorando la calidad del sueño.
- **Mejoría del bienestar mental:** el CBD mejora el humor, reduce los síntomas de depresión y ansiedad y posee efectos neuro protectores.
- **Soporte al sistema inmunológico:** estudios indican que el CBD ayuda a modular el sistema inmunológico, suministrando un soporte al equilibrio del cuerpo y al funcionamiento saludable.

- **Propiedades antiinflamatorias:** el CBD posee propiedades antiinflamatorias, lo que puede ser y de hecho es útil en el alivio de inflamaciones relacionadas con la artritis y enfermedades inflamatorias intestinales.
- **Esquizofrenia:** potencial para reducir los síntomas psicóticos. Ayuda en el equilibrio del humor y mejora la cognición.
- **Mal de Parkinson:** alivio de los temblores y de la rigidez muscular. Posee propiedades neuro protectoras que ayudan en la protección de las células cerebrales.
- **Epilepsia:** es muy eficaz en el control de convulsiones en ciertos tipos de epilepsia.
- **Alzheimer:** posee propiedades neuro protectoras y antiinflamatorias que ayudan a retardar el progreso de la enfermedad. Posee gran potencial para mejorar la cognición y la memoria.
- **Jaquecas:** reduce la intensidad y la frecuencia de las jaquecas.
- **Hipertensión:** reduce potencialmente la presión arterial elevada. Tiene propiedades antioxidantes y antiinflamatorias benéficas para la salud cardiovascular.
- **Disturbio del espectro autista:** reduce los comportamientos repetitivos y mejora la comunicación social. Auxilia en la reducción de la ansiedad y mejora el sueño en los individuos autistas.
- **Fibromialgia:** alivia el dolor crónico y los síntomas relacionados con la fibromialgia. Ayuda en la relajación muscular y en el alivio de la inflamación.
- **TDAH:** mejora la concentración, reduciendo la hiperactividad y generando calma.

En segundo lugar, el CDB ha sido fundamental en mi trabajo con la Medicina Regenerativa porque simplemente prepara el cuerpo del paciente para poder recibir las células madre.

¡Es como un cantero que necesita estar preparado para recibir las semillas! Ése es el rol del CDB en mis consultas. ¡Y con excelentes resultados!

El paciente empieza a usar el CDB una semana antes de la administración de las células madre, reduciendo su ansiedad y haciendo con que el cortisol y el sueño sean más regulares y así la persona ya nos llega a la consulta más relajada para el inicio del tratamiento.

Otra ventaja del CDB es que regula la compulsión por el cigarro, comida, bebida o incluso de un fármaco más fuerte y una semana después, la compulsión está prácticamente en cero.

Son varias las formulaciones del CDB y para cada caso existe un determinado uso.

Pero el CDB forma parte de todos mis tratamientos con células madre. Algunos son administrados vía oral, otros, vía local o por las dos vías. Se ha convertido en una ayuda fundamental en el proceso de la Medicina Regenerativa, pero creo que debería ser utilizado también en todas las áreas de la medicina, ¡ya que genera una excelente calidad de vida y sin efectos secundarios!

¡El CDB no solo restaura la salud, sino que proporciona un bienestar y una satisfacción para una vida más feliz!

ANTIENVEJECIMIENTO

Un paciente me cuenta súper feliz:

— ¡Ellos me pusieron una velita de 45 años encima de mi tarta, Doctor!

— ¿De 45? ¡Pero cumpliste 60!

— Lo sé, pero ellos todavía no se lo creen, no se creen el cambio en mi apariencia.

— No me aguanto y le respondo:

— Sí, lo sé. Hace cinco años estabas muertecito querido.

Y me río.

— Gracias a ti, Tércio realmente todo cambió.

— A mí no. Agradécete a ti mismo, porque tomaste la decisión de cambiar de vida.

— Suspira y entrelaza las manos frente al cuerpo.

Nos quedamos en silencio por algunos segundos, hasta que me dice:

— Doctor, en verdad le digo que, si no fuese por los productos que me recetó y por el cambio en mi estilo de vida, no sé cómo estaría hoy.

— ¡Pues sencillamente con una cara de viejo!

Nos reímos estrepitosamente y continuamos nuestra consulta.

Tengo muchos pacientes que llegan a mí aparentando tener una edad mucho más avanzada de la que realmente tienen, además de estar cansados, sin ánimo y sin vida, o sea, apagados como la vela en aquel mechero del hotel. La primera cosa que les indico es tener conciencia de lo siguiente: se hace necesario construir un auto-cuidado. No hay que poner más excusas sobre la falta de conocimiento que justifique que una persona no cuide su salud personal, porque eso se reflejará directamente en su apariencia física y en su estado mental.

El envejecimiento ha dejado de ser un problema hace ya mucho tiempo con el avance del conocimiento y de la tecnología que tenemos a nuestra disposición. El área

de la salud que trabaja con el antienvejecimiento no para de crecer y de actualizarse. Envejecer se está convirtiendo en algo natural y con una calidad de vida mejorada en todos los sentidos. Y no estamos hablando aquí solamente de salud, sino de sentirnos bien con nuestra propia apariencia en cualquier fase de la vida. ¡Y eso es completamente posible!

El *anti-aging* (antienvejecimiento), nos ofrece tratamientos que previenen y retardan las señales relacionadas al envejecimiento con facilidad, dejando de ser algo relacionado apenas con la edad de un paciente, sino con su estilo de vida. Ese proceso tiene que ver con la forma en que la persona se alimenta, se ejercita, cuáles sustancias ingiere y qué sustancias le faltan ingerir para nutrir su cuerpo de la manera más eficiente posible.

El ser humano empieza a envejecer sobre los 25 años de edad, cuando la piel pierde elastina, ácido hialurónico y colágeno. Para eso, el tratamiento es sencillo y se basa en el uso de cápsulas, saquitos y varios productos como suplementos, cremas y otros que retardan el proceso natural de la vida.

Por supuesto que el estilo de vida es fundamental para que el tratamiento funcione porque no basta invertir en productos cuando la persona se alimenta mal, no duerme bien, consume excesivamente alcohol y no hace ejercicios a menudo. Todo funciona en conjunto.

Los productos *anti-aging* contienen activos antioxidantes que actúan en los radicales libres y que son los responsables de la formación de las arrugas, que también producen ese resecamiento, la pérdida de la elasticidad y decoloración. Ellos neutralizan su cantidad reparando los daños causados por ellas.

Los activos antioxidantes *anti-aging* más recomendados y que deberían ser utilizados todos los días son: el NMN, NADH, el Resveratrol, CO Q 10, Ómega 3 de 1.000mg, Magnesio quelado y Glycoxil. Además del Licopeno y el Betacaroteno, Flavonoides, Retinol (Vitamina A), Ácido Ascórbico (Vitamina C), Tocoferoles (Vitamina E), Selenio, Péptidos, Ceramidas, Ácidos Alfa-Hidroxi, entre otros. Ellos actúan en la retirada de las células

muertas y en la regeneración de la piel, reduciendo las líneas de expresión, manchas, cicatrices y estimulando la producción de colágeno y elastina.

Todos esos ingredientes activos extienden la vida y mejoran su calidad en todos los sentidos.

Es sentirse bien en cualquier momento, feliz, con vitalidad y sin preocuparse con las enfermedades o con los dolores.

¡Es el elíxir de la vida!



SEROTERAPIA

— Dr. Tércio, me acabo de hacer una cirugía bariátrica y adelgacé cincuenta kilos. Estoy muy feliz con mi peso, pero me siento cansada todo el tiempo.

— ¡Seroterapia, mi estimada!

— ¿Cómo? Eso son palabras mayores, doctor.

— ¡Su cuerpo necesita nutrición inmediatamente!

Le explico a la paciente los milagros de la Seroterapia y le analizo sus exámenes para decidir el mejor protocolo.

Pocas semanas después la tengo delante de mí de nuevo:

— ¡Quiero más doctor!

Me río:

— Caramba, ¿pero ya no se siente cansada?

— Y ella me dice, sonriendo:

— Nunca más me sentí cansada, ahora me siento como si tuviese veinte años, doctor. La paciente me mira visiblemente emocionada y confiesa:

— Creo que incluso me enamoré, doctor...

— ¿No me diga?

Ella se siente un poco avergonzada, como si me hubiese dicho algo malo. Le pregunto:

— ¿Y cuál es el problema? ¿No está usted feliz? Ella me mira otra vez:

— No pensé que pudiese sentirme joven después de los cincuenta y que incluso pudiese vivir un gran amor de nuevo...

— El amor no tiene edad mi querida Ana... Ella me toma la mano y me dice:

— ¡Muchísimas gracias por cambiar mi vida, Tércio!

Le devuelvo la sonrisa y le aprieto la mano diciéndole:

— ¿Vamos a hacer nuestra próxima sesión de Seroterapia?

Me río y agradezco internamente por poder generar tantas transformaciones en la vida de las personas.

"¡Muchas gracias, Dios mío!"

Pero a fin de cuentas, ¿qué es la Seroterapia?

¿Un producto más que está de moda?

No, ¡Es mucho más que eso! Es un llamado al bienestar, a la salud y a la forma en cómo vamos a cuidar a nuestro cuerpo en lo adelante. Y sin cualquier posibilidad de volver atrás.

La Seroterapia es un procedimiento sencillo que trae un enorme equilibrio al organismo porque promueve el fortalecimiento del sistema inmunológico. Cada paciente recibe un suero fisiológico protocolado e individual bajo medida y de acuerdo con sus necesidades. Las consecuencias de esa aplicación pueden ser notadas en pocas semanas. Son varios protocolos los que ya existen, entre ellos, los que generan bienestar, inmunidad, reducción del cansancio, mejoría del sueño, obtención de masa muscular e incluso el adelgazamiento.

Se aplica por vía endovenosa o intramuscular y actúa en la corriente sanguínea por medio de una cantidad significativa de nutrientes como vitaminas, minerales y aminoácidos. La frecuencia de los procedimientos se da a tono con la necesidad de cada paciente y puede ser semanal, quincenal o mensual.

La Seroterapia la usan las personas que presentan falta de vitaminas o minerales, los que quieren desintoxicarse, hidratar la piel, para la obtención de masa corporal, adelgazamiento, mejoría de la calidad del sueño, mejoría del sistema inmunológico o sencillamente para una prevención del envejecimiento. Entre las distintas sustancias, las más comunes en los protocolos son los antioxidantes, vitamina C, minerales, magnesio, zinc, hierro, aminoácidos y los complejos vitamínicos.

La Seroterapia ayuda a la salud de un modo general recuperando el bienestar, la belleza y la vida del paciente como un todo, porque mejora su cuerpo por completo.

En el caso de la Medicina Regenerativa, la Seroterapia se convirtió en algo esencial, porque un cuerpo sano y bien preparado con nutrientes, posee mejores condiciones de absorber las células madre y de presentar un resultado mucho mejor durante el tratamiento.

La Seroterapia prepara al cuerpo para que las células entren en el organismo, ya que ellas actúan nutriendo al cuerpo con vitaminas, minerales y aminoácidos. Así, con un cuerpo más nutrido, el paciente está más preparado para recibir las células madre.

Muchos no lo saben, pero después de los diecisiete años de edad, no todo lo que comemos es absorbido por el organismo como antes y el porcentaje de absorción de nutrientes se reduce gradualmente al ritmo en que envejecemos. Por eso, el uso de la Seroterapia es lo que va a garantizar cien por ciento la acción de las células madre y elevar el tratamiento a su máximo potencial. Los pacientes mejoran en todos los sentidos porque elevan la calidad de su salud, su bienestar general y, por ende, también aumenta su alegría, su juventud, el humor y todo lo demás.

Si antes sentíamos cansancio, irritabilidad, jaquecas persistentes, depresión, compulsión alimentaria, ahora con la Seroterapia todo pasa poco a poco.

¡Las personas cambian de la noche a la mañana!

E incluso se pueden enamoran otra vez: ¡por alguien, por la vida y por ellas mismas!